

The background of the cover is a light blue illustration of a village. It features several traditional houses with tiled roofs and wooden railings. In the foreground, there are several cherry blossom trees with pink flowers. A large, thick brown tree trunk is visible on the left side. The overall style is a simple line drawing with flat colors.

La aldea

SILVIA SALGADO



editorial
siete islas

© Título: La aldea.

© Silvia Salgado.

ISBN: 978-84-947736-7-9

Depósito Legal: GC 98-2018

Primera edición: Febrero 2018

Edición: Editorial siete islas www.editorialsieteislas.com

Correcciones y estilo: Laura Ruiz Medina

Ilustración portada: Andrea García Grande

Maquetación: David Márquez

Fotografía solapa: El Estudio Azul

Visita nuestro blog: www.blogeditorialsieteislas.com y nuestro canal de Youtube.

Si quiere recibir información sobre nuestras novedades envíe un correo electrónico a la dirección: editorialsieteislas@gmail.com

Y recuerde que puede encontrarnos en las redes sociales donde estaremos encantados de leer vuestros comentarios.

#laaldea #editorialsieteislas

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin la autorización previa por escrito del editor. Todos los derechos están reservados.

Para Adriana, Daniela y Jesús.

Mi tierra firme.

Solo quiero escribir sobre las cosas triviales que suceden entre hombres y mujeres; no hay guerra ni revolución en mi obra porque creo que cuando las personas se enamoran, son más inocentes y están más desamparadas que cuando luchan en guerras y revoluciones.

EILEEN CHANG

Índice

[PARTE 1: La aldea](#)

[PARTE 2: A veces el cielo pierde su azul](#)

[PARTE 3: Rescatando nubes](#)

[PARTE 4: Pise firmes en tierra rota](#)

[PARTE 5: Rumbo al sol](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

1

Nos trasladamos a Chengdu. Para ser más precisos, a una aldea cercana a Chengdu. Recibí una llamada y realicé un par de entrevistas por Skype. Dos semanas después, de mi contestador saltaba un mensaje: «Enhorabuena, ha sido seleccionada para cubrir el puesto vacante. La esperamos el próximo martes para cerrar y firmar su contrato laboral. El Sr. Hertz está de acuerdo en que su incorporación se produzca en el plazo de un mes y medio. No se preocupe, la ayudaremos con los visados y los trámites necesarios».

Me dejo caer en el sofá y busco en la aplicación Maps de mi iPhone: Chengdu, capital de la provincia de Sichuan, República Popular China.

Un mes y medio. No es mucho tiempo. Tengo la mitad del verano para vaciar mi piso de Madrid y ponerlo en alquiler. La organización me proporciona vivienda allí. Terminaré el último reportaje sobre piscinas naturales para la revista y le diré a mi jefa que lo dejo, que vuelvo a ponerme el casco de la obra. Pediré un par, o mejor tres, presupuestos a empresas de mudanzas; también puedo alquilar el piso amueblado y cargar solo algunos de nuestros objetos personales, libros y ropa. Voy garabateando en una lista el giro de volante que voy a darle a mi vida, como si fuera tan fácil.

¿Estás segura? No. Claro que no. Bruno, cómo se lo cuento, tengo que buscarle un instituto. A mi madre le dará un ataque de ansiedad, ya la estoy oyendo: «Tú puedes irte, como tu marido, a la India, pero llevarte a mi nieto es quitarme años de vida y ya no soy ninguna jovencita».

Volveré a explicarle que Alberto no está en la India; se trasladó hace dos años a Indianápolis, en Estados Unidos, y no creo que le suponga tanto problema hacer otra escala más para ver a su hijo cuando le apetece y puede, que es menos de lo que a mí me gustaría. No es un reproche: cuando vivíamos juntos tampoco lo veíamos mucho. Todavía no hemos firmado los papeles del divorcio. También apunto eso en mi lista de cosas imperativas que debo hacer antes de trasladarme. Separarnos no fue nada traumático, los dos nos dimos cuenta de que teníamos poco en común, a excepción de un hijo y tres lustros de vida.

He dicho que sí, ¿no? Ahora no puedo venirme abajo, aunque eso signifique que Bruno, que tiene quince años y acaba de enamorarse, deje su equipo de baloncesto y ese colegio tan elitista que le costea su otra abuela. Mira por dónde, voy a poner unos cuantos miles de kilómetros de distancia entre la Sra. Coliflor y yo. Voy convenciéndome antes de llamar a papá. Parece mentira que, con mis años, todavía me imponga tanto como cuando era una cría y le pedía permiso para llegar a las nueve un viernes.

Papá es uno de los arquitectos mejor pagados del país. De su estudio son las casas de varios jugadores del Real Madrid, también de algunos políticos, además de otros rostros conocidos que salen habitualmente en la prensa o en televisión. Como él, estudié en el Liceo Francés y también como él me gradué en Arquitectura en la Politécnica de Madrid. Hasta ahí todas nuestras coincidencias; él quería que estudiara un máster en la Graduate School of Design, en Harvard, para después incorporarme al estudio. Decía que eso era lo natural. Pero dije no y empezaron nuestras desavenencias. En su lugar, me fui con una beca Erasmus a Múnich y 1.000 euros que mamá accedió a darme a sus espaldas, mientras él vociferaba en el salón: «Si quiere jugar a los *hippies*, adelante, pero que lo haga sola».

2

No me fui sola, me fui con Lola. Si algo tengo que agradecer a mis padres, Lola también, es mi excelente formación, que incluye, entre otras cosas, dominar el alemán, tocar el violín y haber estado cerca de colarme en el equipo olímpico de natación. Mis inicios y los de mi compañera de facultad no fueron sencillos. Ella apenas sabía presentarse o saludar en alemán, yo no había puesto una lavadora en mi vida y a punto estuve de destrozar mi aparato digestivo a base de pizza y hamburguesas. La beca Erasmus era insuficiente para una ciudad tan cara. Mientras enviábamos cientos de currículums para conseguir prácticas en alguna empresa, tuve que espabilar por primera vez. Para abaratar la renta de nuestro apartamento, buscamos al menos a dos nuevos compañeros de piso. Aleccionada por Lola, el primer mes en la ciudad germana lo pasé cumplimentando formularios, apuntándome a bolsas de trabajo en Zara, McDonalds y Starbucks. Papá me llamó con frecuencia las primeras semanas, a la espera de que yo suplicara volver. Mira por donde mi orgullo es su herencia. Iba a demostrarme que podía arreglármelas sin su ayuda.

Para desesperación de mis compañeros de piso, una vez accedía a las entrevistas, las empresas me llamaban de inmediato. Estaba claro que era porque mi alemán era bueno. Lola me dejó caer que quizás los contactos de mi padre estaban detrás. No me molestó. Estaba segura de que no era cierto, sabía que, de alguna manera, papá estaba respetando mi decisión, a la expectativa de ver qué era capaz de hacer. Nada. No sabía hacer nada, como cualquier recién graduado. El primer mes en un estudio de la calle Netzerstrasse, mi trabajo se limitó a corregir grosores de línea en planos y llevar cafés. Se trataba de un estudio de arquitectura internacional con base en Múnich y Milán. Estaba formado por tres empleados, además de su fundadora, mi jefa, Kuka Eister. Pude irme a trabajar a otros estudios más grandes e importantes, pero allí me sentía cómoda. Sus proyectos me interesaban mucho, en el campo del diseño de interiores, la arquitectura de paisajes y la renovación. Lejos de ser una jefa distante, Kuka se mostró muy cercana, amable conmigo desde el primer día. Pronto me dejaron asistir a las reuniones de equipo, aunque siguiera subiendo los cafés y la impresora fuera mi mejor amiga en el despacho. Así, antes de las

vacaciones de Navidad, ya había estado a pie de obra, viendo como alguno de los planos y diseños que habían pasado por mis manos salían del papel para hacerse realidad. Casi sin darme cuenta, empecé a preparar proyectos básicos para un par de viviendas sostenibles.

En mis ratos libres paseaba por la ciudad, embelesada por sus edificios históricos, pero también por sus nuevos diseños innovadores, su actividad cultural y su creciente economía, que estaban convirtiendo a la capital bávara en un reclamo para miles de ciudadanos nuevos. Era fácil relacionarse con otros españoles, pero yo me había integrado muy bien con mi equipo de trabajo y a través de ellos conocí a más gente que me llevó a otra gente. De la noche a la mañana llegué a sentirme muy adaptada a Múnich. Pasaba poco tiempo en el apartamento. Lola se marcharía de vuelta a España en febrero y yo tenía que pensar en algo para no quedarme con mis otros dos compañeros de piso: el guapo italiano sobón que terminaba *Periodismo* y el imbécil de Ramón, tan guarro como el compañero de apartamento de Hugh Grant en *Notting Hill*, todo el día en calzoncillos, desayunando espaguetis de la noche anterior. Mis padres lo encontraron de esa guisa el fin de semana que vinieron en visita sorpresa. Odio las sorpresas. Me los llevé de casa lo que tardé en ponerme unos tejanos y una sudadera y asirme el bolso en bandolera. Aquel fin de semana comí y cené mejor de lo que lo había hecho en meses, en los restaurantes más caros de la ciudad. Papá insistió en conocer el estudio de Kuka. Mi jefa se mostró encantada de recibir a mi padre, que pasó la mañana del lunes en su despacho, francamente interesado por los proyectos que teníamos en marcha.

—Carlota —estaba de verdad asombrada—, ¿es posible que no me hayas contado que tu padre es Carlos Santamaría?

—Kuka, querida —sonrió mi padre—, mi hija no quiere que nadie piense que se aprovecha de su apellido. Podría estar trabajando en casa, conmigo, pero, ya ves, ha decidido probar suerte lejos. No me entusiasmaba mucho la idea, pero he de decir que creo que va a acabar siendo una buena decisión. Y ahora os dejo, su madre y yo tenemos que coger un avión de vuelta a España.

3

Veinte años más tarde, esperaba que su reacción fuera la misma de entonces. Con rotundidad me diría que no, que qué iba a ganar reformando una aldea destruida por un terremoto a 8000 km de casa y en esas condiciones. Con lo bien que estás ahora en la revista de arquitectura, ganando un buen sueldo, con un horario cómodo. Justo cuando vuelves a tener tu vida más ordenada, quieres ponerla de nuevo patas arriba. Y que has hecho la entrevista por internet y solo sabes que tu jefe es un alemán que ni siquiera se quitó las gafas de sol mientras te entrevistaba. Está bien, si quieres volver al ruedo, ahora tenemos un proyecto en La Gomera para reconvertir un viejo hotel en el más espectacular de todo el país. Vente conmigo, estarás en la primera línea de su diseño.

Le diré entonces que no, se enfadará, dejará de hablarme por unos meses. Quizás no. Me llamará porque adora a su nieto, luego me apoyará incondicionalmente, buscará en su agenda de contactos a quién o a quiénes conoce en China y hasta es probable que me dé ideas, me oriente. Nadie con más experiencia que él.

Con ese pensamiento descuelgo el teléfono y lo llamo.

—Buenos días. Estudio de Arquitectura Carlos Santamaría.

—Hola, Sandra. —Es la secretaria personal de papá, yo llevaba dos coletas con lazos cuando empezó a trabajar con él—. Soy Carlota, dime que papá está de buen humor hoy.

—Hola preciosa, claro que sí, del mejor, acaban de adjudicar al estudio un proyecto de los gordos. Creo que tiene que ver con algo en Brasil, a propósito de los Juegos Olímpicos. ¿Por qué no te pasas? Acabo de llamar a La Mallorquina para que nos sirvan un *lunch* para celebrarlo con todo el estudio.

Pienso con rapidez. Será más difícil si se lo explico por teléfono. Me acercaré al estudio y aprovecharé sus buenas noticias para que las mías sean menos malas. Sigo al teléfono:

—¿Sabes si va mamá? ¿Se lo habéis dicho?

—Carlota, cariño —la voz de Sandra se baja un tono—, no me puedo creer que no te lo hayan contado. ¿Desde cuándo no hablas con tu madre?

—¿Decirme qué?, hablamos hace unos días, creo. La llamé a Mera, regresaba ayer por la noche, ¿no?

—Tu padre le ha pedido... el divorcio.

...

—¿Carlota? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí, claro. No te preocupes. Por favor, avisa a papá. Dile que estaré en el estudio dentro de un par de horas. Es importante, tengo que hablar con él.

Dejo el inalámbrico tirado en el sofá y abro el ventanal que separa el salón de mi terraza. Salgo a ver cómo están todas mis plantas y el huerto urbano de Bruno. Tenemos tomates y lechugas, no hemos conseguido que salgan los pimientos. Sonrío. Es difícil creer que puedan salir buenos vegetales plantados en una mesa de metal. Abro el grifo de la manguera y me dispongo a regar nuestro pequeño jardín en una planta duodécima. El verde me relaja. Y me ayuda a respirar. Por el amor de Dios, ¿no celebraban el año que viene cincuenta años de casados? Mamá quería empezar ya a preparar la celebración. Y no me han dicho nada. Increíble. Nunca había podido confirmarlo, jamás se lo habría preguntado a mamá y dudo que ella me hubiese respondido con la verdad, pero siempre he sabido que papá ha tenido más de una aventura. Es un hombre muy atractivo; todavía hoy, en su década sesenta, cuida su alimentación y su forma física y es buen conversador. Siempre le gustó salir y alternar, todo lo contrario que a mamá. Todos los veranos desde que yo era pequeña, ella ha vuelto sola a su paraíso, su playa de Mera, en A Coruña, cuando acababa sus clases en el colegio. Maestra de primaria, se jubiló el año pasado y si no fuera porque cuando se marchó Alberto le pedí que me echara una mano con el niño, ella se habría trasladado al norte todo el año.

Estaba claro que la familia Santamaría se había propuesto desordenarse la vida cotidiana a principios de este verano. En mi caso, sin saberlo, el giro lo había dado unos meses antes, en Semana Santa, cuando Félix se empeñó en que hiciéramos parte del Camino de Santiago. Bruno estaba con su padre en Estados Unidos, yo tenía vacaciones, cero planes, y él estaba destrozado después de su ruptura con el guapo modelo de catálogos que nunca me resultó

simpático.

—Está bien —le había dicho—, pero solo si conseguimos la compostelana. Y para eso necesitamos hacer los últimos 100 km a pie. ¿Crees que podrás? Los números nos dan, disponemos de cinco días. Podemos hacer 20 km cada jornada.

—¿Me garantizas que volveré curado?

—Te garantizo que vendrás cansado y con los pies destrozados.

4

Félix es mi mejor amigo. También fue mi primer amor. El primero en romperme el corazón. Tal vez por eso es el único que sabe pegar los trocitos y dejarlo apañado cuando se resquebraja otra vez. Nos conocimos en quinto de primaria, cuando llegó nuevo al colegio y el director lo sentó a mi lado mientras pedía mi colaboración para mostrarle la escuela y sus normas. En el comedor, el primer día, derramó su plato de sopa sobre mi pichi azul y trató sin éxito de ayudarme a limpiarlo con servilletas de papel. Mis compañeras me miraban sorprendidas y divertidas. Pensaban que era el chico más guapo que había pisado la escuela. Tenían razón. Nos hicimos inseparables. En secundaria me besó, después de mucho insistirle. Nos hicimos un doble favor. Su armario era privado, abierto solo para mí. Algunas de mis amigas ya se habían iniciado en las lides del amor y yo quería aprender. Al principio pensaba que se le pasaría, que cuando no encontrara a nadie igual que él se quedaría conmigo. Yo no conocía a ningún otro gay. En la universidad aparecieron a montones. Dejamos nuestras prácticas amatorias.

Félix es todo lo contrario a mí. Tiene un humor inquebrantable y no hay nada que lo sorprenda. Yo creo que es porque lo planifica todo al milímetro. El camino no iba a ser menos. Mi idea inicial era que nos lanzáramos a la aventura, mapa en mano. Solos, él y yo, en compañía de nuestras conversaciones y de nuestros silencios.

Contrató una agencia especializada.

—¿Con guía y coche de apoyo? Pero, Félix, eso de aventura va a tener poco.

—¿Y tú qué sabes? —dijo sonriendo—, a lo mejor conocemos al verdadero hombre de nuestras vidas, o encuentras la paz que necesitas, o tu vida da un giro inesperado, o te lo pasas en grande, para variar, con tu amigo del alma, o...

—O nos gastamos una pasta —dije viendo el folleto de la agencia—. Los peregrinos duermen en albergues, no en hoteles de lujo, y además visitan iglesias. Aquí dice que vamos a visitar bodegas. Eres un esnob, querido

amigo.

Partimos de Logroño. Con nosotros, diez peregrinos más: un médico recién divorciado, un bombero de Badajoz, tres estudiantes de Erasmus, dos abogadas catalanas, un joven matrimonio y un arquitecto inglés. Todos, menos yo, -solo bebo agua y Coca-Cola Zero-, grandes amantes del vino. La idea era que en cada denominación de origen por la que pasáramos durante el recorrido, paráramos a visitar una de sus bodegas, y eso incluía Rioja, Ribera del Duero, Toro, Bierzo y Ribeira Sacra. El guía era un hombre joven, en la treintena, deportista, divertido y políglota, que se había trabajado bien esta idea de negocio, porque siempre hay bolsillos para todo, debió de pensar. Así que los trayectos no eran difíciles, teniendo en cuenta que los caminábamos sin las mochilas; estas iban en el minibús de alta gama que nos esperaba al final de cada etapa. Traté de adaptarme a las circunstancias y pasarlo bien. En la segunda etapa, Félix se hizo un esguince y dejó de ser mi compañero para convertirse en copiloto del coche escoba. El tiempo era muy agradable, las mañanas se asomaban frías, pero el sol se hacía presente, cálido a mediodía, para no irse ya hasta entrada la tarde; tampoco había previsión de lluvia. Decidí saltarme las visitas y catas en las bodegas y encontrarme con el resto del grupo por las noches. Así se lo hice saber a Félix y a los demás. Saqué mi mochila del minibús y me eché a andar. El camino estaba bastante concurrido en esas fechas, no me asustaba ir sola.

—Te acompaño, ¿te importa?

Era una de las abogadas catalanas. La más bajita de las dos, la que llevaba gafas de pasta negra. No habíamos tenido tiempo de cruzar más que un par de saludos. Félix había absorbido toda mi atención desde el primer minuto.

Me insistió de nuevo.

—Prometo llevar el ritmo, he visto que estás en forma. Verás, yo también buscaba hacer el camino de forma más tradicional.

¡Jolines! Y ahora, ¿qué espera que le diga? Cómo voy a decirle que no. Quizás sea mejor que me quede con Félix y me dé a la bebida. No imagino cuatro días andando con una desconocida. García Márquez aprendió a decir que no a los cuarenta, debe de ser que me faltan tres para tener más seguridad en mí misma.

—¡Claro! —digo—, coge tu mochila, será un placer.

Ese viaje que empezó con el pie torcido para Félix, sin muchas pretensiones para mí, me traería las cumbres y los pueblos que se han detenido en el tiempo, la canción del agua cuando baja por los ríos, los pulmones ensanchados y a Mireia Capdevila.

¿Qué podría decir de ella ahora?

Que no es guapa, pero tan inteligente que se vuelve atractiva para cualquiera que acaba conociéndola. Si se deja, porque no habla mucho. Que le gusta visitar museos: el Prado, The National Gallery, el Louvre, el MoMA, la Galería de los Uffizi, y por ellos sabes los países que ha visitado, como si realmente fueran sus capitales. No tiene hijos, ni está casada, pero mantiene una relación de años con Juan, un funcionario de justicia; cada uno en su casa. Y escribe cartas. Creo que ya no conozco a nadie que escriba cartas. Mireia dice que eso es porque vivo en Occidente.

—Siento lo de tu pareja.

—¿Félix? —sonríó—. No es mi pareja, somos amigos. De los buenos. No te preocupes, estará mejor que bien. Lo conozco. Es feliz con un buen vino y una buena mesa.

Caminamos a buen paso, los primeros kilómetros por la ribera del Sil los hacemos en silencio, disfrutando de los paisajes, dejando que el olor de la tierra nos revuelva los sentidos. Atravesamos Compostilla y proseguimos, a ratos conversando, hasta Fuentes de Nava, donde nos recibe un crucero con las figuras de Santiago el peregrino y un Cristo crucificado. Hacemos un alto y seguimos hasta Camponaraya.

—Cuéntame —me pregunta—, ¿a qué te dedicas?

—Soy arquitecta —digo sonriendo ligeramente—, pero no ejerzo. Ya sabes, no estamos en el mejor momento. Ahora trabajo para una revista de interiores. Hago fotos de casas, hoteles y escribo sobre ello: su diseño, los materiales que se han empleado...

—¿Y te gusta?

Es una buena pregunta. Llevo un par de años en la revista. Podía haber trabajado en el despacho de papá, puedo hacerlo cuando quiera, imagino. Pero de eso se trata, Félix dice que soy imbécil. En eso coincidían él y Alberto, solo que mi ex lo decía en serio, sin ápice de cariño.

—Bueno, no está mal.

—Es una pena. Creo sinceramente que todos deberíamos dedicarnos a lo que más nos gusta, disfrutar con lo que hacemos. El mundo sería mucho mejor, ¿no crees?

5

Lo creo. Lo creía ya antes de quedarme embarazada, poco antes de regresar de Múnich. Me pasé de *hippie*, dijo mi madre entonces. Lo decían los números: embarazo a los veintitrés, con un novio de tres días y una boda preparada en cuatro meses. Que Alberto y yo hayamos estado juntos quince años, todavía me sorprende.

Llevamos bien el camino. A veces aflojo mi paso o es Mireia la que se esfuerza por mantenerse a mi lado. Alternamos los silencios y nos vamos sintiendo cómodas en ruta. Me gusta. Me gusta mucho la gente con la que puedo estar en silencio, creo que luego, al hablar, comprenderá mejor mis palabras.

Le cuento a Mireia quién es Alberto, qué ha supuesto para mí, a pesar de que ella no me lo ha preguntado. Desde el primer momento supe que no era el hombre de mi vida, pero dudé que fuera el mejor padre para el hijo que esperábamos. Después de que se marchara Lola, no aguanté mucho más con el sobón italiano y el que vivía todo el día en calzoncillos. De un tablón de anuncios en la universidad, arranqué de un folio la última tira con un teléfono anotado. El mensaje era claro: «Somos tres estudiantes de prácticas en la ciudad, buscamos compañera para completar apartamento. Habitación exterior y amplia, imprescindible persona ordenada y limpia. Excelente ubicación, a diez minutos andando del centro de la ciudad».

A mi llamada respondió él, Alberto. Que yo hablara alemán le pareció un plus, porque a todos les hacía falta practicar y el precio de mi habitación podía reducirse a cambio de unas horas de clase a la semana. Esa noche dormí allí. Dos hindúes y él, cordobés, los tres informáticos. Los dos primeros, pareja, de piel oscura, del sur de la India. Él, con la piel blanca, iluminada y cuidada para evitar rojeces. Si lo pienso ahora, debí salir corriendo. Su fama de raros les precede. Me lo advirtió Félix por *mail*: «Carlota, tú verás amor y él hará Ctrl + F».

Ya entonces era un manojito de nervios pegado a una pantalla. Madrugaba y se acostaba tarde, solo conseguía relajarse haciendo unos largos en la piscina

local. Fue en ese medio, el agua, donde empezamos a intimar. Dejar la competición no me había alejado del deporte y nadar casi a diario sigue siendo muy importante para mí.

Su alemán era un desastre y su inglés bastante rudimentario, de manual de facultad diría yo. Con un expediente académico de matrícula, los idiomas eran su talón de Aquiles, pero acabaría haciéndose entender y consiguiendo todo lo que se propuso. Alberto es un friki de *La guerra de las galaxias* y llegó a jugar en la categoría juvenil del Córdoba Club de Fútbol. Le sirvió para lanzar balones fuera todas las veces que yo reclamaba atención para nuestra relación. Félix lo vio todo con claridad desde el minuto uno. Me diría: «Querida, este rubio tiene una cosa buena y una mala». La buena era obvia. Es guapo a rabiar. Alto y musculado, con el pelo inusualmente voluminoso, como las cejas, pobladas, y la sonrisa escasa pero bonita. Nuestro hijo ha heredado sus ojos y también tiene dos tarros de miel. La mala tiene nombre, Concepción, bautizada por mi querido amigo como Sra. Coliflor. Mi suegra.

Pues nos casamos. Se me olvidó decir que Alberto es muy tradicional, «capillita», dice Félix. Creo recordar que, cuando le puse el test de embarazo sobre la mesa, fue la única vez que cerró el *laptop* sin salvar siquiera lo que fuera en lo que andaba trabajando. Estaba aterrado ante la sola idea de dar la noticia a su madre. Y lo dejé pensando en Múnich, ese fin de semana, porque yo cogí un vuelo a Madrid para que mis padres me felicitaran, se angustiaran, me abroncaran, me ayudaran y me dijeran a la vez que acababa de dar un frenazo en el viaje de mi propia vida.

—Vas a tener que cambiar de planes, hija —dijo mamá entonces—. Pero sabes que puedes contar con nosotros. Siempre.

Mis planes. Antes de la línea rosa del test de embarazo, mis planes pasaban por terminar mi proyecto de carrera en Alemania e integrarme en Arquitectos Sin Fronteras. Marcharme a África o América del Sur. Había visto trabajar a papá para los más pudientes, yo quería hacer arquitectura social.

Las lágrimas me brotaron mientras me dejaba abrazar por mamá. Cuando era pequeña me hacía jurar que por más difícil que fuera lo que tenía que contarle, lo hiciera siempre con la verdad.

—Y recuerda, Carlota —decía señalándome con el dedo amenazante— que te quiero muchísimo, recuérdalo, sobre todo, cuando más creas que yo

pueda enfadarme. ¿Cómo dices que se llama?

—Alberto, mamá. Se llama Alberto, es de Córdoba, un informático brillante.

—Eso me da igual, hija. Lo que me importa es saber si estáis enamorados, no hace falta que te cases si no estás segura. ¿Te quiere?

—No se lo he preguntado. Me quiere, supongo. Yo también lo quiero. Eso creo. Quiero a este bebé. De eso estoy segura. Ya me siento llena de vida.

Papá suavizó el rictus de tensión que se le había dibujado en los labios y me abrazó también.

—No te preocupes. No tienes por qué hacer ningún parón. Eres una Santamaría, no lo olvides. Puedes tener el bebé y empezar conmigo en el despacho, cuando tú quieras.

En ese momento no le dije nada. No quería abatirlo con mi respuesta. En palabras de Félix: cabezota. Bonita, pero cabezota.

—Y bien... ¿Cuándo vamos a conocer a esa familia? —dijo mamá.

6

Concepción me miró primero a mí, luego a su hijo. Una y otra vez. Me observaba como pensando qué demonios había visto en mí su guapísimo e inteligente hijo. Parece que la estuviera oyendo: «Esta niña... ¿arquitecto, dices? Sin pecho, tan delgada y casi tan alta como tú, va a tener que ir siempre plana. Y además vikinga». Alberto se moría de la risa y en la intimidad, a partir de entonces, dejé de ser Carlota para ser su vikinga. Castaño rojizo. Ese es el color de mi pelo, único en mi familia. Todavía no hemos dado con el antepasado que me pasó el gen.

Traté de esforzarme para causar una buena impresión pero la tensión solo se rebajó cuando Alberto le dijo que yo era la única hija del famosísimo —le faltó añadir “adinerado”— Carlos Santamaría. Estaba acostumbrada a que la gente se acercara a mi familia por interés, como si el simple hecho de “ser amiga de” repercutiera en su propio bienestar. Por eso trato siempre de evitarlo, por eso cuento a mis amigos con la mitad de los dedos de una mano y por eso, solo por eso, mi relación con doña Concepción es mala desde el principio.

—Son cosas que pasan, querida —Cambió el tono y vi como su hijo se relajaba hasta el punto de respirar profundo y bajar los hombros.

Me casé embarazada de cuatro meses. Como soy tan delgada, la tripa apenas se me notaba debajo del vestido corte imperio. Después de nacer Bruno, todo ha ido muy deprisa. Mi hijo era el único responsable de mi felicidad. Alberto y yo nos entendíamos bastante bien en cualquier estancia que no fuera nuestra propia habitación y esa circunstancia nos iba pasando factura. Teníamos un pacto no escrito: él toleraba a Félix y yo a su madre. La Sra. Coliflor alquiló un apartamento en Madrid tan pronto di a luz. Era, qué digo, es, una señora muy elegante que viste siempre traje chaqueta. Los colores pastel son sus favoritos. Calza el mismo modelo de zapato, de salón y medio tacón. Cuida su cabello blanco con disciplina absoluta. Luce el corte de pelo de la Reina Isabel II, pero con unos bucles más marcados que fija con laca todas las mañanas. Le gusta aparentar, pero es del puño cerrado y lo compra todo de marca blanca. La laca, también. Su rastro es inconfundible. A

su pelo y a su olor debe el apodo que le otorgó mi amigo, que detesta la coliflor. He tenido más paciencia con ella que con mi matrimonio: es entrometida, quejica, teatrera, cotilla y una pésima cocinera que adora ser el centro de atención. Si todos estos años la he aguantado con entereza es porque quiere a Bruno de corazón.

Trabajé en pequeños despachos de Madrid y apoyé a Alberto en su carrera mientras Bruno crecía. Fichó primero por una multinacional tecnológica y acabó trabajando en el sector I+D de Telefónica. Decía que dentro de unos años dejaríamos de utilizar tarjetas de crédito para pagar en el supermercado o para comprar las entradas del cine. Lo haríamos con nuestro reloj o con un teléfono. Su trabajo le ocupaba cada vez más horas.

—Me voy, Carlota. Me han ofrecido algo importante en Estados Unidos.

Y yo dije: «Vale». Solo eso. Vale. La coincidencia nos hizo nadar juntos, en la misma piscina, en igual dirección, pero no compartíamos carril, tampoco estilo y mucho menos velocidad.

La Sra. Coliflor lloraba por los pasillos y me aseguraba: «Volverá, Carlota». Yo sabía que no, yo quería que no. Desde entonces, han pasado dos años. Bruno lo visita durante las vacaciones escolares. Yo acepté ese puesto en la revista. Salgo poco. Félix tiene que arrastrarme. Leo mucho y cuido del huerto urbano que era de Bruno. Parece que fue ayer cuando disfrutaba manchándose las manos de tierra y regando los tomates, mientras hacía ver que me empapaba sin querer con la manguera. Ahora ni lo mira. Últimamente, más allá del baloncesto, pocas cosas le entusiasman. De no ser porque se atrincheró siempre en el mismo lado del sofá, me sería difícil reconocer a mi hijo. Tiene siempre el ceño fruncido, el morro arrugado y una cortina por flequillo que le tapa un ojo, como si fuera un cíclope. Le digo, -y eso le enfada muchísimo-, que le espero de vuelta, cuando se le pase esa actitud de “adultescente” malcriado que se lleva ahora. Lo adoro. A su edad todo es difícil: la semana que no tiene la cara llena de granos, tiene exámenes, y cuando se relaja un poco, consulta de ortodoncia. Su voz está cambiando y una pelusa rubia empieza a cubrir su labio superior. Ya solo me acompaña al cine o a casa de mis padres algún domingo que otro. Con su abuelo se entiende, en ausencia de su padre, mejor que conmigo. Papá me ha dicho que se ha enamorado. Una tal Candela le ha roto el corazón. Candela, claro que sé quién es, van a la misma clase desde infantil. Se ha puesto preciosa. La vi la semana

pasada salir de clase de la mano de un cachas que debe de estar terminando Bachillerato. Bruno ha hecho como que no me escuchaba cuando le explico que a los quince años a las chicas nos gustan los más mayores, los más cabrones, los más difíciles... Yo, sin ir más lejos, me enamoré de un gay. Date tu tiempo. Eres un chico maravilloso. Aunque ahora no lo sepas.

7

Retomar mis planes.

Eso me había dicho Mireia en la plaza del Obradoiro: «¿Y si te atrevieras ahora a creer en ellos?». No sabría, creo.

—Bastará con empezar —me dijo.

Meses después, recogí del buzón una carta franqueada en Barcelona. Abrí primero las del banco, con avisos de cargos de la luz, el agua y el abono de la transferencia mensual que Alberto me realizaba en compensación por la manutención de Bruno, importe que yo movía, íntegro, a una cuenta creada para los futuros estudios universitarios de nuestro hijo. Me preparé un café con leche y salí a la terraza para disfrutar de la carta de mi amiga catalana. Llevaba razón: las personas nos hemos olvidado de lo placentero que es recibir una carta personal. La abrí despacio, para romper lo mínimo el sobre.

Querida Carlota:

¿Cómo estás? Me acuerdo mucho de ti y me he suscrito a tu revista. Al leer te imagino un poco a mi lado. Sigo con el día a día en el despacho. A veces me pregunto si no acabaré perdiendo mi ética y pareciéndome a algunos de los indefendibles que represento en los tribunales. La culpa la tuvo Mark Twain. Leer sobre Tom Sawyer y Huckleberry Finn despertó en mi infancia mi deseo de ser una persona justa y honesta. Creo que lo he cumplido. Mi deseo.

Me he permitido enviarte con esta carta un recorte de prensa de la sección de empleo de los domingos en *La Vanguardia*. Llamó mi atención y me llevó a pensar en ti de inmediato. «Se buscan arquitectos para programa de reconstrucción en una aldea de Sichuan». Todavía no hace un año del terremoto. Es para unos ocho meses, más o menos. Habla de estrategias sociales y ambientales sostenibles para mejorar los modos de vida de sus habitantes. Imprescindible bilingüe en inglés y conocimientos de chino. Creo que careces de lo segundo, pero nunca se sabe. ¿Es esa la arquitectura social de la que me hablabas?

Un abrazo enorme,

Mireia Capdevila

P. D.: «Todos nuestros sueños pueden hacerse realidad si tenemos el deseo de realizarlos». Walt Disney

—China no está, que digamos, a la vuelta de la esquina —me dice papá.

—Lo sé.

Me senté en el sofá de piel sintética, modelo Basilio, de dos plazas, que yo misma le había regalado una Navidad para que estuviera más cómodo en su despacho. No me costó demasiado que me hicieran un generoso descuento. Solo tenía que reseñar el sofá en la revista como una pieza ideal y elegante para cualquier salón, recepción o despacho. Papá se dejó caer a mi lado y me miró para hablarme detenidamente.

—¿Cuándo se supone que empiezas?

—En el plazo de un mes y medio.

—¿Lo sabe Bruno?

—No. Esperaré al viernes para decírselo. Esta semana está de exámenes y no quiero que se preocupe o se distraiga.

—Te dirá que no.

—¿Y tú qué vas a decirme?

—Carlota, ¿desde cuándo has hecho caso tú a lo que yo te he dicho?

—Por favor, papá. Sabes que tu opinión es importante para mí. Tengo treinta y siete años, empiezo a hacer balance de si lo que está sucediendo en mi vida es lo que yo había deseado. Te juro que no cambiaría haber tenido a Bruno por nada del mundo. Y si me preguntas por qué necesito ese cambio tan grande, te responderé que por qué no. Me ahoga esta comodidad. Necesito hacer algo. Por una vez, quiero ponerme la primera en la fila de mi propia vida. Sentirme útil. Este trabajo es una oportunidad: ya hace un año del terremoto y sigue habiendo miles de personas que no tienen hogar. Lo que me piden es integrarme en un proyecto de reconstrucción que les ayude a volver a empezar. Será una buena experiencia, para Bruno, para mí.

—Entonces, cuéntamelo mejor.

El terremoto que golpeó la provincia china de Sichuan, de 7,9 de magnitud,

no ha sido el más importante de la historia, pero sus consecuencias han sido devastadoras. Saco mi iPhone y busco datos inmediatos para verlos con papá. Nos hemos preparado un expreso y ha pedido a Sandra que no le pase llamadas. Ella le avisa de que ya está el personal en el salón de actos y los de La Mallorquina han dispuesto los aperitivos. Papá le ha dicho que empiecen, que se incorporará tan pronto como termine. Eso es algo que siempre me gustó de mi padre, su capacidad de hacer que lo mío fuera su prioridad. Hoy viste traje azul marino, de líneas depuradas, camisa blanca sin gemelos al puño y una corbata discreta. Si llevara un tejano y deportivas, el efecto sería el mismo. Félix dice que papá es el paradigma del hombre elegante. Su semblante, serio, no hace justicia a su amabilidad en el trato. Un seductor para todos. Para muchos, un triunfador, alguien con suerte. Nada más lejos. Un currante. Y mi padre.

—Mira esto —digo enseñándole un recorte que saco de mi bolso:

- 87.150 muertos
- 4.800.000 desplazados
- 7,9 de magnitud (terremoto más fuerte en China desde 1950)
- 137.500 millones de dólares para reconstrucción
- 1.700 km de distancia a Shanghái, donde también se sintió el temblor

Hay un millón y medio de casas destruidas y casi seis millones más con terribles daños. Es una cifra que supera todas las casas que hay en Australia. Colegios, hospitales..., la zona está devastada. El Gobierno de China, Naciones Unidas, Cruz Roja y muchas otras ONG ya llevan meses trabajando sin descanso. Yo voy a formar parte de la delegación de expertos en vivienda que envía la BSHF a una pequeña aldea de Sichuan. Le digo a papá que todavía no puedo creer que aceptaran mi solicitud. Quizás, pensé, se debía nuevamente a mi alto nivel de inglés o a que el entrevistador fuera alemán y yo también domino ese idioma; y a la emoción que el proyecto en sí me sugería. No solo se trataba de reconstruir una pequeña aldea, sino de mejorar sus infraestructuras y ayudar a su desarrollo, mejorar el saneamiento y los modos de vida de su población.

Las imágenes del terremoto me habían conmovido profundamente. La gente sentada encima de los escombros de lo que fuera su hogar mientras yo fotografiaba mansiones, me había removido la conciencia más de una noche.

—Conozco la BSHF —papá se muestra interesado—, es una organización con sede en Reino Unido, sin ánimo de lucro. Están asociados al programa ONU-Habitat y si no me equivoco son jurado en los premios mundiales del Habitat.

—Exacto.

—Tengo algún colega en Pekín y sé que hay una espantada de arquitectos con planes de instalarse en China. Nuestra burbuja inmobiliaria, una vez superen este bache, será un chiste al lado de lo que allí se avecina. Pero es un país muy difícil, hija. El Partido Comunista lo controla todo, es más fuerte que el propio Estado, y eso por no mencionar a las tríadas.

—No tengo intención de molestar a las potentes mafias chinas. Lo prometo, papá. Pasaré de puntillas, haré mi trabajo, solo eso, voy con el respaldo de una ONG y allí ya hay todo un equipo trabajando desde el terremoto. La aldea está a una media hora en coche de la ciudad de Chengdu, hay un colegio internacional para Bruno, no tendría problema en matricularlo y...

—¿Has venido buscando mi consentimiento o mi consejo, Carlota, hija?

Le digo a papá que un poco por las dos cosas y él se queda unos segundos mirándome como si pensara las dos respuestas. No he olvidado las palabras de Sandra al teléfono: «Tu padre le ha pedido el divorcio a tu madre».

—Debes ir. En realidad agradezco que esto te ocurra justo en este momento. Verás, iba a llamarte... quería pedirte que hicieras un viaje, fuera de España, por unos meses. Reconozco que China no se me había pasado por la cabeza. París, Londres, o quizás Estados Unidos.

De repente, siento inquietud.

—Pero Bruno... —continúa mi padre—, creo que deberías plantearte la alternativa de que estudie el año que viene con su padre, en Estados Unidos. El otro día me comentó que quería cursar 4º de la ESO allí. Personalmente, creo que es la mejor de las alternativas. Ahora, más que nunca.

Se intensifica mi angustia. Bruno.

Se quiere ir, también él quiere salir de aquí. Pensaba que estaba bien, con el baloncesto y sus amigos. Debe de ser por lo de esa chica, Candela. O porque echa de menos a Alberto.

—No te lo ha dicho porque piensa que estás muy sola y que si se va, lo estarás más. Hija, está en una edad difícil, pero es un chico estupendo. Le irá bien estar con su padre un tiempo, él también necesita un cambio, pero necesita el suyo, no el tuyo. No pongas esa cara, Carlota, cariño, tú también te fuiste a estudiar fuera a su edad, ¿o es que ya no te acuerdas?

—Quizás llevas razón y sea lo mejor...

Aunque eso sea lo único que me dé miedo, lo único que pueda romperme: estar lejos de mi hijo. Por primera vez.

—De acuerdo, hablaré con Alberto. Pero dime, antes has mencionado que querías que me fuera de España. ¿Qué pasa, papá? ¿Qué es eso de que le has pedido el divorcio a mamá?

8

No doy crédito a todo lo que a continuación me va relatando papá. Es posible que en cuestión de unos días la Policía Judicial registre su despacho y las casas de Madrid y de Marbella. En cualquier momento la prensa se hará eco. Tiene un par de buenos amigos en la magistratura, así que lo sabe. Sabe que le van a imputar.

—¿Por qué? ¿De qué te acusan? Tiene que ser un error.

Me pide que, por favor, baje la voz, él también disminuye el tono para dejar salir una retahíla de palabras como *malversación*, *cohecho*, *soborno*, *substracción del erario público*, que yo resumo a modo de nueva pregunta en «¿Corrupción administrativa?». La cabeza me da vueltas. Por eso aprueba que me vaya, por eso lleva un tiempo animando a Bruno a mis espaldas para que estudie el próximo año en Estados Unidos. Nos quiere lejos. Fuera de su particular terremoto. Me atrevo a preguntarle si por la misma razón le ha pedido el divorcio a mi madre. No sé por qué imaginaba su respuesta. Conozco a mi padre. Creo. ¿Quién es Carlos Santamaría? Un hombre hecho a sí mismo, un arquitecto famoso. Socio fundador de una importante constructora, alguien con muchas influencias.

Carlos Santamaría. Carlitos. De pequeña me ha contado tantas veces su historia... Hijo de una madre viuda y hermano mayor de tres chicas. Se criaron en una pequeña granja de la Navarra más rural. Mi abuela vendía huevos, leche y la cosecha de temporada en una pequeña tienda de alimentación. A los ocho años, él ya salía a vender panecillos para ayudar con los gastos de su casa. No fue suficiente. La abuela los mandó a él y a la hermana que le seguía a Madrid, a un hogar para niños pobres. Lo último que recuerda de ella fueron sus palabras. Se aferró a ellas mientras crecía: «Hijo, recuerda que el dinero se hereda pero el talento no. Tú tienes talento. Trabaja y ten voluntad de triunfar». No volvió a verla. Se enteró de que había muerto de una pulmonía cuando alguien del pueblo llevó a las más pequeñas a la capital.

Puede que fuera un hogar para niños pobres, pero los mandaban al colegio.

A él le gustaba ir, sobre todo, porque en el aula no hacía frío. Y empezó a trabajar, estudiando, tal y como le había dicho su madre. Tuvo suerte. Acabó en una buena familia de acogida, una pareja mayor, culta y adinerada, que le procuró una excelente formación. Murieron antes de nacer yo, pero él siempre los recuerda con profundo amor.

Me pregunto qué lleva a un hombre que ha conseguido con tanto esfuerzo el reconocimiento de su profesión, un envidiable estatus social y un alto poder adquisitivo, a delinquir.

—No he hecho las cosas bien últimamente, Carlota.

—Pero, papá, por el amor de Dios, explícame. ¿Tiene algo que ver con la adjudicación de esas obras en Brasil? Entonces, ¿la celebración de ahí fuera?

No, no tenía nada que ver con Brasil, aunque inevitablemente el proyecto se vería salpicado. Me desarmó su sinceridad al decirme que simplemente se había dejado corromper por el poder. «Lo más difícil de estar en la cima no es mantener el equilibrio, es mantener la honestidad».

Un conocido empresario isleño, condenado a quince años por corrupción, estaría acordando rebajar su pena a cambio de confesar la comisión de delitos que salpicaban a empresas de la Península, la de papá entre ellas.

PARTE 1: LA ALDEA

1

Acordé con Bruno que los dos viajaríamos el mismo día, cada uno a nuestro destino. No dejé que nos acompañara nadie, ni mis padres, ni Félix, ni mucho menos mi suegra, que habría montado una escena. Tomaríamos un taxi. Me sentí agradecida por el atasco que nos hizo llegar tarde a la terminal internacional de Barajas, porque no nos permitió prolongar nuestra despedida. Ya tenía suficientemente pellizcado el corazón. Pero sí fui capaz de volver la mirada mientras avanzaba con una única maleta y un bolso de viaje. «No te preocupes, mamá, te escribiré, lo prometo, estaré bien, vete tranquila». Su voz se perdía en la terminal, estaba feliz y emocionado. Me obligué a recordar cómo era yo a su edad, las inmensas ganas que tenía de salir de casa, de soltar la mano, de crecer. Sonreí y le devolví el saludo: «Disfruta, mi amor».

Aterricé en Chengdu un mediodía de finales de verano. Había volado casi veinticuatro horas, con parada en los aeropuertos de Ámsterdam y Pekín. Me sentía agotada. La capital de la provincia de Sichuan me recibió con lluvia y una temperatura agradable. No sabía cuánto tiempo permanecería allí, un par de días, quizás, antes de trasladarme a ochenta kilómetros al norte de la ciudad.

Revisé los *mails* de mi carpeta de mano para confirmar que, en efecto, estaba previsto que me recogiera el Sr. Hertz. Compruebo el nombre de mi alojamiento en la ciudad, es el hotel St. Regis Chengdu. Después está previsto que me instale en una de las casas de la aldea que la organización ha puesto a disposición del equipo. Giré sobre mis tacones para encontrar mi nombre o mi apellido en los carteles que sostenía gente que esperaba a gente. Esa sería la única manera de encontrarme con el hombre que me había entrevistado detrás de una pantalla y unas gafas oscuras. Vamos, que no le pongo cara al rostro de quien ya es mi jefe. Espero cerca de dos horas y decido dirigirme al hotel. El taxista no habla inglés, pero conoce la dirección que le muestro en el papel. La distancia aproximada desde la terminal del aeropuerto es de no más de cuarenta kilómetros, pero un atasco monumental me deja cerca de dos horas en compañía del conductor. Vestido con camisa azul claro y pantalón negro, me ha tocado fumador y amante de la ópera china. Tolero el volumen de la radio

por curiosidad, también porque ya he gesticulado para que apague el cigarrillo. Una vez en el hotel, en recepción, el conserje me hace entrega de una breve nota:

Srta. Santamaría:

Finalmente la recogeré mañana. Chengdu es una ciudad con mucho encanto. Su gente es muy amable. Le sugiero la pasee y disfrute. Mañana la recogeré para trasladarla a la aldea.

Atentamente,
Ernst Hertz

Envío un *mail* a Alberto desde el ordenador de recepción. Le digo que he llegado bien y le pido que tan pronto pueda me confirme que Bruno ha hecho lo mismo. Me doy una ducha y me cambio de ropa: camiseta de algodón, cortavientos impermeable, además de un pantalón de travesía y unas deportivas, adquirido todo en Decathlon antes del viaje. De pronto me doy cuenta de que tengo hambre, quiero salir a conocer la ciudad. Necesito distraerme para no pensar que estoy a miles de kilómetros de casa, en un país desconocido y que seguramente tarde meses en ver a mi hijo. Mi única referencia es una aldea destruida, las siglas de una organización, unos cuantos *mails* impresos y un hombre al que no conozco. Al menos le he puesto nombre: se llama Ernst. Decididamente, soy atrevida. Salgo a la calle. Chengdu, la ciudad, se me presenta extraña, llena de vida, como si no hiciera un año que sintiera temblar la tierra. Animada, repleta de bulliciosos callejones, me siento como una niña sorprendida a cada esquina. Mercados coloridos donde venden ranas o trajes y vestidos tibetanos. Sigo, obediente, las direcciones que me ha anotado el conserje y me adentro en la antigua calle Jin Li. Los templos, los puentes, el río. Me gusta. Hay muchos occidentales transitando la ciudad entre los asiáticos que, no, no son iguales, a pesar de su pelo negro y lacio, de sus caras anchas y los pliegues de piel sobre la comisura de sus ojos, rasgados, como si el globo ocular no fuera esférico y tuviera forma de almendra. Catorce millones de habitantes tiene la ciudad donde por primera vez se utilizó el papel moneda, fue en el año 960, durante la dinastía Song del Norte. Lo leo en la guía de viaje que compré en Amazon. Muy cerca de aquí, sigo leyendo, se encuentra Emei, una de las cuatro grandes montañas de Buda y lugar de peregrinación. Tendré que ir. Sus casas de té, su excelente gastronomía y, como dato curioso, la filosofía de vida de sus residentes: «La vida sigue igual, no es necesario tomársela con demasiada seriedad».

Pues es verdad. Un terremoto puede durar apenas unos segundos. Es devastador. Luego todo vuelve a empezar. La vida siempre nos desafía y se empeña en iniciar un nuevo día.

2

Mi primer encuentro con Ernst Hertz se produjo a la mañana siguiente. Todavía me sentía fatigada por el viaje y pedí que me despertaran llamando al teléfono de mi habitación. Mi miedo era quedarme dormida, pero no había pegado ojo en toda la noche. Me duché con tiempo para después vestirme correcta pero informal. Quería causar buena impresión y a la vez no desentonar con el lugar al que me dirigía. Al final, opté por unos tejanos y un jersey ligero. Me había cortado el pelo en Madrid, media melena, justo por encima de los hombros, con el largo suficiente para poder recogerlo en una cola o en un moño desarmado, pero me lo peiné suelto. Cerré la maleta sin dificultad, no había querido llevar mucha ropa, sí mi traje de baño, por si tenía ocasión de nadar, y un par de libros: la biografía de Frida Kahlo y *Balzac y la joven costurera china*, de Dai Sijie.

Me esperaba en el *hall*. Lo encontré leyendo la prensa debajo de sus oscuras gafas de sol. Me miró unos segundos antes de levantarse y estrechar mi mano, pero no se quitó las gafas. Me incomodé de manera automática. Durante la entrevista por Skype, de escasos veinte minutos, habíamos hablado en alemán, así que me presenté en esa lengua, pero él me contestó en castellano: iba a llevarme a la aldea, en el camino me explicaría los pormenores del proyecto y la situación con la que me iba a encontrar.

En otras circunstancias, habría interpretado su comportamiento como frío, profesional, alemán; en aquel momento yo agradecería un trato más cálido, del tipo: «Qué tal su viaje, bienvenida, siento no haber podido recogerla en el aeropuerto». Me quedó claro que estaba marcando una distancia. O yo estaba nerviosa, así se inician las relaciones laborales. Antes de salir del hotel, tuve tiempo para darme cuenta de que Ernst Hertz no era mucho mayor que yo, andaría a caballo entre los cuarenta y los cuarenta y cinco; más me sorprendería. Es alto, no es muy delgado, diría que tiene buena planta. Me alegro de no haberme presentado en traje de chaqueta porque él viste de manera informal y no se ha afeitado; por lo menos, los cuatro últimos días.

No espero que me abra la puerta del coche, esas cosas ya solo las hace Félix. Lo echo de menos. Seguro que encontraría a Ernst de lo más irresistible.

Pero habría estado bien que me abriera el maletero y me echara una mano con el equipaje antes de montarse en el coche. Mis primeras impresiones para con mi jefe no eran de las mejores. Con este hombre, pensé, solo tienes que trabajar, y sí, me parece un maleducado. Me conviene andarme con cuidado.

—La aldea Da Ping está a 1600 metros sobre el nivel del mar, a apenas 30 kilómetros del epicentro del terremoto. Destruída. Pocas casas permanecen en pie, el colegio y la mayoría de edificios públicos también se hundieron bajo la tierra. Los caminos han desaparecido y no queda un solo puente. Sobre todo murieron niños, pocos adultos perecieron.

—Parece increíble —musité.

—Lo es. Como una broma del destino. Pero todas sus gentes se encontraban trabajando en el campo cuando sucedió. El panorama cuando llegamos era desolador. El pueblo entero estaba devastado. El Gobierno chino puso viviendas provisionales a disposición de los damnificados, pero son insuficientes. Mucha gente se ha ido a las grandes ciudades en busca de trabajo, dejando atrás a sus ancianos. Algunos no piensan volver, otros esperan hacerlo cuando reúnan suficiente dinero para reconstruir sus casas.

—Ya. Imagino que se habrá disparado el precio de los materiales de construcción.

—Así es. Por eso el Gobierno chino ha aceptado colaborar con nosotros. Como ya sabe, Cruz Roja y Aldeas Globales también participan en este proyecto. Nuestro trabajo es reconstruir la aldea. Hemos empezado a hacerlo con materiales locales y con medios de construcción tradicionales. Vamos a contratar a los propios aldeanos a lo largo del proceso. Somos algo así como un proyecto experimental. La idea es que funcione y otros pueblos que también colapsaron copien el modelo.

—Entiendo. Tengo muchísimas ganas de empezar a trabajar.

—Pues me alegro —concluyó—. Porque no va a ser fácil.

El resto del viaje transcurrió sin que entabláramos más conversación que la que hacía referencia a cuestiones laborales. Hasta llegar a destino, pude apreciar el hermoso paisaje. Por momentos, mi jefe debía de intuir que mis ojos apreciaban algo por primera vez, como las gigantes terrazas de arroz, y levantaba su mano derecha del volante para señalarme el lugar y, sin despegar la vista de la carretera, se refería a ello: «Las terrazas de arroz. Sichuan es la

mayor región productora de China. Abundan los alimentos, pero sigue siendo pobre».

3

El coche se detuvo por fin. Habíamos llegado. Descendí del vehículo con absoluta curiosidad, poniendo mis pies en el suelo polvoriento. Una decena de niños se acercaron a abrazar a Ernst, mientras curioseaban sobre mi persona. Mi jefe sacó chocolatinas de los bolsillos de su cazadora y las repartió entre todos ellos. Luego les dijo algo; un par de ellos descargaron mi equipaje. Me preguntó cuántos idiomas habla este hombre. Me bastó echar una mirada rápida para comprender el seísmo de la pobreza. Un poco, se me encogió el corazón.

—Los desastres naturales son un azote para los más pobres. Vamos, le enseñaré donde nos hospedamos. Es esa casa de ahí, la de detrás del muro de adobe.

Una mujer menuda, de rostro arrugado y oscuros cabellos recogidos hacia atrás, nos recibió a la entrada de su hogar con una reverencia desde los hombros hasta la cintura. Correspondí inclinando ligeramente mi cabeza, imitando el gesto que hacía Ernst. Llevaba puesto un traje tradicional. La observé: vestido negro con la cintura suelta y las mangas largas, falda plisada de color verde manzana, con pantalones debajo y zapatos bordados. Me regaló una sonrisa tímida y sus manos me invitaron a pasar.

La casa, de madera, estaba apuntalada. El suelo era de tierra apisonada con un patio central, con claraboyas que dejaban pasar la luz. El patio conectaba con todas las habitaciones de la estancia. Conté siete puertas de madera, todas talladas con flores, animales y plantas.

—Se llama Ju Mei. No te preocupes, entenderá todo lo que necesites, aunque no pronuncie palabra. Dejo que te acomodes. Estaré en la caseta de obras. Te será fácil encontrarla. No tardes demasiado si quieres asistir a la reunión con el equipo.

Iba a decirle que podía instalarme más tarde e irme de inmediato con él, pero no me dio tiempo a hacerlo. Decididamente, no es el hombre más agradable del mundo. Se fue. Ju Mei me miró y volvió a sonreírme, como si comprendiera mi desconcierto, queriendo calmarlo. La seguí cuando caminó

despacio, delante de mí, para mostrarme mi habitación. Me encontré con una estancia muy pequeña pero agradable. No había un futón, sino una cama con sábanas limpias. Luego me enteraría de que lo de dormir en el suelo y comer de rodillas es más de los japoneses que de los chinos. Una mesita pequeña y una cómoda, que entendí me harían las veces de armario. No era muy grande. Mi equipaje tampoco. La cama estaba pegada a la pared de la ventana. Se veían el azul y el verde. Eso era suficiente. En la esquina, sobre una silla, un cuadro con pictogramas llamó mi atención. Me preguntaba dónde estaría el aseo y con quién iba a compartirlo. Otra vez, seguí los pies menudos de Ju Mei, que parecía leer mi pensamiento. Me condujo a los baños. Se compartían.

Por primera vez desde mi llegada, me sentí cansada. En vez de acomodarme, me incliné para dar las gracias a mi anfitriona y decidí acudir al encuentro de mi destino. Esperaba que al menos mis compañeros se mostraran más hospitalarios conmigo de lo que lo había sido él.

Así fue. Menos mal.

Todos me saludaron muy amablemente cuando llegué a la caseta de obra. Un conjunto de unos seis módulos prefabricados, agrupados en ele y con las siglas de la organización pintadas en negro y verde. A escasos metros, otro par de módulos con la cruz roja. Los niños que me recibieron frente a la casa de Ju Mei me habían acompañado. Yo creo que mi pelo rojo les llamaba la atención.

Uno a uno se fueron presentando. Primero mis compañeros de la organización: un par de ingenieros de puentes y caminos, otro arquitecto, bastante mayor que el resto, todos ingleses, y Ana, toledana, ingeniero agrícola. Agradecí que me plantara dos sonoros besos a la española. Nada más emocionante que encontrarte con alguien de tu país cuando estás tan lejos de casa.

—Bienvenida, Carlota. Desde que supe que te incorporabas estoy feliz. Por fin otra mujer en el equipo, y española. De Madrid, ¿no? Los días de trabajo son muy largos aquí, no sabes lo que voy a agradecer tenerte al final del día, -me dice tomando mi brazo derecho-. Estos ingleses son todos muy *gentleman*, pero unos siesos. Bueno, cuéntame, qué lado has conocido primero de nuestro enigmático jefe alemán, ¿el frío o el cálido? Déjame pensar, lo sabía, todavía no se ha quitado las gafas contigo.

Intercambié saludos y palabras con todos. Ana me hizo entrega de un bloc

de notas y un par de bolígrafos para la reunión. Tomé asiento a su lado y escuché a unos y a otros sobre cómo se estaba abordando la reconstrucción de la aldea. La mayoría llevaba allí unos tres meses, tiempo suficiente para hacerme saber que el proyecto lidiaba con muchos obstáculos.

—¿Os referís a los soldados y policías que hay por todo el pueblo? —me atreví a preguntar.

—Son uno de ellos —anunció mi jefe entrando por la puerta—. Los demás, los iré conociendo. Empezamos, siento el retraso.

No me dio tiempo a controlar mi turbación al verlo; Ana me golpeó la pierna con la suya debajo de la mesa. Ernst Hertz se había incorporado a la reunión sacando su portátil de una mochila con asas y dejando sus gafas de sol encima de la mesa. Su mirada se clavó en la mía para desviarse rápidamente.

Heterocromía. Como David Bowie. Ernst Hertz tiene el ojo derecho del azul de los lagos, el izquierdo es marrón, como el de la mayoría de los mortales. Su pupila oscura se muestra permanentemente dilatada, como si le diera igual dejar entrar o salir la luz externa. Ciertamente, impresiona mantenerle la mirada. Trato de concentrarme en los detalles de la reunión y me resguardo en las notas que tomo en la libreta. Llegan a la sala dos personas más, un hombre y una mujer, que me saludan con cortesía cuando Hertz me presenta. Toman asiento, en silencio, alrededor de la mesa, ella justo frente a mí. Enviados de la delegación del Gobierno de Sichuan. El hombre, un señor mayor de facciones nada suaves, habla solo mandarín. La mujer, a su lado, traduce todas y cada una de nuestras palabras, la reunión transcurre en inglés, con un tono apenas audible y lenguaje rápido. No se inclina ligeramente para que su compatriota la escuche mejor, se mantiene rígida en su silla. Son chinos *han*, como la inmensa mayoría de la población del país. Ana me susurra que son abogados del estado, del Partido Comunista de China (PCCCh), que luego me lo cuenta, que hay que andarse con ojo con ellos, especialmente con la china.

—Me permito hacer un breve resumen del trabajo que llevamos realizado para que la Srta. Santamaría, que acaba de incorporarse, se ubique—, habla Hertz. Nuestro trabajo aquí se va a desarrollar en cinco etapas. La primera de ellas, un análisis profundo de la situación y las condiciones locales, ya se ha realizado. Ha quedado bastante claro que la mayoría de las viviendas que ahora están totalmente destrozadas habían sido construidas siguiendo los

patrones de la China más occidental.

—Ladrillos de arcilla y hormigón. Mucho más contaminante, —añade uno de los ingenieros, técnico en Medio Ambiente—. Son métodos que utilizan mucha más energía que los tradicionales de la región. Además, son más caros. Bueno, ahora están doblando su precio. Ya se sabe, siempre hay los que hacen fortuna en los desastres. Hay unos pocos, los que pueden permitírselo, que ya están reconstruyendo sus casas. Pero la calidad de esos materiales no es la mejor y además no son sismorresistentes. Por no hablar de los edificios públicos...

No es que me lo parezca, es que se ha ensombrecido el gesto del delegado del Gobierno con esta última traducción de su ayudante.

—Gracias, Chris —sigue Hertz—. Se está terminando la segunda fase, que no es otra que la de consultar a los propios residentes antes de realizar el diseño y desarrollo del proyecto. Estamos aquí para ayudarles a entender que, utilizando materiales tradicionales como la madera o el bambú y reutilizando otros, podemos volver a construir sus hogares, de manera sostenible y segura, y abaratando costes.

Pregunto si podrán hacer frente a esos costes por muy bajos que sean. Hertz me informa de que también en eso está trabajando la organización:

—Hemos calculado que el precio del metro cuadrado construido con nosotros será de menos de ochenta dólares. Contamos con la ayuda internacional, la de la municipalidad y, claro está, los vecinos tendrán que recaudar de sus propios ahorros. Tengo entendido que el Gobierno se compromete a dar un crédito sin intereses a todo aquel que carezca de medios. ¿Es así, Sr. Wu?

4

El general asiente a la pregunta traducida por su compatriota. Se llama Li, escrito en chino como 理, 立, 黎, 力, 丽. Significa amanecer, negro, fuerza, poder, soporte, lógica, hermoso. Creo que su apariencia cumple con todas las acepciones de su nombre. Es intérprete. Trabaja para la cúpula del PCCh. Qué diría su abuelo, convencido general del Kuomintang, con el que desde niña evitaba encontrarse en la casa familiar. Su madre se ocupaba de esconderla, temerosa de que también para su nieta se acordara un matrimonio, mientras su abuela, una mujer sumisa a su marido, a su hijo y a su hermano, todo por ese orden, pedía al Buda reencarnarse en cualquier cosa: perro, gato, pájaro o rata, pero no en mujer. Al fin y al cabo la madre de Li tuvo suerte. Su padre la había entregado a un alto militar destacado en la provincia de Lanzhou. Allí tuvo que desplazarse para convertirse en primera concubina. El militar murió al poco de nacer Li y su primera esposa no impidió que ella y el bebé regresaran de nuevo a su hogar. La madre de Li se las ingenió para que su padre no volviera a casarla y retomó sus estudios mientras criaba a su hija, con la esperanza de que esta no tuviera que depender jamás de hombre alguno. Ahora, cuando Li la visita en su apartamento en la zona norte de Chengdu, ríen comentando cómo el abogado Wu y tantos otros altos cargos dependen de ella. Las dos son miembros del partido. Li obtuvo una beca para formarse en Londres, cursó Relaciones Internacionales y a la vuelta ya había grandes planes para la joven.

Mis compañeros en la sala la observaban de reojo. Lleva unos tacones de aguja infinitos que le realzan las piernas, desnudas, bajo una falda de punto gris. Con el pelo recogido en una trenza a un lado, sin nada de maquillaje, va tan perfumada que su rastro permanece un rato cuando un coche oficial la recoge a ella y al Sr. Wu al finalizar la reunión. Solo se despide de Hertz, con un breve pero sutil pestañeo. O eso me ha parecido a mí.

Los primeros días en la aldea pasaban a toda velocidad. Me enteré de que teníamos un coche de empresa a nuestra entera disposición y acompañada por Ana bajé a la ciudad tan pronto pude para desbloquear mi teléfono y hacerme con una tarjeta prepago china. Todos los compañeros estábamos apuntados a una academia de chino, donde acudíamos los viernes por la tarde. Me di

cuenta pronto de que había palabras y expresiones que difícilmente aprendería en clase. Al final, la clase del viernes nos servía de desconexión al nutrido grupo de extranjeros que allí nos juntábamos. Me está salvando *Chinesepod*, mi *podcast* preferido para aprender chino.

Ya he podido hablar con Bruno. Está feliz. Lo han admitido en el equipo de baloncesto del instituto donde estudia y puede que hasta le ofrezcan una beca para la universidad. Pienso que para eso faltan dos años y que era solo un curso el que debía pasar con su padre, el año que yo tenía previsto estar en China. Se lo he contado a Mireia, por carta, podría enviarle un *mail*, pero sé cómo se alegrará de recibir noticias mías con un sello de por medio.

Querida Mireia:

Aquí estoy, ya llevo un mes trabajando en la aldea. No te imaginas cómo pelea esta gente por recuperar un poco de normalidad. A otros, los que lo perdieron todo, me parece que les da igual. Ellos están en otra lucha, intentando saber por qué los edificios que cayeron primero fueron las escuelas e institutos que mataron a sus hijos. Debe de ser horrible, no quiero ni pensar el vacío que soportan. Parece que las autoridades se mostraron al principio comprensivas con el dolor, pero cada día hay más manifestaciones y se han puesto denuncias. Sin ir más lejos, ayer vi cómo la policía se llevaba arrestado a un joven matrimonio que pedía respuestas. Quise impedirlo, pero Hertz me sugirió que no lo hiciera.

Hertz. Es un tipo raro, qué decirte, además de que tiene los ojos de colores distintos. No se relaciona mucho con el equipo, más allá de lo laboral. Algunas noches nos quedamos todos a charlar un rato después de cenar. Lo de la comida te lo contaré en otra carta, y lo de nuestra casera, también. Él siempre se retira el primero. Voy conociendo al resto de mis compañeros, además de por sus nombres de pila. Me hace gracia pensar en cómo el destino nos ha puesto allí, en tierra resquebrajada. Los ingenieros, Chris y Martin, son un peligro con un par de cervezas. Uno está soltero, y el otro, más mayor, divorciado y con dos hijos en la universidad que le cuestan una pasta. Tengo que hablarte más detenidamente de Ana, mi salvavidas aquí.

Cuéntame tú qué tal vas. ¿Adaptada a la vida en Madrid? Déjame adivinar..., te pasas el fin de semana visitando exposiciones. Imagino que extrañarás el mar. Es curioso cómo me tranquiliza saber que eres tú la que lleva el asunto de papá. Quiero que sepas que no leo la prensa

española en internet y he pedido a Ana que no me cuente nada del proceso. Se lo prometí a papá antes de dejar Madrid. No quiero pensar cómo se estarán cebando algunos medios con él; menos mal que han dejado a mamá fuera de todo esto. Confío en que harás todo lo que puedas. Sé que lo harás. Hace mucho que no tengo noticias de Félix. No le digas que te escribo, se pondría celoso. Un día de estos lo llamo. Cuídate mucho. Yo también lo haré.

Carlota.

5

Mis botas de trabajo no notan tanto el polvo de la tierra como mi garganta, parece que respiro tierra rota a todas horas. Se me antoja que el proceso de recuperación de la aldea va a ser más largo y difícil de lo que estipula el *planning* de la organización. Cuando acepté este trabajo no calculé bien la dimensión emocional. Sobre el papel, uno ve números, proyectos, materiales, inversiones, pero aquí te paralizan las historias. Se podría escribir un libro con cada tragedia particular. ¿Qué hago yo aquí? Me lo pregunto todos los días.

He entablado cierta complicidad con Chao Weng. Se cercenó el brazo derecho en el seísmo. Su familia se dedicaba a la cría y venta de pollos. Lo han perdido todo. Su único hijo, también. Todas las mañanas, en mi camino de la casa de la Sra. Mei al centro de obras, encuentro a su mujer sentada sobre una pila de escombros, frente a la escuelita. A ratos la acompaña su suegra. La Sra. Weng, según me contaría Ana, se habría pasado un mes entero llorando, gritando, maldiciendo, para después sumirse en el más absoluto de los silencios. Apenas come y espera a su hijo frente al colegio, como si en cualquier momento pudiera salir por una puerta que ya no existe.

Estar aquí me hace reflexionar a diario. Sobre el dolor, por ejemplo, sobre el miedo. Creo que la diferencia entre uno y otro es que el miedo se puede compartir, pero el dolor..., el dolor no se comparte. A ese solo lo conoces si se te presenta personalmente.

Chao Weng se ha convertido en algo así como un líder vecinal. Como si estar activo mitigara su tragedia personal. Organiza las batidas para buscar bambú en el área de la zona; les hemos pedido a los voluntarios más fuertes que busquen entre los edificios dañados aquellos materiales que puedan ser reutilizados o reciclados.

Difícilmente cumplimos con la faena que todos tenemos programada. Así van pasando los días. De mi rutina particular, darme un baño caliente, leer un poco o chatear con Bruno, solo me ocupo antes de que la Sra. Mei nos sirva a todos la cena en el salón de la casa. Fue un viernes cuando decidí no bajar con

los demás a la ciudad, me sentía indispuesta con un periodo más incómodo de lo habitual. Debí de quedarme dormida en mi cuarto. Cuando desperté, Ju Mei me miraba dulcemente. Su rostro se arrugó un poco más mientras sonreía. Se llevó la mano, pequeña, morena, a la boca varias veces, con los dedos cerrados en un puñito. Dijo: «Wạncạn». La cena estaba lista.

La mayoría de los chinos, como los que regentan comercios en cualquier punto de Europa, son *han*. Pero ella no. Ju Mei pertenece a otra cultura. Es una *naxi*. Mi estómago se está haciendo a sus comidas picantes y muy condimentadas. Sus bollos de vapor me encantan, pero no puedo dar un sorbo al té de mantequilla. Hasta no hace muchos años, los *naxi* eran una sociedad matriarcal y, aunque ahora las cosas han cambiado, siguen siendo ellas las que llevan las riendas de la comunidad. Ju Mei, Crisantemo Hermoso, no se ha casado nunca. Tiene un *azhu*, algo así como un amigo que, a veces, solo a veces, pasa las noches en la casa. Tiene un hijo con otro hombre. Me gusta observarla a ratos, sobre todo cuando hace un alto en su trabajo diario y se pone a escribir con bellísimos pictogramas. Algunos días, Ana trata de aprender junto a ella.

—Vamos, Carlota. Anímate. No sabes qué fascinante es.

En el lenguaje *naxi*, añadir el concepto *mujer* a una palabra agrava su significado. Me entero de que *piedra más mujer* significa *roca*. *Piedra más hombre* significa *guijarro*.

6

Preferí cenar al calor de la cocina, esperaba que la sopa caliente de carne de ternera mitigara mi dolor menstrual. Ni siquiera me preocupó mi aspecto, todos estaban fuera, salí en pijama. Desde la ventana lo divisé. No sé con qué pictograma escribiría Ju Mei el nombre de Hertz. La palabra piedrecilla no se correspondía con su imagen. Desde luego. Sucumbí a la tentación de observarlo. Hablaba por su móvil. Es atractivo ese hombre. Me irrita que se esconda debajo de sus gafas oscuras. Trato de imaginar cuándo decidió protegerse con ellas, como si de un caballero medieval se tratara y evitara enfrentarse en un combate cuerpo a cuerpo. ¿De qué acometidas querrá protegerse? ¿Qué batallas llevará libradas en esa vida itinerante? Conozco la del mal golpe que se llevó en la escuela con apenas nueve años, en su Berlín natal, origen de su heterocromía. Parece malhumorado mientras conversa, caminando sin sentido de un lado al otro de la calle. Lo parece siempre. Malhumorado. Aprendió inglés en la escuela, y español en Colombia; hijo único de padres diplomáticos, habla también chino. Ser políglota ya no es tan inusual en nuestros días, lo extraño es serlo y tener tan poca empatía.

Estuve observándolo unos minutos más hasta que lo vi guardarse el teléfono en el bolsillo de su pantalón tejano. Luego me puse de pie para retirarme antes de que él regresara, pero lo que a continuación sucedió me retuvo frente a la ventana. Un todoterreno de color oscuro giró la calle a toda velocidad para frenar en seco delante de Hertz. Fue todo muy deprisa. Del coche se bajaron el conductor y el copiloto. El más corpulento de los dos abrió el maletero y tiró al suelo a otro hombre. Lo pateó con violencia hasta donde estaba Hertz. El otro escupió al suelo y masculló algo que ni oí ni habría entendido, pero no pareciera que estuviera dando las buenas noches precisamente. La ventana trasera del coche bajó automáticamente unos segundos para volver a subir. La vi, claro que la vi, era ella. Amanecer Negro. Li. Apagué la luz de la cocina y me retiré cuatro pasos hacia atrás. Ju Mei permanecía en la puerta. Contemplaba la misma escena que yo. El coche desapareció dejando una nube gris jugando con el barro del suelo. Sin pensarlo dos veces, salí corriendo a la calle. Y allí habría de empezar todo.

—¿Qué hace usted aquí? —dijo nada más verme—. ¡Está bien, está bien!, rápido, ayúdeme a llevarlo dentro. Le han dado una paliza, creo que ha perdido mucha sangre.

Bao Zhang entró en la casa de Ju Mei arrastrando las dos piernas, colgado de mis hombros y de los hombros de Hertz. Se desplomó sin conocimiento sobre la cama con dosel del hijo ausente de Ju Mei. Tenía el labio partido y un puñetazo debió de estallarle en el ojo derecho, cerrado e hinchado. Un golpe en la mandíbula, en el lateral de la barbilla, le habría provocado el desmayo. Pensé en todos las veces que Félix, aficionado al boxeo, me había contado que ese era un punto muy vulnerable. Yo no había visto a nadie tan desfigurado jamás, más allá de las películas. Hertz le quitó con cuidado la cazadora de piel negra mientras yo lo desprendía de las deportivas Nike que llevaba puestas. Le subió la camiseta a la altura del pecho y tuve que desviar la cabeza para no quedarme en ese abdomen brutalmente pateado. Pensé en voz alta que deberíamos avisar a un médico y a la policía.

—La policía acaba de darle una paliza. ¿Lo entiende? —dijo Hertz.

No, no entendía nada, solo que no era momento de hacer preguntas. Aunque se me agolparan en la cabeza: ¿acaso no era este hombre el que el otro día merodeaba junto a la mujer de Chao Weng? Sí, claro que sí, lo he visto varias veces en la aldea, con el grupo de padres que está organizando una plataforma para exigir responsabilidades al Gobierno. ¿Qué pinta Hertz en todo esto? Y ella, ¿qué pinta ella?

Ju Mei salió de la estancia y regresó en pocos minutos con toallas limpias y una cacerola con agua caliente. En efecto, nuestra casera solo se entendía con Hertz, el único del equipo que dominaba el mandarín, pero se las ingeniaba para comunicarse con todos, en especial conmigo y con Ana. Hay un idioma universal, que solo necesita de gestos y miradas cómplices. Ju Mei me rodeó la cintura con una de las toallas e indicó que me marchara, ella se ocupaba. Sus ojos me decían: «Tranquila». Entonces me percaté de que mi pijama estaba empapado de sangre, de mi sangre. Le di las gracias y corrí a cambiarme. Tardé muy poco. Ju Mei le había dado seis puntos de sutura en el labio y el joven parecía volver a estar consciente. Le cambié el agua al barreño y humedecí un trapo para limpiarle el rostro. Me daba miedo hacerle daño, así que lo hice con mimo, con cuidado. Creo que trataba de sonreírme, agradecido, pero el dolor del labio lo estremecía.

—Shhh —le hago callar con dedo silencio y me dirijo a él en inglés—. Será mejor que no haga ningún esfuerzo. Si me entiende, apriete mi mano.

La aprieta. Despacio, con suavidad. Le digo que es preferible que descanse, que no se preocupe. Ju Mei le ha preparado una infusión.

Hertz estaba en la cocina, apoyado en la mesa. Fumando. No sabía que fumara. No sabía nada de él.

—Agradecería que no dijera mucho de lo sucedido a los demás cuando vuelvan —dice espirando humo por la boca—. Lo mejor será que olvide lo que ha visto esta noche.

—¿Y puede explicarme usted qué es lo que he visto?

Apagó el cigarrillo debajo del grifo de la cocina. Ignoró que su móvil vibraba en su bolsillo. Miró su reloj de pulsera y respiró hondo. Tomó asiento y me ofreció hacer lo mismo.

—Diremos al equipo que Bao Zhang es sobrino de Ju Mei. Se mete en problemas de vez en cuando. Lo han acompañado en un taxi desde Chengdu. Se quedará unos días hasta que se recupere.

—Muy bien. Pero a mí me dirá la verdad. Aunque solo sea por el susto que he pasado.

Y para saber con quién estoy trabajando.

7

—¿Estás mejor?

—Sí, Ana, gracias, mucho mejor. He descansado, he leído y he podido hablar con Bruno, además de enviar varios *mails* y escribir un par de cartas.

Hertz tampoco se ha movido de aquí, -añade guiñándome un ojo-. Y el sobrino de Ju Mei... Yo diría que más que descansar habrás estado entretenida. Bueno, ya me lo contarás más tarde, tenemos mucho trabajo.

Lo teníamos. Se acercaba el invierno. Pronto haría demasiado frío para que la gente aguantara dentro de las tiendas de campaña habilitadas. Esta arquitecta que soy se está convirtiendo en un albañil, trabajando mano a mano con los campesinos. Ana coordina la reconstrucción de la carretera principal que da acceso al pueblo, para que se puedan transportar con mayor rapidez los materiales de construcción, pero también para que lleguen alimentos a los mercados. Tengo mucho que aprender de ella. A veces tengo miedo y se lo cuento. Entonces me dice que faltaría más, que ella también. No había dejado de tenerlo desde hacía veinte años cuando empezó en esto. Me fascina sentarme a escucharla. Su vida es un constante viaje hacia los desastres naturales, hacia los conflictos. Una especialista en reconstruir. Alguien así debe tener muy sólidos sus propios cimientos.

—No lo creas. Cuando empecé, no sabía en qué me metía. No sabía si era de las que huía o de las que buscaba. Fue todo una casualidad, pero mírame, aquí estoy. Ya no sé volver. Si quieres un consejo, Carlota, cuida siempre tus raíces, protégelas. Me da que tú eres de las que necesita encontrarse.

Supe quién había sido Ana antes de Pekín solo porque ella tuvo voluntad de contármelo. Porque aunque se mostraba extrovertida y era de trato agradable, debajo de esa piel dorada de trabajar a campo abierto habitaba una mujer que guardaba lo suyo. Ana Garrido. Agradecí que me dijera su edad, cuarenta y cinco años, porque yo soy un desastre acertando edades y porque sus líneas de expresión están muy marcadas. Está más bien rellenita; sin embargo, a mí me parece que sus formas son altaneras. Sí, eso es, se da un aire a Ángela Molina, por sus ojos castaños que chisporrotean y por su pelo

bonito, oscuro, largo y encanado.

Ser cooperante ha sido su único y su primer trabajo. Estuvo en Palestina, cuatro años. Luego ha sido responsable de proyectos en Etiopía, Mozambique y Haití. Ernst y los demás se lo consultan todo, no es de extrañar.

—¿Lo conoces de hace mucho? —le pregunto.

—¿A quién?, ¿a Hertz?

—Sí.

—Te dolerá, Carlota. Está roto.

—¿Me dolerá qué? No te entiendo.

—Enamorarte de alguien como él.

—¡Yo no estoy enamorada de él!

—Date tiempo.

8

A veces el cielo pierde su azul. Entonces te pones a buscarlo de norte a sur. Ana habla muchas veces como quien te lee un cuento. Cargada como tiene la mochila.

—Mozambique. Hace diez años.

Respiro despacio, para que no se note que tengo ganas de seguir escuchándola, de saber.

—Yo ya estaba allí cuando él llegó. Con ella, su mujer. La mujer más delicada que he conocido en mi vida. Nada más verlos, les di un mes en destino, no aguantarían más. Puedes estar segura de que estaba siendo generosa. Ella no soportaría el calor asfixiante que apretaba esa tierra, ni el olor a hambruna, por no hablar de las picaduras de insectos. Se habían casado en Bogotá, ciudad natal de ella, de Cecilia, y donde no sé si sabrás que los padres de Ernst estuvieron años en su embajada. Que lo sepas, es un hombre de cuna. Pero es un tío implicadísimo en su trabajo y en todas las causas justas. Más allá de lo que debiera. Si no ha tenido más problemas es porque su padre era un hombre influyente. Murió no hace mucho, creo.

Ahogo un suspiro. Pienso en el activista que tenemos en la casa, en lo sucedido la otra noche, en mi conversación con Hertz, en mi promesa de no contar nada. En su mirada. Azul y oscura. Mitad día y mitad noche.

—Cecilia no era trigo limpio. Tan frágil como mal bicho. Hacía fotos. Artista. Debió de parecerle exótico lo de Mozambique. Que sería un paseo, que acabarían en Londres. Un mes de voluntariado para quitarse el gusanillo, le gustaba ese halo romántico en el temperamento de Ernst. Lo conoció en una cena de esas de alta sociedad, o eso creo que me contó una de las pocas veces que hablé con ella. Créeme, pienso que lo embaucó. Era muy hermosa; él una promesa que no le resultó. Porque aunque podía haberse quedado en algún puesto de corbata, lo suyo es el trabajo de campo. Y a esto te enganchas sí o no. No era un destino fácil para empezar una vida de casados.

Ana habla reviviendo esa parte de su historia en común con Ernst. Trato de

imaginarlos en una aldea indígena de treinta casas, sin agua potable, sin red eléctrica y a varios kilómetros en coche por carreteras en terrible estado para llegar a la ciudad más cercana.

—No lo soportaba. Creo que como la mayoría de la gente, Cecilia pensaba que sería una aventura, como una peli de Indiana Jones, que haría fotos a todo color, de animales salvajes y de niños amamantados por madres que vestían trajes multicolores. Se puso mala. Malísima. Con una de esas diarreas con las que crees que vas a desaparecer. Cagar detrás de un seto era mucho mejor que acceder a cualquiera de las letrinas del pueblo. «O esto o yo, decídetes». La siguió. Pero él ya se había enamorado. De esta profesión. Supe, por otro compañero, que se habían instalado en Londres. Y ahora es cuando te vas a quedar de piedra.

—¿Qué?

—Él es un tío preparadísimo. Habla varios idiomas, lo sabes, además es ingeniero industrial y tiene varios postgrados de renombre en gestión de proyectos humanitarios y de desarrollo. Eso y su apellido le facilitaron un buen puesto en oficinas de las Naciones Unidas, coordinando operaciones. No era lo suyo. ¿Acaso no lo has visto trabajando aquí? Él es de los que arriman el hombro, de los que necesitan pisar los charcos. A esto te enganchas. Ella volvió a iluminarse pero él se apagaba por momentos. Adoptaron a una niña. Una chinita. La vida es una casualidad, de uno de los muchos orfanatos de Chengdu.

Permanezco callada porque imagino lo que a continuación me va a contar. Como cuando lees un libro y sabes que lo que viene va a ser malo. Que el personaje va por mal camino. Cierras las tapas del libro y vuelves a abrirlo para leer despacio, con cuidado. Y confirmas lo que ya intuías. Ana sigue:

—Tenía dos años cuando la llevaron con ellos y cuatro cuando murió. Cecilia la llevaba una mañana al colegio y se durmió al volante. Le costaba conciliar el sueño y tomaba pastillas.

—Dios mío.

—Sí. Debió de ser horrible. La vida es una renuncia desde que te levantas por la mañana. Lástima que no nos acordemos de despedirnos, de dar las gracias. Ella empezó a salir, a beber para olvidar. El alcohol y las pastillas son mala combinación. Ernst trató de ayudarla pero fue en vano, porque ella

no quería que la ayudara. Cecilia no había querido tener hijos, ella no quería un hombre preocupado por el mundo, implicado con la vida; quería alguien que cuidara solo de ella, ¿entiendes? Acordaron que lo mejor era darse un tiempo, superar la tristeza. Yo creo, Carlota, que la tristeza se supera pero no se acaba. Si te toca, es infinita, por tozuda. Lo que se acaba es la felicidad. A esa hay que exprimirla.

Pensé que eso lo sabía yo. Porque mi madre también lo creía, porque a ella tampoco se le había acabado la tristeza. Cuando le tocó. La echaba de menos. A ella, a papá y a Bruno. Sobre todo a Bruno. No. No creo que nadie pueda recuperarse del dolor de perder a un hijo. A veces me da miedo. La felicidad. Me asusta. Porque la tengo, siempre ha estado conmigo. Optimista. Esa soy yo, alguien que no ha sufrido en la vida más allá del mal día que tiene cualquiera, más allá de la rebeldía contra el dinero de mi familia, contra mi propia posición social. Ni siquiera Alberto me había dejado cicatriz. «Eso es porque todavía no has amado desde lo más profundo de tu corazón», me había dicho una vez mi padre. «O porque eres joven, las heridas no deberían empezar antes de los cuarenta, cariño».

—¿Y se fue?

—Sí, aceptó un destino en Angola. Luego ya se sabe.

—¿El qué?

—Carlota, esta profesión debe de ser de las más incompatibles con la vida personal. Estoy cansada de verlo. Pasas mucho tiempo fuera, la distancia pasa factura. Llevo muchos años en esto, he visto de todo. Expatriados que se juntan con locales, por ejemplo. Algunos han salido bien, otros no. Los que casi siempre fracasan son los de la distancia. Y en su caso era más que de esperar. Ella escogió a otro hombre para empezar de nuevo y él decidió continuar con esto. Su madre no ha regresado a Alemania, decidió quedarse en Colombia, por el clima. Suele viajar allí una o dos veces al año, a verla. Él y yo volvimos a encontrarnos trabajando para el Banco Mundial (BM) de Naciones Unidas cuando el terremoto de Perú. Y aquí estamos, en China, como si de dos expertos en movernos por suelo quebradizo se tratara.

9

Bao Zhang se recuperó con la rapidez de su juventud y con las dosis de licor fuerte que Ju Mei se encargó de administrarle. Ernst le había prohibido salir de la casa, por lo menos en un par de semanas, hasta que la policía se relajase y las cosas en Chengdu estuvieran más tranquilas. De Li se encargaría él.

Construcción fraudulenta. Así me lo explicó la noche del altercado. Dos conceptos, *construcción y estafa*, que me llevaron a pensar en papá. Todavía no había recibido noticias de Mireia y, por Skype él me decía que estaba todo bien, que no me preocupara, que las cosas del juzgado iban lentas pero tenía fe en que todo se arreglaría. Mamá seguía en Mera. «Estamos todos bien, no te preocupes hija», me había dicho.

Hay muchos padres sin hijos reclamando justicia entre escombros ahora mismo. Están pidiendo a gritos que se investigue la construcción de las escuelas que colapsaron, mientras otros edificios permanecieron en pie. Y eso es peligroso. Alterar la tranquilidad en China es peligroso. Bao Zhang es periodista, redacta los contenidos de la web *Tianwang Human Rights Center*. Perdió a su mujer, maestra, y a su único hijo, así que no tiene miedo porque ya no le queda nada más que perder. No hay nada más temerario que no tener miedo. Está asesorando a muchos padres para que se asocien y reclamen ante Pekín. Muchos acuden a reuniones clandestinas porque ya han sido amenazados por «alterar el orden» con sus quejas. «Que la vida de nuestros hijos sirva para algo».

Bao Zhang y Hertz se conocían de años atrás, cuando él llegó con Cecilia para adoptar a su pequeña y tuvo que sortear duros trámites para hacerlo. En aquel entonces, Bao Zhang trabajaba en un reportaje independiente de investigación sobre orfanatos en China. No perdieron el contacto. Cuando Hertz aterrizó en Chengdu, lo primero que hizo fue llamarlo. Entonces uno y otro supieron de sus pérdidas. Fue Hertz quien pidió ayuda a Li para que este no entrara en la cárcel. Le dieron un escarmiento y Li se lo devolvió. Le debía una. «Una más y le acusarán de incitar a la subversión contra el poder del Estado», le había dicho ella. O lo que es lo mismo, tenía que mantenerse al

margen o lo acusarían de cualquier cosa porque lo que estaba haciendo era tachar de corruptos a los cuadros comunistas. Peor. Era un disidente del Partido Comunista de China.

La aldea parece no dormir nunca. Como si temiera nuevos temblores, como si las sombras de las gigantescas grúas desplegadas por el terreno acecharan sus sueños. Yo suelo levantarme más temprano de lo habitual. Solo Ju Mei se despierta antes que yo. A veces tomamos té juntas, en silencio, luego salgo a caminar, media hora antes de que empiece mi jornada con la reunión de equipo. El tiempo pasa. Muchos de los voluntarios que habían llegado de todas partes empiezan a desaparecer. Quedan los cooperantes y el personal laboral, entre los que me incluyo. Si no fuera porque extraño tanto a los míos, diría que me hace bien estar aquí. Me hace mejor. «Tal vez no puedas dejarlo después», me había dicho Ana. Estoy muy contenta con el trabajo que voy haciendo: ya hemos levantado diez casas y seguimos. Las nuevas viviendas se están construyendo sobre los antiguos terrenos de los aldeanos. No son iguales, depende del tamaño de las familias, se hacen más o menos grandes. Hemos conseguido ahorrar energía y respetar los materiales locales, incluyendo una tecnología innovadora en la construcción de las paredes que no es otra que utilizar *chuandou*, unos marcos de madera que los residentes están acostumbrados a construir y mantener.

Chao Weng trabaja incansable, organizando el trabajo de la aldea bajo la supervisión de mis compañeros. Mientras, su mujer sigue frente a la escuela, quemando billetes falsos en un crisol de arcilla, para que a su pequeño no le falte de nada en la otra vida. Antes de que se les rompiera la tierra, ella realizaba artesanía. Weng quiere montar una tienda taller en una de las estancias de su nueva casa. Para ella, que ni siquiera puede registrar a su hijo como fallecido, porque las leyes chinas así lo prohíben después de un desastre natural. Dos años es el tiempo que deberá esperar. Desaparecido; a efectos legales, su niño y tantos miles están desaparecidos.

En la reunión de esta mañana, he recibido las felicitaciones del general, traducidas en boca de Hertz, mientras la mirada de Li me escrutaba:

—Su trabajo aquí está siendo muy valioso. Las autoridades municipales están interesadas en copiar este modelo de construcción y llevarlo a otros pueblos de la zona. Muchas gracias señorita Santamaría.

Li y el general inclinan sus cabezas y añaden algo más:

—Nos gustaría poder contar con usted para esos proyectos.

Hertz me mira ahora fijamente. Yo descruzo mi pierna de un lado a otro.

—A mí también, me gustaría —Ahora las palabras son de su propiedad—: Creo que está haciendo un gran trabajo, Carlota.

Me he quedado callada por sorprendida. Lo difícil siempre es encontrar las palabras adecuadas en el momento perfecto. Todavía me quedaban cinco meses para acabar mi contrato, todavía tenía que regresar a casa por vacaciones y volver de nuevo. Volaría primero a Indianápolis para recoger a Bruno, luego los dos iríamos a pasar las Navidades con papá y mamá. Lo último que sabía era que mi suegra se había trasladado a Estados Unidos «para que no se mueran mis chicos con esa comida basura ya que a ti no te preocupa». Pensar en ella me hace sonreír, será de las pocas personas que no piensa lo que dice, o peor, que dice las cosas tal y como las piensa; todavía la estoy oyendo:

—Pero ¿qué demonios os pasa a los jóvenes de hoy en día? Y ahora me sales con que te vas a la China. Con lo preparados que estáis los dos, bien podríais quedaros en España. Y el niño, Bruno, ya sabe hablar mejor que bien en inglés, no le hace falta irse tan lejos. Si estuvierais aquí juntos, hija, podrías tratar de arreglar lo vuestro. Alberto es un buen hombre, Carlota.

—No insista, Concepción. Claro que Alberto es una buenísima persona, nos queremos, queremos a nuestro hijo, pero ni yo estoy enamorada de él ni al revés.

—Acabáramos. Como si yo lo hubiera estado alguna vez de su padre, como si lo estuvieran tus padres. Divorciados, ¿por qué? Porque ella pasa demasiado tiempo fuera. Los matrimonios tienen que estar juntos. Eso es así desde los tiempos de Maricastaña.

—Que usted no estuviera enamorada no significa que el resto del mundo no lo intente, por lo menos. Y mis padres..., mis padres se adoran. Usted no tiene ni idea, hágame el favor y no siga por ahí.

Seguro que mi padre la extraña mucho. A mamá siempre la hemos echado de menos. Supe desde bien pequeña que mi madre era una mujer excepcional. Me gustaba. Ella no era como las otras madres. Siempre dio clases a los niños de primero de primaria, «porque no hay nada más fascinante que enseñar a leer y yo me quedo para siempre en esos corazones. Será imposible que me

hiera su olvido». Me gustaba oírla contándome historias mientras me peinaba en su regazo. Me decía entonces que tenía suerte de haber nacido en Madrid: «Si hubieses nacido frente al inmenso azul, no podrías vivir a sus espaldas, Carlota. Enfermarías poco a poco. Correrías el peligro de sufrir ausencia de mar». La imagino ahora caminando por la bonita playa de arena tostada de Mera, dando largos paseos hasta el faro. Me pregunto qué libro estará leyendo en este momento, sentada en el viejo porche de madera de la casa que fue de su padre. Se preparará una infusión de melisa y es probable que acuda a clases de alfarería en Santa Cruz. Parece que la estoy viendo hornear su propio pan de centeno y salir a regar las hortensias azules del jardín. Y la camelia. La camelia blanca que ocupa un lugar privilegiado en el centro del jardín del que fue su hogar en la niñez. Me dijo que iba a comprar unos álbumes de fotos, quería organizar sus recuerdos, sacarlos afuera.

Por fin.

Imagino que habrá rehuido las llamadas de papá. Él le habría explicado lo mismo que me dijo a mí, aquel día, sentada en su oficina:

—Es por salvaguardar nuestro patrimonio, Carlota. He trabajado muchos años para dejaros ahora sin nada. No sé cuánto tardarán en embargar nuestras cuentas, nuestras propiedades.

—Papá, a lo mejor no sucede nada de eso, estás en lo peor, quizás es solo un malentendido que se arreglará.

—Está ya decidido. Quiero que cuando esta feria mediática empiece, tu madre esté fuera de todo esto. Ya hemos hablado de ello.

—¿Y? ¿Qué tal? ¿Cómo está ella?

—Bueno..., la he decepcionado. Como a ti, supongo. Lo siento. Lo siento mucho, Carlota. Ojalá todo esto no estuviera sucediendo.

Todavía recuerdo el dineral que pagó papá para recuperar la casa de la playa de mamá. No soy capaz de pensar en otro día que la viera tan feliz como entonces. Él es un hombre de gestos, no de decir *tequieros*. Los dos me han dado la infancia más feliz de la que han sido capaces. Lo único que me regatearon fue una hermana. Mamá nunca hablaba de ello —«Me pone triste, Carlota»—, así que tuve que tirar de hemeroteca para enterarme de qué fue lo que le sucedió a la suya. A la hermana que perdió. A veces los ausentes se vuelven tozudamente presentes en la vida de los que los añoran. Y no logran

marcharse nunca.

10

Ese miércoles cumplía años un médico irlandés de la Cruz Roja. Y un buen grupo nos animamos a celebrarlo con él en la ciudad. Con los días, aprendí que cualquier excusa era buena para que el nutrido grupo de expatriados que formábamos encontrara algún motivo para juntarse. Teníamos que tomar distancia de la tragedia en la que nos encontrábamos, no pensar en la probabilidad de nuevos temblores, acompañarnos porque echábamos de menos a nuestras familias, o pasar un rato porque los días se hacían interminables cuando acababa nuestra jornada. La ciudad de Chengdu se recuperaba con rapidez y había lugar para el ocio. Nuestras conversaciones saltaban de una lengua a otra como quien cambia de bolso de mano. Cada semana había alguien nuevo o alguien a quien echar de menos.

—Todavía no me ha contestado.

Me sirven lo más parecido a una tónica. Entre la barra larga del local y el camarero bajito con tupé hay un espejo grande. Lo veo rápidamente, a mi derecha. Nos separa una pareja que ronronea en chino. Como si el flirteo no fuera un lenguaje universal. Me pregunto qué necesidad tiene de estar siempre aparte. Solo. Un hormigueo me recorre la espalda debajo del único vestido camisero que había en mi maleta. El mismo de color verde que suelo usar cuando me arreglo un poco. Me doy unos segundos para mirarme en el espejo: la melena me ha crecido, pero su rojo sigue siendo rojo. No he perdido peso y eso me alegra, porque de lo contrario correría el riesgo de desaparecer. Y estoy bastante morena, teniendo en cuenta que, antes de llegar aquí, pasaba por la prima de Blancanieves.

—Todavía no lo he pensado —contesté sin evitar mostrar que sentía preocupación por ello. Y era verdad. A pesar de que la noche estaba resultando divertida, yo seguía pensando en la oferta que me habían planteado, incapaz de conectarme del todo a la jarana de mis colegas. Y ahora él, aquí. Tan esquivo.

—Tómese su tiempo. —Rodeó a los amantes y se acercó a mí—. Sé que no es una decisión sencilla de tomar. Su marido, su hijo... la estarán echando

de menos.

Vaya. No sé cómo tomarme esa repentina curiosidad personal. Ana nos observa al fondo del local. Se le escapa media sonrisa y un guiño de ojo que yo interpreto como un «cuidado, que te lo dije».

—No tengo marido... Bueno, sí, lo tengo. Pero no estamos casados. Lo estamos, pero separados. Imagino que ninguno de los dos ha tenido tiempo de firmar los papeles de divorcio.

—Puede que eso sea señal de que no han perdido la esperanza...

—No lo creo —repliqué—. El amor es antiecológico, si se ha roto una vez, no hay manera de reutilizarlo. —Sonríe por ese comentario—. Y sí, tenemos un hijo en común, Bruno; pronto cumplirá dieciséis años. Los meses que llevo sin verle se me antojan una eternidad. Por mucho que las videollamadas de Skype acorten las distancias.

Bruno y yo hablábamos dos veces por semana. Los jueves y los lunes, así lo acordamos al despedirnos en Barajas. Además de los miles de kilómetros, nos separaban nuestros biorritmos. Yo llamaba de noche y él respondía muy temprano, justo antes de salir para el instituto. No le había costado nada adaptarse a su nuevo centro, que además le ofrecía un programa deportivo completísimo. Tenía que hablar conmigo: «Es muy importante, mamá». Y a pesar de mi curiosidad, él había insistido en contármelo personalmente: «Que para Navidad faltan tres días». Me gustaba y me asustaba a partes iguales saberlo tan entusiasmado. Algo había cambiado, no solo su pelo —se me olvidó decirle que estaba guapísimo con su nuevo corte—. Ahora sí se le veían sus preciosos ojos. Se estaba haciendo mayor.

Ernst Hertz debió de decidir en aquel momento que su mitad clara se me acercara un poco más. Quizás el incidente con Bao Zhang, o que yo siguiera manteniendo total discreción al respecto, contribuían a afirmar un poco, un poco solo, su confianza en mí.

—¿Y tú? —le pregunté atreviéndome a tutearle, esperando que él hiciera lo mismo—. ¿Cuánto tiempo más vas a estar aquí?

—No lo sé. Hasta que me reclamen en otro lugar, supongo.

Claro, cómo no. Por eso estaba yo alerta, por eso no esquivaba su mirada, esquivaba su presencia, porque no tenía intención alguna de sentir una pizca de

emoción por alguien que puede irse en cualquier momento. Ernst Hertz se había adentrado en mi mundo de manera transitoria, igual que lo era mi trabajo en la aldea. A cuánta gente conocemos, cuántos se quedan, cuántos se van y cuántos dejamos marchar. Este hombre estaba en el catálogo de los que no se quedarían, se iría y además debería dejarlo marchar para que quisiera quedarse. Difícil. Tan intenso.

Ni puedo. Ni debo. Mi parte pragmática gana. De momento.

—¿Tiene hambre? Conozco un lugar estupendo.

—Creo que sí. —El hielo de mi tónica ha desaparecido y no le he dado ni un trago a la bebida—. Qué poco me ha durado la intención.

—Vamos entonces. Alguien se alegrará de verla.

11

Supé de inmediato que ese alguien sería Bao Zhang. Un par de días atrás había dejado la casa en la aldea. No estaba recuperado del todo, pero tenía trabajo que hacer. Hertz no había intentado detenerlo aunque sí le pidió que tuviera cuidado; se rumoreaba que estaban aumentando las detenciones en la capital y él había saltado del anonimato al activismo de la noche a la mañana, con ese artículo que hablaba de las escuelas tofu. No se comentaba otra cosa en la ciudad. El tofu es leche de soja coagulada. Lo que nosotros conocemos como pudín y que aquí se prepara solo o acompañado, con infinidad de recetas. Escribió: «Construcciones tofu: hormigón de mala calidad, mezclado con piedras y otros materiales poco resistentes sepultando a los hijos de China». Lo estarían vigilando. Me dio la mano al despedirse. Dar la mano es un gesto que empieza a aceptarse poco a poco, entre los más jóvenes. Lo normal sería una ligera inclinación de cabeza, un par de besos es algo inaudito para ellos. Los chinos son gente muy arraigada a sus costumbres.

—*You like him*, le gustas —me dijo una tarde—. Eres bonita y no eres una mujer de lana.

¿Mujer de lana? Reí con fuerza. No había oído esa expresión en mi vida. Debía de ser una mala traducción de alguna frase hecha de su idioma. Tenía que esforzarse un poco más y explicármelo mejor.

Las mujeres de lana se van enredando en un ovillo con el paso de los años, tienen historias difíciles a sus espaldas que van entretejiendo como quien hace una bufanda larga que no se acaba y escoge el punto menos sencillo. Tienen nudos que no deshacen. Complicadas. Mujeres complicadas. Curiosa observación. Para empezar, yo ni siquiera sé calcetar.

Me alegró mucho volver a verlo. Llevaba puestas las zapatillas Nike que yo misma le había desatado la noche del incidente y vestía un tejano y una sudadera al más puro estilo occidental. Se había dejado bigote y perilla. No le favorecían, pero disimulaban los recuerdos de la paliza recibida.

En el restaurante de los primos de Bao Zhang no se sirve la comida china que yo solía comer en los locales de Madrid de fachada roja con farolillos y

un gato de color de oro que mueve la mano. De vez en cuando, cenaba allí arrastrada por Félix, amante del pollo agridulce. Al menos en casa, con Ju Mei, sabía lo que comía. Cuando bajábamos a la ciudad nos exponíamos más. A saber lo que pedíamos, teniendo en cuenta que en China todo lo que corre, vuela, anda o se arrastra va a la cazuela. Y lo que no, también. Pedí una ración individual de arroz blanco y pato asado. El primo de Zhang lo anotó en su libreta sin dejar de sonreír e inclinar su cabeza, comentando algo que no entendí.

—Dice que eres un buen augurio. ¿No es así Zhang?

—*That's right*, así es. Has pedido pato, Carlota, eso significa fidelidad. En China no se celebra una boda sin pato, pero además tu pelo es rojo y para nosotros el rojo simboliza la felicidad. Cosas nuestras, somos algo supersticiosos.

—Vaya —contesto agradecida—, lo tomo como un cumplido entonces.

—Cuéntanos —pregunta Hertz—. ¿Cómo van las cosas, Bao Zhang?

Las cosas no se podían ir a poner peor. Aunque en el transcurso de esa velada todavía no fuéramos conscientes. Iban a juzgar a su jefe, el creador de la web y de la fundación de Derechos Humanos. Otros colegas le habían avisado de que bajo ningún concepto se acercara a los juzgados y que tratara de «esfumarse» un tiempo. Hertz se mostró francamente preocupado y me fue desgranando el asunto:

—Detuvieron a Huang Qi a principios de junio, un par de meses antes de los juegos de Pekín. El Gobierno no quería a nadie creando polémica. Arrestar a los que incitaban al desorden, prohibir a los restaurantes ofrecer carne de perro y multar a los ciudadanos que habitualmente escupen en las calles para expulsar a los malos espíritus han sido medidas tomadas para no herir sensibilidades en los visitantes y ofrecer al exterior una buena imagen del país. Hasta la gestión rápida de la recuperación del seísmo de Sichuan se ha convertido en un arma de propaganda. Ya te dije que este no es un país fácil, Carlota.

—¿Y qué razón le dieron? —pregunto, y no me pasa desapercibido que Ernst me acaba de tutear por primera vez—. ¿De qué lo han acusado?

—Secretos de Estado —dice Bao—. De revelarlos. Esos *motherfucker* siempre hacen lo mismo. Puede que lo tengan arrestado años hasta que salga el

juicio y vete a saber entonces.

¿Qué iba a hacer él ahora? Eso le preguntó Hertz.

—Lo único que puedo hacer, Ernst. Seguir luchando. Por la libertad de mi país.

—Estás loco. Déjame ayudarte, tienes que salir de aquí. Puedo ayudarte.

—No, gracias, *friend*. Debo seguir.

Y yo añadí un «ten cuidado, por favor».

12

Iniciamos el regreso a la aldea. Era muy tarde, pensé que el sol no tardaría en salir. Me dolía un poco la cabeza. Me duele siempre que trasnocho, pero no tenía sueño. Me mantenía despierta, atenta a la carretera. Alguien había roto el faro izquierdo delantero del coche mientras cenábamos en Chengdu. Hertz le había quitado importancia, imagino que para que no me asustara. La escasa luz y la falta de coches en el camino nos hacían marchar despacio. Tenía frío y él puso la calefacción al máximo. Conversamos. Nuestra infancia había sido buena, hablamos de nuestros padres, de cuál de los dos había influido más en nosotros, me contó lo que extrañaba cuando estaba fuera «de casa». Al final no estaba en Londres, tampoco en Berlín, estaba en Bogotá, mientras su madre siguiera allí. «¿Qué es el hogar sino una madre?». De sus viajes por el mundo, de la suerte que teníamos por haber nacido en nuestros países, de lo injusta e inhóspita que puede ser la tierra, de la buena gente que te encuentras en el camino. Las cosas que aprendes, la infinita variedad de cosas que descubres que se pueden comer. La soledad. No me habló de ella, no mencionó a Cecilia. Ni a su hija.

—Nos siguen.

—¿Nos siguen? ¿Quién?

—No te muevas, Carlota —dijo poniendo en mi muslo derecho su mano, presionando, para que no hiciera ningún movimiento brusco.

—Que no sepan que nos hemos dado cuenta. Tranquila. Son los secuaces del general. Nos seguirán hasta la aldea. Llevo días con ellos detrás.

Aparcamos el coche en la parte trasera de la casa. La luz del día todavía no se dejaba ver. El monovolumen negro que nos seguía pasó de largo. Ninguno de nosotros hizo ademán de bajarse del auto; permanecemos unos segundos en silencio. Era emoción lo que yo sentía en la boca del estómago y no, no quería finalizar mi noche todavía.

—Carlota...

—¿Sí?

—A lo mejor no deberías regresar después de Navidades. Piénsalo. Tú no tienes nada que ver con todo esto. Puede ser peligroso.

Lo peligroso es no dejarme llevar por lo que ahora mismo siento. Lo insensato es bajarme de este coche. ¿Y si la tierra vuelve a temblar mañana? ¿Y si desaparecen las mariposas de mi estómago?

—Ernst... Quiero besarte.

Ya está. Se lo he dicho.

13

Al final, acuerdo con Bruno que lo mejor es encontrarnos en Madrid. Un día antes de mi partida, mientras preparo el equipaje, reviso mi billete y documentación, recibo carta de Mireia. Hubo un tiempo en que las cartas eran lo único presente entre los ausentes. Llega con un mes y medio de retraso, como antesala a mi regreso. No puedo esperar a leerla y rompo el sobre metiendo un bolígrafo debajo de la solapa:

Hola Carlota:

He buscado en mi caja de cartas y en mi colección no tenía ninguna sellada de Chengdu, en China. Sí alguna postal de Pekín y otra de Hong Kong, pero una carta como tal, no. Por eso y por tener noticias tuyas, hoy me he puesto muy contenta, créeme, me hacía falta. No voy a engañarte, lo de tu padre no pinta bien. Pero voy a hacer todo lo posible para que se le reduzca la pena. Si no duerme en la cárcel es por la cuantiosa fianza que ha podido pagar con la ayuda de amigos y conocidos. Tiene que presentarse en los juzgados todos los días, le han embargado todos sus bienes. Me ofrecí a dejarle tu piso libre, que era lo natural, pero no irás a creer dónde está durmiendo: Félix le ha abierto las puertas de su casa. Un tío extraordinario, tu amigo. ¿Te acuerdas del organizador de la cata de vinos por el camino? Están saliendo.

He conocido a tu madre. Baja cada quince días a visitar a tu padre. Él no quiere, pero he visto cómo le reconforta verla. Hemos intercambiado varios libros. La semana pasada me prestó *No digas noche*, de Amos Oz, y hace un mes me descubrió al Benedetti narrador. ¿Has leído *La tregua*? No sé de cuánto tiempo libre dispones allí para ti. Quiero decirte que sí, que extraño Barcelona pero que estoy cayendo en los brazos de Madrid, con su frenética vida cultural. El mes pasado, El Prado inauguró la muestra de Rembrandt. La han llamado «Rembrandt, un pintor de historias». Por supuesto ya la he visitado, pero si te interesa, estará hasta finales de enero. No sé con qué planes vienes, por cuánto tiempo me refiero. Yo pasaré los días señalados con mis padres en Barcelona y después Juan y yo nos daremos un capricho dando un salto a Viena, pero nos veremos, seguro.

Te cuento que me he aficionado a lo del huerto urbano. Te vas a sorprender con los calabacines que tienes en la terraza.

Un fuerte abrazo, Carlota.

Mireia

Me di una ducha caliente primero, fría después. La más larga que había tomado en la aldea. El chorro del grifo y el vapor de agua se confabulan para que yo ordene mis inquietudes. Mi primer amor, al que no he llamado ni un solo día desde que estoy aquí, cuidando de papá; mi madre, lejos, luchando por enterrar sus recuerdos o convivir con ellos. Yo arrastrando un matrimonio que nunca tuvo que ser, mi hijo creciendo, celoso del halcón que despliega alas y vuela solo y lejos. Tengo miedo de volver a casa. Eso es, vamos dilo, me asusta regresar porque ya no soy la misma mujer que cogió un avión hace unos meses, ahora soy como una pieza de puzzle que no encuentra su lugar en ese tablero. Y no es que quiera reinventarme, no, yo no soy una mujer de esas de las novelas, no tengo un pasado oscuro, ni he sufrido de amores tormentosos. Eso es lo que cambia. Me he pasado la vida tranquila, protegida por el amor de mis padres, amparada en la amistad de Félix, he ido siguiendo los pasos según tenía que darlos. Me quedé embarazada, me casé y ahora digo yo que tendré que firmar unos papeles. Qué paradojas tiene la vida, venirme tan lejos, ser capaz de volver a construir sobre lo que estaba destruido. Volver a empezar. Eso me enseña esta gente todos los días y yo con miedo, con miedo porque me he encontrado en unos ojos y quiero que ese sea mi sitio, quiero quedarme ahí. Entre la claridad y la oscuridad, ahí en medio me veo. Ahora que los míos me necesitan. Justo cuando creo que he llegado, por fin. Sé que tengo que irme.

—Carlota —Ana aporrea la puerta del baño—, si sigues debajo del grifo no solo te vas a arrugar como una pasa y vas a dejar a los demás sin agua en el depósito, ¡es que perderás el avión! Date prisa, te llevo yo al aeropuerto. Me ha dicho Ernst que le ha surgido un imprevisto. Que tú lo entenderías.

No tenía ni la más remota idea, así se lo dije a Ana en nuestro trayecto al aeropuerto. Disimulé como pude mi decepción. Puede que un viaje de última hora a Pekín o una reunión con la municipalidad... o algo que ver con Bao.

—La manipuladora de Li lo ha venido a buscar —me dice Ana como leyendo mis pensamientos—. Qué poco me gusta esa mujer, Carlota. Se me antoja bella a la par que cruel. ¿Sabes a quién me recuerda?

—¿A quién?

—A esa actriz de rasgos asiáticos a la que revienta Uma Thurman. ¿Cómo se llamaba esa película?

—*Kill Bill* —digo.

—No me lo puedo creer, Carlota.

—¿El qué?

—Que te lo hayas tirado. No, peor, que te vayas a largar de aquí con el corazón en un puño.

14

Mi respiración se había acelerado tanto que pronto se empañaron los cristales del coche. Él había tardado unos segundos en reaccionar. Los asientos de cuero raído chirriaron pero no se resistieron cuando su mano derecha agarró mi nuca y masajéó mi pelo. Su nariz chocó con la mía en un primer intento de situarse en el lugar correcto. La otra mano se coló debajo de mi chaqueta vaquera y acarició mi hombro primero para seguir bajando por mi espalda. Me estremecí y dejé que su boca encontrara la mía, tropezando nuestros labios, presentándose nuestras lenguas. Me agarró con fuerza y me sentó sobre sus muslos, tirando de la palanca bajera de su asiento para llevarlo atrás. Debí de darle al limpiaparabrisas, luego no sabía pararlo. No sabíamos pararlo.

Cojo el vuelo de vuelta a casa.

PARTE 2:

A VECES EL CIELO PIERDE SU AZUL

1

Dispondría de quince minutos para verlo. Ni uno más. Yo insistí en que era muy poco tiempo y ella trataba de arañar generosidad a su interlocutor. Con sus uñas esmaltadas en rojo cereza, colgó el teléfono y me dijo: «Hoy es lo que hay, Hertz, ya te dije que no habría segundas oportunidades. Entenderás que me estoy comprometiendo mucho con todo esto». Lo sabía, claro que lo sabía. Puse mi mano en su mano en señal de agradecimiento para retirarla de inmediato, cuando noté el rubor en sus mejillas.

—Lo siento, Li.

Resultó que Bao Zhang se había presentado esa mañana, altavoz en mano por si no lo oían los de dentro, a las puertas del Tribunal Popular del Distrito de Houwu, en Chengdu. Como si no supiera que reclamar justicia era poco menos que adentrarse en la boca del lobo. Parece que lo acompañaban otras cuatro personas que habían acabado, como él, siendo retenidos en los calabozos. «Por alterar el orden e incitar al odio. Correrá la misma suerte que su jefe, Huang Qi», me dice Li. ¿Qué suerte? ¿Pudrirse unos cuantos años en una celda hasta que abran un juicio sin garantías?

Miré a Li. Hacía, ¿cuánto tiempo?, seis o siete años que la conocía. Coincidimos en un seminario de relaciones entre oriente y occidente, en Londres. Meses después de perder a Meylin, mi pequeña, cuando trataba todavía en vano de recuperar a Cecilia, que se ahogaba en coñac. «Si tienes un vacío, llénalo con trabajo». Palabras de mi madre, poco después del funeral de mi pequeña, antes de coger su vuelo de vuelta a Bogotá. Seminarios, reuniones, trabajo y el piso de Li. Muchas tardes me resistía a volver a mi casa. Entonces la iba a ver a ella. A Li. Me tiraba en su cama mientras se desabotonaba la blusa, despacio, luego se bajaba la falda con elegancia y se acostaba a mi lado sin preguntarme nada. Hacíamos el amor. Yo sin pasión. Ella liberada de toda tradición. Tomábamos un par de cervezas y escuchábamos música. Hablábamos. Se mostraba crítica con la censura de su país, no tenía grandes esperanzas para con los cambios que se preveían por la entrada de una nueva cúpula del PCCh. Después yo regresaba a casa y preparaba la cena. Sabía que encontraría a Cecilia poco menos que atontada

en el sofá, con el pijama puesto y la tele encendida a todo volumen. Soportaba las groserías que me decía mucho mejor que el olor de su aliento, apelmazado y agrio, a pastillas.

Le llevé libros de fotografía, algunos que le compré ya los tenía, como el de Annie Leibovitz o Sebastião Salgado, otros se los traía de la biblioteca, para devolverlos sin ser mirados. Le dejaba trípticos, como olvidados, encima de la cómoda, de exposiciones y eventos de arte en la ciudad. «Eso ya no me interesa» o «Vete a la mierda, Ernst» eran respuestas mucho mejores que «La culpa de todo la tienes tú».

No reconocía a la mujer con la que me había casado cuando todavía era demasiado joven. Los dos lo éramos. Era incapaz de consolarla porque entonces, al mirarla, me invadían la angustia, la rabia y el inmenso esfuerzo de tratar de perdonarla. Le dije: «No te quedes conmigo, Cecilia. No nos hagamos más daño, ¿qué sentido tiene?». Me miró como una tortuga sin su caparazón y entonces la descubrí por primera vez: falta de cariño, con una madre dura que desde niña la enseñó a subir por la escalera social. Ella sería la más bonita de la clase, la reina en el baile de los quince, la primera de su promoción. Siempre a dieta, de qué si no su cintura prieta, su vientre rígido. La figura central en la función del ballet. A los dieciocho la llevó a Venezuela, a operarle unos pechos que eran poco generosos. Mala estudiante, no se daba por vencida, su belleza iba buscando de bolsillo en bolsillo a quien complaciera las aspiraciones de su progenitora. Me dijo que era fotógrafa, no me contó lo de su bulimia. Tampoco consiguió jamás el indulto de su madre, ni siquiera cuando me casé con ella: «No hay nada peor que un niño bien con ganas de salvar el mundo, toda una vida arrastrada para que llegaras a la cima y ahora te vas a casar con alguien que no quiere un maletín, sino una bolsa para andar de mochilero»; tampoco cuando murió sabiendo que su preciosa Cecilia no era capaz de traer niños al mundo.

Yo la quería, por supuesto que la quería. Me aterrorizó cuando se enfermó en Mozambique, ella no estaba preparada para vivir aquello. ¿Quién lo está? Le pedí tiempo, buscaríamos un destino más sencillo. Mientras, regresaríamos a Colombia. Yo me incorporé a un proyecto que posibilitara que familias desplazadas por las guerrillas volvieran a sus tierras, mediante la recuperación de estanques y la diversificación de los cultivos. Le dije que trabajara conmigo, que cogiera su cámara e hiciera un video diario, sus fotos bien podrían luego convertirse en un libro, en una versión particular del

trabajo que hacíamos los cooperantes. Dijo que no, que aceptara la propuesta que me había hecho mi padre, que siguiera con mi vocación en Londres, en un despacho, coordinando proyectos, que estaba desaprovechando mi formación. Me habló de empezar allí nuestra vida, tener hijos, ser una familia, solo de pensarlo se sentía feliz, recuperaba el brillo de sus ojos azules y su melena clara ondeaba como una bandera que acaba de conquistar tierra. Verme dentro de una oficina sería como meter a un delfín en una pecera, pero quizás había sido demasiado egoísta, quizás tenía que devolverle algo a Cecilia. Recordé las palabras de mi compañera Ana en Mozambique: nosotros decimos que no se puede desvestir a un santo para vestir a otro. Pero en ese momento, la vida me empujaba a ir detrás de ella.

2

Dos guardias perfectamente uniformados revisaron nuestra documentación. Saludaron a Li con un rápido, rígido, movimiento de cabeza y me mandaron a la cola. Ella adoptó un semblante esquivo y les pidió ver el listado de los ciudadanos que iban a visitar la cárcel. Siempre me he preguntado por qué demonios no se quedó en Londres, qué necesidad sigue teniendo de pasar por todo esto. Inteligentísima, podría estar trabajando en cualquier organismo internacional o hasta haberse dedicado a las artes escénicas. Menuda capacidad para mostrar a una Li que tiene encerrada bajo llave a la otra, a la que conozco yo.

Escoger a unos cuantos ciudadanos y decirle a todo el país que no es tal el secretismo que hay con las investigaciones anticorrupción, es otra de las estrategias del partido. Y hacer que Bao Zhang comparta celda con los que acusa de corruptos, imagino que forma parte de la misma campaña de publicidad.

Li ha conseguido que me coloquen en esa lista. El alemán que trabaja para esa ONG tiene que ver cómo son nuestras cárceles, para que luego lo cuente. Miro el reloj mientras espero a que nos den paso. No llego para decirle adiós. Su nombre retumba en mi interior: Carlota. Me parece que mi chaqueta de felpa azul todavía retiene su olor. Soy capaz de recordarlo, respirarlo. Ella huele suave, eso es, su perfume es fresco, limpio y ligero. Como una primavera o un verano.

—Ya pueden pasar. No toquen nada. No se desvíen del itinerario. No hablen con ningún preso. Dejen todos sus dispositivos electrónicos en la bandeja de la entrada. Podrán recoger sus pertenencias al salir. Adelante.

Caminamos despacio, por un pasillo estrecho de suelo de hormigón. Una línea amarilla de PVC nos indica el recorrido. No es una cárcel al uso, es un centro de detención. Allí solo permanecen los que esperan juicio. Un día, un mes, un año..., o más. Miro a la izquierda y a la derecha, alternativamente, no hay nadie detrás de los barrotes. Están todos en el patio. Así no hay riesgos. Me lo habían contado ya, pero me sorprende verlo. Las celdas son muy

pequeñas, tienen las paredes acolchadas, sin esquinas, sin aristas. Nadie puede saltarse la ley autolesionándose. Hasta la carne que les dan de comer está deshuesada y no se les sirve pescado, por si piensan en atragantarse.

Una vigilante no muy alta, con la cara redonda, de pelo muy corto, me atiza en la pierna con una porra de goma y me obliga a salir de la fila. Es muy menuda, el uniforme le queda grande, casi ridículo. Arrastra una ligera cojera. Voy bien. Me quejo bravuconamente, como acordé con Li en el coche, para que los otros visitantes y el resto de guardias no sospechen. La funcionaria cumple su papel a la perfección, empujándome con desprecio como de vuelta a la entrada. Solo cuando estamos fuera de la vista del resto del grupo, me urge a que entre en una habitación.

—Recuerde, tiene quince minutos. Ni uno más.

—*Xiè xiè*, gracias.

Era un cuartucho de la limpieza, pequeño y sin luz natural. No había más que un armario con productos de droguería y una batería de escobas y fregonas apiladas en una de las paredes. Oigo pasos apresurados que se detienen y la puerta por la que he entrado se vuelve abrir. Arrojan a Bao Zhang.

3

Cuando lo conocí, ya caminaba como un funambulista, de puntillas por las leyes de su país. Se había unido a un par de periodistas norteamericanos que hacían un reportaje sobre los orfanatos en China, para el suplemento dominical de un periódico importante. Bao Zhang les servía como intérprete y conseguía que la dirección y el personal de enfermería permitiesen el acceso a los dos extranjeros. Nada anormal, un artículo sobre la atención que recibían los niños en los centros del Estado, en un momento en el que se habían disparado las adopciones de estadounidenses en China. Los dos yanquis habían entrado por separado en el país, llevando una cámara desmontada por piezas en sus maletas. Su objetivo era, en realidad, grabar un documento y mostrar al mundo en qué condiciones estaban los niños abandonados en China. No los pillaron por muy poco. Nos entrevistaron a Cecilia y a mí, mientras hacíamos nuestra particular visita.

Mi mujer se opuso totalmente a la adopción en África. No tenía intención de poner sus pies allí nunca más. Se empeñó en que lo intentáramos en China, porque sabía de un par de matrimonios que no habían tenido problemas. Después de todo, parecía tan feliz que iniciamos el procedimiento. Demasiado largo para su poca paciencia... Se empeñó en que viajáramos y conociéramos personalmente alguno de los orfanatos. Luego decidiríamos si continuar o no adelante. Hay pocos orfanatos gestionados con fondos privados en China, con donaciones de anónimos ciudadanos, pero los hay. Las instalaciones son buenas y los niños parecen felices, bien atendidos por personal cualificado. Allí nos encontramos con los periodistas que quisieron aprovechar el momento para documentar su reportaje. Ella fue quien se dio cuenta, dijo: «Nos están grabando, Hertz».

—Por favor —rogó él—, se lo explico, se lo explicamos todo fuera. No digan nada, puede causarles problemas a ustedes también.

Era un chino más alto que la media. Delgado, se movía con ligereza mientras hablaba un buen inglés; el flequillo de cabellos negros le caía como la sierra de un cuchillo sobre el rostro. La mirada le brillaba detrás de las gafas de montura al aire. Su voz no era muy aguda, tampoco grave. Si cantara,

pensé, sería un barítono. Cuando cruzó la calle para disculparse y explicarse con nosotros, percibí su determinación. Decidido él, obstinado yo. Acababa de encontrarme, sin saberlo, con uno de mis mejores amigos.

Después de todo, las casualidades no existen, le dije a Cecilia. Esa noche cenamos con Bao Zhang, su esposa, y su hijo pequeño, en el restaurante de su familia, el mismo al que luego llevaría a Carlota.

Bao era un periodista de olfato, de calle, aunque oficialmente se ganaba la vida redactando contenidos para las revistas internas de algunas empresas. Pero la verdad era que investigaba y escribía sobre «asuntos feos». ¿Por qué? ¿Para qué correr esos riesgos?

—Para que me escuches tú —decía—, para que se enteren en la comunidad internacional. Que sepan que en este país no solo producimos, que están pasando cosas, Ernst.

En uno de esos días de entonces me contó que su madre había abandonado a su hermana en la calle, cuando la niña tenía unos meses. «O comía ella o comía yo». Eso le contaría en las noches de frío, antes de dormir. No le dijo que había tratado de esconderla, que había vecinas que ahogaban a sus hijas recién nacidas. Un niño de cuatro años no entiende esas cosas, ni que a su madre la consuma la pena. Tampoco que una ley diga que solo puede estar él.

Visitamos los otros orfanatos. Nos bastaron dos para comprender lo que Bao nos explicaba y lo que los americanos querían grabar. En el segundo estaba Meylin. Nada más verla supe que era ella. Estaba sentada en una sillita mecedora de bambú, tenía ataditas las piernas y un improvisado orinal debajo. Conté dieciocho niñas meciéndose, de meses unas, de no más de cuatro años las otras. Lloraban, lloraban más fuerte cuando aparecimos y agitaban sus brazos reclamando afectos. El ruido era aterrador, y el olor a orines y leche agria, insoportable. Cecilia salió corriendo a respirar aire fresco. La mujer de bata blanca y zuecos que atendía la sala se incomodó ante las preguntas de los periodistas y se fue a buscar al director. Yo me puse en cuclillas frente a Meylin. Ella no lloraba. Se mecía, pausada, ajena al llanto de sus compañeros, mirando a los dedos de su manita derecha jugar con los de la izquierda, como contando, apretándolos. Le habían cortado el pelo sin gracia ninguna pero estaba bien abrigada con un ponchito de lana amarillo con capucha. La cara la tenía quemada por los mocos, las babas y las lágrimas que no le limpiaban. Llevaba puesto solo un zapato. Sus ojos, negros, como dos manchas tintadas,

me prestaron atención cuando saqué de mi bolsillo un pañuelo de papel para limpiarle el rostro. Entonces dejó escapar una breve sonrisa y dos hoyuelos se le formaron a cada lado. Nos escogimos los dos.

Los americanos publicaron su documental en Estados Unidos y recibieron un premio de periodismo de investigación. Mi amigo no quiso figurar en los créditos por miedo a las represalias. Bao tuvo que coger a su mujer e hijo y desaparecer un tiempo por otras provincias lejanas. Antes, me ayudó con los papeles de Meylin. Él y la embajada alemana.

Luego no fue fácil.

4

Meylin empezó a llorar. Inconsolable. Algunas veces yo llegaba a casa para encontrar a Cecilia, ahora ella, meciéndose sobre sí misma, tapándose las orejas con las manos para no escucharla. Decía: «No puedo, Ernst, haz que se calle de una puta vez». Y lo hacía. La cogía en brazos, ponía música y le cantaba. Mi pequeña se apaciguaba. Cecilia desaparecía dando portazos.

—No te entiendo, ¿sabes, Ernst? No entiendo esa manía tuya de querer acercarte al lado difícil de la vida. ¿Por qué ella? ¿Por qué no cualquiera de las otras niñas que había en el otro orfanato? Seguro que no tenían tantos problemas.

—Cecilia, has llevado a la niña a tres pediatras diferentes, a un osteópata y dos psicólogos, si no estoy equivocado. Meylin es una niña fuerte y sana. Echa de menos el llanto de los otros niños, le asusta el silencio, te lo he dicho. Necesita tiempo. Lo habíamos hablado, no iba a ser fácil.

Para ella, desde luego, no lo era. Enseguida la matriculó en la guardería a jornada completa. La odié por eso, juro que lo hice. Pero luego pensé que, en mi ausencia, la niña estaba mejor al cuidado de otros. La mayoría de los días ni siquiera la recogía.

—No la amo, Ernst. Al menos no como tú lo haces. Yo no soy como tú. ¿Quién es como tú? Maldito, te crees que puedes ir por ahí salvando a los demás de sus desgracias. ¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo, Ernst? ¿No te parezco suficientemente desdichada como para que hagas algo?

—¡Basta, Cecilia, no sigas!

Ya la había llevado al hospital, podría estar sufriendo algo parecido a una depresión postparto. Estaba descorazonado. Cansado.

—¿Qué puedo hacer, doctor? —Necesitaba saber si podía recuperar a mi mujer de su apatía. Yo mismo sabía la respuesta. Podía tratar de comprenderla, iba a ayudarla con sus adicciones, pero ya no podía amarla. Hacía tiempo que me negaba a reconocer que nuestra relación era un absoluto desencuentro. La había deseado, mucho, como el niño que se abalanza sobre

un regalo de precioso envoltorio y, cuando deshace el nudo del lazo y destapa la caja, descubre que lo de dentro no es lo que había pedido. Se han equivocado. Me he equivocado.

Yo no estaba cuando sucedió. Había volado de urgencia a Bogotá. Mi padre había fallecido repentinamente de un infarto al corazón. La tragedia se había encaprichado de mi destino esa semana. Ella empezó a beber, era igual de arisca cuando estaba sobria. Me sentí en la obligación de cuidarla. Algunos fines de semana no regresaba a casa. Pensaba en quién me llamaría, si la ambulancia o un taxi con la cuenta pagada por alguno de sus escarceos amorosos. Abriría la puerta de casa, tambaleándose, hermosa como era dentro de un vestido lencero, con los zapatos de tacón en la mano. Me gritaría y forcejaríamos hasta que conseguía desvestirla, llevarla a la cama y prepararle una infusión. Repetiría: «La culpa es tuya, Ernst, nunca debí casarme contigo».

Acepté destino en Angola.

5

—¿Cómo estás, Bao? ¿Qué demonios? ¿En qué estabas pensando?

—Me han roto las gafas, de un puñetazo. Se me cayeron y uno de esos guardias disfrutó pisándolas hasta destrozarlas. No veo muy bien, creo que por eso me duele un poco la cabeza. Niños que se sienten superiores dentro de un uniforme y se creen todas las memeces que les cuentan de la patria.

—¿Que te han roto las gafas? ¿Es lo que vas a decirme? ¿Sabes lo que me ha costado entrar aquí? Voy a buscarte un buen abogado, Bao. Tú no te mereces esto.

—No lo hagas. Es una pérdida de tiempo. Mi destino ya estaba decidido antes de que me metieran aquí. No hay ninguna posibilidad, estoy casi seguro, de que reciba un juicio justo. Si es que lo hay. ¿Crees que van a dejar que escoja a mis abogados?

—Hablaré con Li. Ella nos ayudará.

—Lo único que puede hacer Li es complicarse su propia vida. ¿No te parece?

—Llevas razón. No puedo pedirle más. Pero no voy a dejarte, Bao, no sé cómo voy a hacerlo, pero lograré sacarte de aquí, amigo.

—Los echo mucho de menos, Ernst. Mi mujer, mi hijo... ¿Te has enterado? El Gobierno provincial de Sichuan quiere aliviar nuestro dolor. Padres sin hijos para hijos sin padres. Como si el amor se pudiera fácilmente intercambiar como unos cromos.

Lo había oído. Bao Zhang, su jefe y otros como ellos estaban generando más ruido del que creían. La indignación de los miles de padres con hijos bajo los escombros crecía como una ola. Una catástrofe nueva que las autoridades se empeñaban en detener. Se quería facilitar que los padres que habían perdido a su único hijo pudieran adoptar a los niños de la misma zona que quedaron huérfanos en el seísmo. También había escuchado que se estaban expidiendo nuevos certificados que autorizaban a traer nuevos hijos y que las clínicas no daban abasto revirtiendo ligaduras de trompas y vasectomías.

La puerta del cuartucho se abrió. La oficial nos advirtió, con la voz baja pero en tensión: «Un par de minutos, despídanse, ¡ya!» Nos abrazamos sin torpezas, apretando ese momento; él tenía la certeza de que pasarían años hasta volver a encontrarnos. Su gesto me lo hacía saber.

—Ten —le dije tendiéndole mis gafas de sol graduadas—, puede que te sirvan. Ni por un minuto te rindas, amigo, estaré ahí fuera luchando por ti.

La oficial me pidió que no me moviera —«ahora vengo a sacarlo de aquí»— y apremió a Bao Zhang a salir de la habitación.

—Ernst —me dijo en la puerta—, no te rindas tú tampoco. Me gusta Carlota. Es como una fruta fresca. Bonita por fuera y sana por dentro. Amigo, gestionas las consecuencias de un terremoto en esa aldea, no te asustes porque te vuelva a temblar el corazón.

6

Los días que siguieron hasta que llegó Navidad los pasé trabajando. Me había puesto en contacto con unos amigos de Amnistía Internacional que empezarían a llamar la atención sobre el caso de Bao Zhang y el de los otros activistas. Por el momento, eso era lo único que podía hacer. Creo que Li no quiso decirme que el partido estaba más que acostumbrado a darle la espalda al ruido que se hacía fuera de fronteras. No la vi mucho más después de nuestra visita al centro de detención. No convenía.

Ana no tenía planes de marcharse a España por Navidades. Creo que tiene una nula relación con su familia. Con ella, otros miembros del equipo habían decidido quedarse y dar un salto a la isla de Hainan. Yo volaría a Bogotá. Se lo había prometido a mi madre. Pasaría esas fechas con ella.

Se había puesto a escribir al morir papá. Un viejo amigo, editor alemán, fue quién la animó a contar la increíble vida que había llevado mi padre, de la que ella era testigo excepcional. Reacia en un principio, yo mismo la alenté.

—Escribir no es como iniciarse en un deporte, los años no pesan, mamá. Si no me equivoco, cumples 64 en febrero. Mírate, estás más que estupenda.

—Eso es, cariño. La misma edad que tenía Laura Ingalls cuando publicó su primer libro: *La casa de la pradera*.

—¿Lo ves? No es tan difícil.

Antes de morir, mi padre invirtió en la compra de un bonito apartamento en Usaquéen, espacioso y muy cerca de los cerros. A mi madre le encantaba pasear por su parque, alborotado los domingos, pues era lugar de exposición para que artistas y artesanos expusieran sus obras. Colombia no había sido su último destino, pero sí el lugar donde como familia habíamos permanecido más tiempo, el lugar donde los dos habían decidido que pasarían la última etapa de sus vidas. Mi padre fue un hombre muy influyente para la política exterior alemana en los países de habla hispana. Y no, no lo es. Ser hijo de diplomático no resulta fácil. Dos, cuatro años, a lo sumo cinco era el tiempo máximo que permanecíamos en el mismo lugar. Mi madre es médico de

carrera, jamás ejerció, pero se involucraba en todas y cada una de las obras sociales que podía, allá donde íbamos. Diana es su nombre, papá y yo la llamábamos Lady Di. Me pregunto muchas veces cómo conseguía ella que fuera tan fácil. De la noche a la mañana, empaquetábamos y nos trasladábamos a otro lugar: nuevo colegio, nuevos amigos, nuevo empezar. Me repetía su mantra: «Ernst, cariño, tu casa somos nosotros. Tu familia. Solo cuando estás bien en casa puedes estar en todos los sitios. ¿Lo comprendes?».

Lo comprendo.

—¿Quieres *stollen*?

—Mamá, he viajado miles de kilómetros solo para comer tu *stollen* —dije acercándole mi plato. Ese pan dulce relleno de frutos secos y confitados era de las pocas cosas que me recordaban a mi país natal.

—Has conocido a alguien en Chengdu —no lo preguntó, lo afirmó.

—Bueno, Lady Di, te has superado llegando a los postres —dije dando un poco de mi *stollen* a Marlene.

A mis pies, en el suelo, descansaba la golden que recibió mamá una Navidad hace ahora ¿catorce años? Le acaricié el lomo, su pelo dorado estaba perdiendo brillo.

—Vale, estaré atenta.

—¿Atenta?

—Cuando eras pequeño me hacías lo mismo. Me contabas tus cosas importantes cuando así lo decidías. El supermercado era tu lugar favorito, mientras me decidía por el pescado o compraba la carne. Como si tuvieras necesidad de decirme algo y al mismo tiempo no quisieras habérmelo contado. Déjame pensar... El día en que me contaste que te habían bajado los pantalones en el patio del colegio y que luego tú le habías dado tres puñetazos a, ¿cómo se llamaba?, sí, me acuerdo, a Rodrigo. Le rompiste dos dientes. Dijiste: «No hace falta que se lo digamos a papá, serán solo dos días los que estaré expulsado».

—Rodrigo era un imbécil.

—Y mientras me arreglaba el pelo —se ríe al recordarlo— esperabas a que me estuviera poniendo los rulos. Las noches en que teníamos alguna

recepción importante, te sentabas en el borde de la cama y me hablabas mirándome al espejo del tocador.

—Se llama Carlota. Se ha incorporado al equipo de trabajo hace unos meses.

Puede que le contara todo a destiempo, pero mi relación con Ladi Di era franca, como un día despejado.

Mamá me sirve ahora una taza de té, sin mirarme. Le debe de dar miedo que dé marcha atrás en lo que empiezo a contarle. Temerosa, quizás, de verme sufrir de nuevo.

—Está de vuelta en Madrid, no sé si regresará a cumplir su contrato. Yo mismo la he invitado a no hacerlo.

—¿Por qué?

—Te lo he explicado, mamá. Puede ser peligroso.

—¿Para ella o para ti?

Así es Lady Di, la única persona del mundo a la que no logro esquivar. ¿Qué le digo? Que tengo cuarenta y cinco años y que hace unos días hicimos el amor en un coche, como si tuviera veinte, que no me acuerdo desde cuando no me sentía tan vivo.

—Tienes miedo. Eso es lo que te pasa. ¿Crees que todas las historias de amor van a ser tan complicadas como la tuya y la de Cecilia? Tantas veces te he explicado que el amor no tiene que doler, hijo... Eso es solo un recurso para las canciones y la literatura. En la vida real, si el amor duele, no es amor. Lo tuyo con Cecilia fue desde el principio otra misión más de ayuda humanitaria.

—Mamá, por favor. No quiero hablar de ella.

—Es que tienes que hacerlo. Tienes que hablar de Cecilia y tienes que hablar de Meylin. Todos llevamos dentro obstáculos que hemos tenido que superar para seguir adelante. Heridas que dejan cicatrices. *Mein Gott!*, Deja de culparte, Ernst. Date una oportunidad, hijo. ¿Sabes qué decía tu padre? —dice mientras coge mi mano para contármelo—, que todos llevamos un mapa dentro de nosotros, desde que nacemos, luego tenemos que ir interpretándolo. Te puedes perder o tratar de encontrar tu camino y seguir avanzando. Algunos

tienen la suerte, además, de encontrar un buen compañero de viaje. Solo hay que estar alerta.

Me quedé sin tregua. La noche fue larga explicando a mamá todo lo que había acontecido en la aldea. Los pormenores de la rehabilitación, lo que nos quedaba por hacer. Mi preocupación por Bao Zhang y cómo iba a poder ayudarlo. Li. Se acordaba de ella, por supuesto. Hablamos de mi probable siguiente destino. Y claro, también de Carlota.

PARTE 3:

RESCATANDO NUBES

1

Lo vi llegar de lejos, corriendo como un atleta olímpico por la terminal, abriéndose camino entre los pasajeros que se apartaban para dejarle pasar como si de un actor de cine se tratara. Qué guapo está, cómo se parece a su padre. ¿Cuánto puede crecer un adolescente en seis meses? ¿Cuándo se hace mayor un hijo? Llevaba puesto un vaquero y una sudadera con el nombre de una universidad americana. Algunos jóvenes se fijaban en sus deportivas, unas *Nike Kobe* de color negro y plataforma azul azafata. Luego me explicó que eran un modelo avanzado de las icónicas zapatillas con las que Kobe Bryant marcó 81 puntos contra Toronto. Regalo anticipado de Alberto y de Sandra por su cumpleaños. Dieciséis años cumpliría el 29 de diciembre. Allí estaría yo, para celebrarlos con él. Me cogió en brazos y yo me lo comí a besos. Todavía llevaba los *brackets*, pero ni rastro de ese acné que lo atormentaba hasta el punto de no querer salir con sus amigos el fin de semana. Feliz. Así estaba, hablando a borbotones mientras arrastraba mi maleta por los pasillos del aeropuerto. La de cosas que tenía que contarme... ¿Lo importante? Eso todavía no. Quería que también estuvieran el abuelo y la abuela.

—Porque, ¿dónde vamos a cenar en Nochebuena, mamá? ¿En casa de Félix? Vendrá la abuela, ¿no? ¿Subiremos a Mera nosotros? Mamá..., estás preciosa, lo sabes..., hasta te has engordado un poco. ¿Te has hinchado a arroz? —me pregunta riéndose—. Tú también tendrás mogollón de cosas que explicar. ¿Has hecho fotos? Yo sí, luego te las enseñó. Vamos, démonos prisa. Félix está aparcado en la parada de taxis, el parking estaba imposible. ¡Por Dios, mamá, abrígate!, no me digas que te has olvidado ya del frío que hace en Madrid. Oye, ¿tú conocías al novio nuevo del tío Félix? A mí me ha caído de puta madre. ¡Perdona, mamá! Vamos, que es majísimo.

Me lo han cambiado. ¿Pero si hace unos meses hablaba en monosílabos? Lo dejo seguir, disfruto agarrada a su mano. Claro que tenemos cosas que contarnos. ¿Quién demonios es Sandra?

Ahí estaba Félix, apoyado en su BMW *santorin blue*. Tan lustroso como él, impecablemente vestido con un abrigo de mezcla de lana negra cubriendo un cárdigan de punto, con cuello desbocado, y unos pantalones ajustados, a

cuadros. Solo alguien con su porte podría llevarlos. Se abrazaba a sí mismo. Es verdad, había olvidado ese frío impertinente de mi Madrid en diciembre. Corrí a sus brazos, un taxista nos increpó con una lista de palabras a cuál más soez. Ya nos vamos, ya...

—Carlota Santamaría, sigues siendo la única mujer de mi vida...

—Félix, no seas idiota, abrázame fuerte, que te he echado de menos.

—Claro, claro, tanto que no me has llamado ni un día, ni un miserable *mail*... ¿Quiere la acusada defenderse?

—Por supuesto. No ibas a contestarme. Igual que cuando me marché aquel verano a Irlanda o cuando estuve trabajando en Múnich. A usted no le gustan los mensajes y no conozco a nadie más antipático y parco en palabras al otro lado de una línea telefónica. ¿Suficiente?

—Verás, nena —dice agarrándome por la cintura y despejando un mechón de pelo de mi rostro que coloca detrás de mi oreja—, digamos que soy hombre para las distancias cortas. Veo que esos chinos te han tratado muy muy bien. Estás radiante, cariño.

—¿A que sí? Lo mismo le he dicho yo —reafirma Bruno.

Oímos: «Pedazo de capullo, llévate el coche de aquí o aviso a la policía».

Nos vamos, ya nos vamos.

La casa de Félix no dista mucho de la mía. Mi piso es un estudio rehabilitado en Embajadores, calle Primavera. Hacía un par de años que Félix había alquilado un apartamento, bastante amplio, a escasos metros, en la calle Esperanza. Ambos convinimos en que era imposible vivir en calles con mejores nombres. Me gusta mucho este barrio, huele a especias, tan castizo como multirracial. No es de extrañar que Mireia disfrute tanto de su estancia en mi casa, pues está muy cerquita del Museo Reina Sofía y sigue siendo uno de los mejores lugares de Madrid para tapear.

Quería acercarme a mi casa primero, darme una ducha y adecentarme, que papá me viera bien. Había sido un viaje largo y no había logrado coger el sueño.

—Pero si estás jodidamente guapa, Carlota. Ya tendrás tiempo de descansar mañana. Tu padre está más que impaciente por verte.

—Oye..., Félix.

—¿Qué? Sí, ya lo sé. No me des las gracias, tú habrías hecho lo mismo por mí. Además, ¿sabías que cocina de muerte? ¿Y que nos ha enganchado al cine clásico? Tenemos sesión comentada casi todas las noches.

—Hum..., nos ha enganchado me suena a mucha gente. ¿Algo que no me hayas contado?

—¿Algo que no te hayan contado ya? —le guiñó un ojo a Bruno que se encogió de hombros y se hizo el sueco.

—Rubén. ¿Es posible que no te acuerdes?

Pues no, no recordaba su nombre. Solo que era guapo, un tío muy listo y más joven, bastante más joven que Félix. Subiendo las escaleras, el piso no tiene ascensor, le dio tiempo a contarme que Rubén seguía con las rutas del vino por el Camino de Santiago y que la empresa le iba tan bien que había ampliado oferta de itinerarios: la ruta del Quijote, con los caldos de La Mancha, y la de los pueblos blancos, con los vinos de Andalucía. Él le estaba ayudando con la publicidad del negocio. Un chollo, teniendo en cuenta que mi amigo es uno de los publicistas más reputados de Madrid. Aunque estaba claro que algo más que bueno había visto Félix en Rubén, pues era la primera vez que dejaba que uno de sus ligues se instalara en su casa.

—Es que no es cualquiera, Carlota —dijo leyendo mis pensamientos—, es él. Es el amor de mi vida.

—Tío Félix, tienes que explicarme cómo y cuándo se llega a esa conclusión —dijo Bruno.

—No te creas que es fácil, Bruno, personalmente me ha costado más de cuarenta años saberlo, así que no tengas prisa y disfruta, que tú ahora tienes edad de respirar todas las florecillas del campo.

Reímos los tres.

2

Nos abrió la puerta Rubén. Delante de mí, tal y como lo recordaba, un chico con perilla color tabaco y ojos de color gris; como si al nacer le hubiera faltado tiempo al azul para llegar, pantalones vaqueros y una camiseta blanca de algodón desafiando la temperatura exterior. Sonrió nada más verme y me dio dos besos tímidos; parecía que se encontraba en primera cita con una cuñada que tiene que dar su aprobación. Le devolví la sonrisa. Conocía a Félix, a todos los novios que precedieron a Rubén, también.

—Está claro que tenemos que conocernos más, bienvenido a mi familia — le dije.

—¿Entiendes ahora por qué la adoro? —dijo Félix achuchándome a mí primero y besándolo a él después.

Se oía ruido en la cocina y a Frank Sinatra cantando de fondo *Something Stupid*. A mi padre le encanta Sinatra. Salió por el pasillo en cuanto oyó mi voz. Yo corrí a abrazarlo, me refugié en sus brazos como cuando era niña y me recogía en el colegio, a la vuelta de uno de sus viajes de trabajo. Me respiró y me mesó el pelo. Se me encharcaron los ojos.

—¡Oh!, vamos, mi pequeña. Yo también te he echado mucho de menos.

El pelo se le había cubierto de canas, como si una tormenta de nieve lo hubiera sorprendido. Me pareció desconocer las arrugas que le surcaban la comisura de los ojos; parecían cuerdas tirando de ellos para hundirlos hacia abajo. Los malos tiempos que atravesaba no le habían robado, -menos mal-, su inconfundible olor: terroso, amaderado, con un rastro de salida de artemisa y albahaca, que parecía haberse quedado para siempre en su piel. Y en mi recuerdo. Félix, Bruno y Rubén nos observaban al final del pasillo, en silencio, temiendo interrumpir nuestro reencuentro.

—¿Y mamá?

—Mañana, llegará mañana. Le he pedido que se olvide del coche y baje en tren. Hay mucha niebla y se prevén lluvias. Está ansiosa por verte —dijo emocionado—. ¿Has visto lo que ha crecido mi nieto? Vamos a disfrutar de

estas Navidades, princesa. Nos lo merecemos.

Papá y mamá habían empezado a disfrutar de las Navidades al nacer yo, y más tarde, con la llegada de Bruno. Habían pesado mucho las ausencias que arrastraban.

—Entonces ¿dónde pasamos las fiestas?, tengo que saber cuándo puedo quedar con los colegas —quiso saber Bruno.

—Aquí —se apresuró a contestar Félix—, las pasaremos aquí. Tenemos la nevera y el congelador a tope. Y al chef a tiempo completo. El apartamento no es muy grande, pero la mesa se abre y tengo un montón de sillas plegables en el trastero del parking.

Papá se quitó el delantal negro que llevaba puesto y me pasó el brazo por la espalda para acompañarme al corazón del apartamento, un espacio único que reunía la sala de estar, el comedor y la cocina, que Félix había repintado en gris. Nos sentamos en uno de los sofás, bajo una réplica de *El beso*, de Gustav Klimt. Recuerdo el día que acompañé a Félix a recogerla de la marquetería. Le puso un marco de metal negro, sin relieve ni molduras y un cristal antirreflectante que costó más que la lámina ilustrada.

—¿Cómo estás, papá? —No podía esperar a que me contara cómo iba todo.

Todas las mañanas seguía acudiendo a su estudio de arquitectura, las obras que ya tenía en marcha con clientes privados seguían adelante, pero sus contratos públicos con algunas administraciones se habían paralizado a raíz de su imputación en el Juzgado número 5 de Lanzarote, por presunto delito contra la ordenación del territorio. Se habían construido 58 villas de lujo en terreno no urbanizable. Brasil; sin embargo, seguía adelante. De momento.

—Bien. ¿No me ves? Mireia dice que vamos mejor que bien. Es posible que no se logren reunir las pruebas suficientes. Creo que me he visto rodeado de gente que ha querido escurrir el bulto utilizando mi nombre y el nombre del estudio. Pero el daño está hecho. Algunos amigos y clientes han desaparecido, otros a los que había subestimado permanecen, y la prensa, que antaño me encumbró, ahora hace caja juzgándome antes que los tribunales. ¿Sabes lo que de verdad me apetece en cuanto todo esto se solucione? Descansar. Ya he tomado esa decisión. No me había dado cuenta de lo cansado que estoy.

—Eso es lo mejor que te he oído en mucho tiempo. Dime, ¿cuáles son tus

planes?

—Dejaré Madrid. Creo que pasaré una temporada larga en A Coruña, en la casa de Mera, aunque el tiempo allí sea menos amable.

—¿Me lo dices en serio? Pero ¡si tú detestas la lluvia! Mamá estará exultante, imagino. ¿Qué te ha dicho?

Se sacó entonces el móvil del bolsillo del pantalón, buscó entre sus mensajes y me mostró la respuesta de mamá.

Sonreí. Ella le había enviado una cita literaria de Isak Dinesen. Decía: «La cura para todo es agua salada; sudor, lágrimas o el mar».

No conseguí que me dejaran escaparme a mi casa hasta después de la cena. Insistí a papá en que se trasladara conmigo esos días, pero no quiso. Dijo que luego yo me iría y regresaría Mireia. ¿Me iría? Pensé que éramos Bruno y yo los que regresábamos de prestado a nuestro hogar, en ausencia de Mireia. Papá me aseguró que estaba bien instalado en la habitación de invitados que Félix le había preparado.

—Quédate un poco más —dijo Rubén, que trataba de conquistarme con cada gesto y a cada palabra, sin saber que ya me tenía en su campo—, esta noche tenemos películón.

—No puedo, Rubén, de verdad, estoy muerta. ¿Qué peli es? Te avanzo que he vivido muchos años con mi padre y algunas las he visto más veces que *Verano azul*.

—*La fiera de mi niña*, con Katharine Hepburn y Cary Grant —dijo Félix, apretando un mando que hacía bajar su nueva adquisición: una pantalla tensionada de 120 pulgadas.

—De entre las buenas, una de mis preferidas. Disfrutad, yo me voy, os veo mañana más despejada.

—Guau —dijo Bruno—, me quedo con ellos, mamá. Tengo todavía mis llaves, cuando acabe la peli, voy.

—Descansa, mi amor. —Papá se levantó para darme un beso—. Mañana nos debemos una tertulia. Tienes que explicarme todo lo que has hecho en estos meses. Ya sabes —dijo guiñándome el ojo—, curiosidad paternal y profesional.

3

Mireia le había dado tres vueltas a la cerradura y debió haberle puesto algún aceite a la puerta de la entrada que ahora no chirriaba. Antes, cuando entraba en casa después del algún viaje, aunque se tratara de una estancia corta de fin de semana, me gustaba llegar a mi casa. Entonces pensaba que no había hotel de lujo en el mundo que superara su confort y el placer que me proporcionaba prepararme una infusión y sentarme en mi orejero. Por alguna razón, esta vez no tuve esa sensación. Encendí las luces; a simple vista, el apartamento seguía igual. Mireia no había tocado nada. Una flor de Pascua en un hermoso tiesto rojo me daba la bienvenida encima de la mesa del salón. Me quité el abrigo y el pañuelo que daba tres vueltas a mi cuello antes de leer la nota que tenía grapada en la lazada. La letra de Mireia ya me era familiar:

Bienvenida a tu casa. Deseo que pases unos maravillosos días de Navidad con tus seres queridos. El gato es inofensivo, no te preocupes. Es de tus vecinos nuevos, pero pasa más tiempo en la terraza de tu casa. Le debe de gustar el verde. Un beso fuerte, te veo pronto.

Vuelvo a meter la tarjeta dentro del sobre y la dejo sobre la mesa. Ni siquiera me molestó en recorrer el piso; es tarde, me doy una ducha caliente y me pongo un pijama de algodón para meterme en la cama. No pienso, no quiero, ya lo haré mañana.

Me desperté cuando me lo pidió el cuerpo; tardé unos segundos en recordar que me encontraba en Madrid. Dos ojos verdes como el kiwi casi me matan del susto al tirar de la correa de la persiana. Había olvidado la advertencia de Mireia y un gato colosal, de pelaje negro y blanco, me observó impertérrito desde el alféizar de la ventana.

—¡Eso no se hace! —le increpé al gato—, me has asustado. No sé qué diablos estás haciendo en mi casa, pero que sepas que no me gustan los de tu clase. Así que no pienses que voy a ser tan buena como Mireia, haz el favor de largarte por donde has venido.

No se le movió ni uno solo de sus bigotes.

Había muchos gatos en mis veranos en el norte. Saltaban de una casa a otra con total impunidad y una vez, siendo niña, uno de ellos me arañó al intentar cogerlo. Mamá metió mi brazo debajo del chorro de agua de la cocina, pero no era suficiente y roció también el rasguño con alcohol puro. Tenía seis años y grité tanto como para romper una copa de cristal. A mi madre sí le gustan los gatos, o eso me decía temerosa del pánico que yo empecé a sentir por los felinos.

—¿Sabes por qué es imposible que te den miedo los gatos? —recuerdo que dijo.

—¿Por qué?

—Porque tú eres una niña con un corazón de almíbar.

—¿Qué tiene eso que ver?

—A Julio César, Mussolini, Hitler o Napoleón Bonaparte no les gustaban los gatos, les tenían mucho, muchísimo miedo.

—No sé quiénes son esos señores, mami, me suena Napoleón solo. ¿Qué les pasaba?

—Ya te los presentarán en el cole. Pero te diré que no eran personas muy afables, más bien eran ambiciosos y despiadados. ¿Entiendes?

Mamá siempre tiró de los libros, de la historia y la literatura para enseñarme a crecer. Ahora que soy mayor, me pregunto qué habría sido de ella sin sus lecturas. No sería la misma. No sería mi madre.

Los gatos no me dan miedo, he pasado la vida intentando creerlo, pero me sobrecogen un poco. Te escudriñan con la mirada como si supieran tus secretos más oscuros, algo así como la voz de tu conciencia.

—¿Te vas a quedar ahí mirando cómo me visto? Pues te vas a fastidiar, voy a salir a ver mi terraza —dije envolviéndome en una manta encima del pijama—, así que será mejor que no te acerques.

“Calabacines, judías enanas y cebollino”, anunciaban en tiza unos letreros de madera. Vaya, parecía que a Mireia le había picado el gusanillo del huerto urbano. Me asomé a la terraza contigua. Cuando me fui, el piso estaba en alquiler. Las dueñas, dos hermanas en sus setenta, una soltera y otra viuda, lo tenían carísimo. Yo les dije que 1200 euros al mes era demasiado, por muchos

metros que tuviera, con la cocina y el baño del siglo pasado. Me soltaron que ahora estaba de moda lo *vintage*, que por viejas que fueran estaban enteradas. En Benidorm se habla de todo, está claro. ¿A quién se lo habrán alquilado? Las persianas están totalmente cerradas y parece que al gato le han dejado un comedero lleno de alimento, y varios plásticos con agua andan repartidos por el suelo.

—Están fuera y te han dejado aquí, ¿no? ¿Tienes nombre? —Me pongo en cuclillas para hablarle de tú a tú—: Ven, déjame que te vea esa placa. Sr. Miazu. Muy bien, tratemos de llevarnos bien, Sr. Miazu. No me hagas muchas preguntas, que todavía no tengo las respuestas. ¿De acuerdo? Otra cosa, para las cacas y los pises, te pasas al otro lado.

Abro la puerta de la habitación de Bruno, no son todavía las nueve, duerme como cuando era un niño, boca arriba y con los brazos sobre la almohada, como si estuviera tomando el sol. El pie izquierdo le sale por debajo del plumón nórdico. Le huelen los pies, saco las deportivas de la habitación y las llevo al lavadero para que se aireen. Me visto y le dejo una nota:

Me voy a tomar un chocolate caliente con churros, eso y tú, es lo que más he echado de menos en China. Te subo unos pocos para cuando te despiertes y charlamos un ratito. Mamá.

Que no lo diga en voz alta no significa que no piense en él. No me lo quito de la cabeza. Por eso, antes de entrar en la churrería del barrio, me cuelo en un cibercafé para revisar mi correo electrónico. A lo mejor tengo mensajes. ¿Y si no los tengo? Es lo más probable, me digo, mientras pido que me cambien un billete en monedas en el mostrador para conectarme a internet. Abro mi Yahoo! y el estómago vacío me sube a la garganta. Tengo varios mensajes en mi bandeja de entrada, de algunos compañeros en la revista, de viajes El Corte Inglés, de Alberto, de Lola, -uf, tanto tiempo sin hablar con ella-, felicitándome las Navidades y dos correos más sin leer, son de Ernst.hertz@hotmail.com. Los dejo para el final y todavía tardo unos minutos en abrirlos. Vuelvo a echar una moneda de cincuenta céntimos en la máquina para mantener la conexión.

Abro el primero:

Hola, Carlota:

Han detenido a Bao Zhang. Lo siento. Sé que empezabas a apreciarlo. Es difícil no hacerlo con Zhang. De momento está a la espera de juicio, eso puede tardar meses o años. No está mal, al menos no lo han apaleado de nuevo, pude verlo gracias a Li. Ella me llevó el día en que tú volabas a Madrid. Ni siquiera sé de qué van a acusarlo, puede que de incitar al desorden público o de revelar secretos de estado, que es a lo que se acogen aquí cuando algo no les gusta. Me he puesto en contacto con un amigo de Amnistía que vive en Londres. Quiero pedirte, por favor, que en la medida que te sea posible, le des voz a lo que le está ocurriendo a Bao Zhang. Perdió a su hijo y a su mujer y aun así se arremangó para sacar gente de entre los escombros. Solo lucha para que se haga justicia, para que los corruptos no queden impunes. Un héroe convertido en villano. Cuéntalo, que se sepa en España. Hagamos presión.

Todavía no sé si vas a regresar, tienes unos meses de contrato pendientes y la oferta del general Wu. Decidas lo que decidas, me parecerá bien.

Un abrazo,
Ernst Hertz

Me pregunto el tiempo que habrá tardado en escribir el saludo final, los minutos que le habrá llevado pensar si me escribía un saludo cordial, un saludo o un abrazo. Pienso en Bao Zhang, pienso también en la gente que sigue a unas horas de vuelo entre la tragedia. Estar en Madrid no hace que me parezca un reportaje más del telediario. Yo he estado allí, yo lo he visto, lo he vivido. Tengo en mente a la Sra. Weng y el olor que desprenden sus billetes falsos para el viaje al otro lado de su hijo muerto. No olvido a esas gentes trabajando en cadena, pasándose piedras pesadas, reconstruyendo de nuevo. ¿Qué puedo hacer yo? Y repaso el *mail* de nuevo. Ni rastro de los besos que recorrieron mi cuello.

El segundo mail está escrito diez minutos más tarde que el primero. Lo abro. Dice solo:

Carlota... Pienso en ti.

Me agarro al asiento de la silla de plástico. Tenso la espalda. Salta un mensaje de alerta en la pantalla, el tiempo de conexión se apaga.

4

Media docena de churros son pocos para Bruno, que se ha levantado diciendo que él no se acordaba de que también había echado de menos las porras con azúcar...

—¿No hay churros en Indianápolis?

—No, mamá, no que yo sepa.

—¿Qué tal está tu padre? ¿Y tu abuela?

—Llegan en Nochevieja, lo sabes, ¿no? La abuela tiene ganas de verte. Y papá quiere...

—Que firmemos los papeles del divorcio. No te preocupes, hijo, ya lo sabía, me ha enviado un correo. Me parece mejor que bien, hace tiempo que teníamos que haber arreglado nuestra situación.

—¿En serio? Jo, mamá, pensé que te afectaría algo.

—No entiendo por qué debería afectarme que quiera rehacer su vida.

—Mamá, se va a casar otra vez. Con Sandra.

Me había olvidado de Sandra. Hago como si mi hijo me estuviera hablando del padre de un amigo y su nueva novia.

—Cuéntame.

—Trabajan juntos, ella como consultora de SAP. Hay que oírlos hablar, parecen marcianos con un mismo idioma, el de los lenguajes de programación. Es joven, veinticinco años, un coco, muy divertida. Es de Santander, hace años que se fue a estudiar con una beca del banco y ya no ha regresado. Flaca como un junco del río, le gusta correr maratones y se entrena a diario, no descansa ni los domingos. Es vegana, la abuela pensó que era alguna ciudad de Santander; lo que me reí, mamá. Y además es socia de la protectora de animales. Algunas semanas acoge perros que acaban de operar o que han sufrido algún trauma y necesitan, ya sabes, un poco de cariño. Creo que papá dejaría que metiera a un elefante en casa. Se le ve muy feliz. La abuela dice que un poco de cariño es

lo que necesita ella, que se vuelve a Córdoba, de donde nunca debió salir. A mí me cae muy bien, mamá. Ya sabes, no la veo con el rollo ese de ser mi madrastra, todo lo contrario, está deseando conocerte. Mira, te enseñé una foto, esta la tomamos antes de subirme yo al avión.

—Es guapa, sí que lo es. ¡Y muy joven! —La observé con la curiosidad minuciosa de cualquiera hacia la nueva pareja de su ex: más bajita que yo, el pelo castaño oscuro, muy rizado, y unos ojos vivarachos del color de las almendras.

—Tú también deberías conocer a alguien que te devuelva la sonrisa, mamá —me asalta Bruno.

—¡Eh!, yo siempre tengo una sonrisa puesta ¿Cómo se te ocurre?

—Mamá, tú eres cañón, no quiero que te quedes sola.

—Bruno, esas cosas surgen cuando surgen. Te prometo que cuando eso suceda, tú serás el primero en enterarte. ¿Y tú? ¿Cómo andas de chicas?

—Tampoco hay nadie. De momento. Esta tarde he quedado con Candela y los demás, para tomar algo antes de la cena de Nochebuena... No lo creerás, pero lo ha dejado con «el cachas» y nos hemos intercambiado algún correo estos meses. Pero no quiero nada, ahora no. Estoy centrado en otras cosas, en el básquet, en terminar el insti allí. Paso de follones del corazón, mamá.

—Me parece bien —le digo mientras le atuso el pelo—, pero prométeme que seré la primera en enterarme si te llama Cupido. Déjame ver qué hora es, tengo que arreglarme para ir a buscar a la abuela a la estación. No tardes en llegar a casa de Félix, que prepararemos la mesa entre todos.

5

El reloj de la estación de Atocha marca las 15 horas y un panel intermitente anuncia un ligero retraso en el tren procedente de A Coruña. Me pregunto para cuándo un AVE que conecte Madrid con el norte de España. Me pido un café para llevar y me siento en un banco a esperar. Unos meses en Chengdu, con sus ajetreadas calles y tantísima gente transitándolas, hacen que Madrid me parezca un lugar muy pequeño y ordenado. ¿Habrá terminado mi tiempo aquí? No quería, pero intuía lo que Bruno iba a anunciarnos a sus abuelos y a mí, lo cual no hacía sino acrecentar mi miedo a tomar decisiones equivocadas. Creo que tengo que volver a Chengdu, no sé si aceptar la oferta del general Wu, pero sí cumplir con mi trabajo. Me educaron en terminar lo que empezaba. Una maestra loca por la literatura y un arquitecto emprendedor, del norte los dos, fuertes como para resistir cualquier temporal. Estaba convencida de que también superarían este, los estaba empapando hasta los huesos, pero no se ahogarán. La emoción y la practicidad estaban conmigo en perfecto equilibrio.

Era hora de tomar decisiones, me había dicho papá ayer. Lo que ocurre es que, a mi edad, decidir implica renunciar a algo. Podría enviar mi currículum a Arquitectura Sin Fronteras, mi experiencia en la aldea me avalaría. Al fin y al cabo, ese siempre fue mi sueño. Ana estaba enterada de que necesitaban gente en varios países: Burkina Faso y Costa de Marfil. Dijo: «Países difíciles, Carlota».

Félix me llamó al teléfono móvil. Que comprara hielo para las copas de después, que él y Rubén estaban en el Mercado de San Miguel, de cañas, ultimando unas compras. Me vino algo a la cabeza:

—Félix, ¿tú no tenías un amigo periodista en *El País*?

—Sí, Manu. ¿Por qué?

—Nada, luego te cuento, un pequeño favor que necesito.

—Vale, preciosa. Ponte guapa para esta noche.

Cuelgo justo cuando la megafonía anuncia que el tren procedente de A

Coruña va a hacer su entrada por la vía 2.

«Mamá. Te echaba de menos».

La veo caminar con elegancia, en perfecto equilibrio encaramada a unos tacones de zapato salón. Las mujeres de mi generación ya no sabemos llevar los tacones con el estilo de nuestras madres. Las modelos, sí, claro, pero las demás abusamos de botas y botines en invierno, manolestinas en primavera y zapatillas de esparto o chancas de dedo en verano.

La observo mientras avanza hacia mí, agitando su mano, regalándome una de sus bonitas sonrisas. Viste elegante: un pantalón de pinzas y un abrigo color canela con cinturón. Lleva los guantes de piel marrones que le trajeron los Reyes Magos el año pasado y no ha ido a la peluquería. No le hace falta. Tiene un pelo bonito, con cuerpo, que ella misma se tiñe y arregla en casa. Lleva años utilizando el mismo número, uno que le cubre las canas y la deja de rubio oscuro. Arrastra una pequeña maleta de mano y en el mango tiene atado un bolso que no conozco: será nuevo. Con la otra mano, pegada al pecho, sostiene un libro. Adivino sin ver que será *El juego del ángel*, de Carlos Ruiz Zafón. La última vez que hablamos por teléfono me dijo que se lo iba a comprar, que le había gustado mucho el anterior de este autor.

La Srta. Rosalía, así la llamaban sus alumnos. Decía siempre que, en Madrid, sus labios sufrían de permanente deshidratación, por eso se los pinta de rojo ciruela en invierno, que combina muy bien con el color de sus ojos, grandes, de color dorado, ni marrón ni avellana. Había heredado la altura de mi abuelo y la nariz romana de mi abuela, con el puente alto y ligeramente arqueado. De pequeña, odiaba su nariz, decía que se operaría cuando fuera mayor. Su padre le dijo: «¿Por qué te crees que la llaman romana? Porque indica nobleza y valentía». Me habría gustado conocerlos, a mis abuelos.

Sigue caminando como si la mecieran las olas, abanderando el paisaje que la amamantó. En eso no coincidimos, yo tengo una ligera falta de psicomotricidad. Por lo demás, salvo por mi pelo rojo, me parezco mucho a mi madre. Ella dice que por eso siempre me llevé mucho mejor con mi padre.

Tampoco en eso estoy de acuerdo. Es verdad que con papá hablo más, me resultó siempre más fácil. Luego ya fue la costumbre. Ella es más de guardárselo todo, de vivir hacia dentro, con recuerdos que no ha compartido con nosotros. Si no te abren, no puedes entrar. Durante años, he tenido esa

sensación con mamá, la de empujar un portón de madera que no cedía, como si hubiera dejado enraizar una espesa hiedra de dolor.

Tenía 62 años y, aunque había hecho grandes progresos, seguía viviendo con el enorme peso de la ausencia, con la duda permanente. Unos abuelos enterrados y una tía no muerta, esa era mi familia por parte de madre. «Un tanto original», decía Félix. No sé por qué mamá no me contó en su momento las cosas tal y como sucedieron, a los niños hay que hablarles con total franqueza porque son más capaces de entender lo ocurrido, de lo contrario, la imaginación puede volar hasta el sufrimiento. Algunas noches, cuando me despertaba, pensaba que era mi tía Carmen la que tiraba de la manta. Me susurraba palabras que no entendía, pero que me daban frío.

6

Cayeron del pesquero en el que faenaban en la zona del faro de Mera. Carmen había pedido salir con su padre por su duodécimo cumpleaños. Un golpe fuerte de mar los arrastró, supuestamente. El vulcano no pudo protegerlos. Hacía muy poco que las dos hermanas habían ayudado a repintarle el casco de azul y de blanco. Llevaba años recogiendo salmonetes, rodaballos, lenguados, sargos, besuguitos y fanecas. Por eso en el pueblo no daban crédito a lo sucedido. Demasiada experiencia para salir cuando amenazaba temporal. En el bar decían que a la más pequeña, la rapaza de diez años, Rosalía, la salvó una gripe de embarcar con ellos. A salvamento marítimo le costó mucho recuperar el cadáver del padre. El mar golpeaba con virulencia en la zona. No encontraron el cuerpo de Carmen. Se había convertido en sirena, como en los juegos de la tarde, al volver de la escuela. Mi madre habría de subir una y otra vez por el camino que conduce al faro. Muchos días el viento la empujaba con ímpetu, desbocado, para que se fuera, pero ella permanecía sentada con la vista fija en el inmenso azul. Esperaba el canto de una ninfa.

La calmaban los libros, algunos leídos a deshora, demasiado temprano. Es una leyenda que la fiebre y la aflicción estiran centímetros a los niños. Una niña de diez años no puede entender a Jorge Luis Borges. Ella, sí:

Entre mi amor y yo han de levantarse
trescientas noches como trescientas paredes
y el mar será una magia entre nosotros.

No habrá sino recuerdos.

Oh tardes merecidas por la pena,
noches esperanzadas de mirarte,
campos de mi camino, firmamento
que estoy viendo y perdiendo...

Definitiva como un mármol

entristecerá tu ausencia otras tardes.

7

A raíz de lo sucedido con mi padre, la prensa rosa había rescatado ese suceso. Lo titularon: «Tragedias familiares en la alta sociedad que desconoces». No creo que mamá llegara a leer ese artículo, ella no lee ese tipo de prensa.

—Deja que te mire —me abraza primero— tan lejos como te has ido, mi niña... Al final va a llevar razón tu suegra..., todos tan lejos... ¿Bruno? Qué ganas tengo de verlo también.

—Está gigante, mamá, te vas a asustar. Por cierto, viene mi suegra. Parece que quiere regresar a Córdoba, mamá. ¿Qué te parece?

—Pero bueno..., no me lo puedo creer —dice cuando entramos en casa para dejar la maleta—. ¿Desde cuándo tienes tú un gato?

El Sr. Miazu está desparramado encima del respaldo del sofá. Bruno lo debe de haber dejado pasar, seguro que ha pensado que hacía demasiado frío en la terraza, pero el muy descarado ni siquiera se mueve cuando lo amenazo para que salga de ahí. Más bien todo lo contrario, parece que seamos nosotras las que hayamos turbado su tranquilidad. Se acaricia el lomo con el rabo y emite un miau tan dulce que hace que mamá lo coja entre sus brazos y le hable en diminutivos.

—Pues normal, hija, me parece normal. Al final todos queremos regresar al lugar que nos vio nacer. Por lo menos, los gallegos. Debe de sentirse como un esquimal en el desierto allí en Estados Unidos. ¿La veremos estos días, entonces?

—Sí, claro, la trae Alberto. Buscaremos un día para vernos todos. Además... quiere que firmemos los papeles del divorcio. Va a casarse de nuevo.

—Vaya... Y Bruno, ¿qué opina? ¿La conoce?

—Sí, dice que es estupenda.

—Pues me alegro mucho, hija. Por Bruno y por ti.

—¿Por mí?

—Sí, por ti. Cierra ese libro, colócalo en la estantería y empieza otro. No cometas el mismo error que yo.

—¿Te refieres a papá?

—No. No, hija, claro que no. Mi vida habría sido infinitamente peor si no estuviera tu padre en ella. Hablo de estar limitada, de no dejar que la vida avance. Sé lo que te digo, me he pasado años sometida a la falta de mi hermana. Paralizada. Todos tenemos un libro que debemos abandonar porque nos duele seguir leyéndolo, porque no nos gusta o porque encontramos otro que nos llena más. ¿Entiendes?

Entiendo que es la primera vez que mi madre me cuenta que le va a decir adiós a su pena, que ya la llevó mucho tiempo. Pareciera que se estuviera quitando el luto, colgado el vestido negro en una percha, al final del armario. Se puede. Se debe volver a vestir de colores. Me ha dicho que ha florecido y está preciosa la camelia del jardín.

8

He bajado corriendo a Zara y me he comprado un mono negro, ligeramente escotado. Mamá se ha empeñado en regalarme unas sandalias de tacón altísimas y ante mi alegato de que no sabría llevarlas me ha contestado que iba a estar más tiempo sentada a la mesa que en pie. Le he contado que he conocido a alguien en esa aldea, que había empezado algo justo cuando regresaba. De repente mi madre, agarrada a mi brazo, me escucha más como a una amiga que como a una hija. Le cuento que me emociona lo que siento pero que a la vez me asusta, como cuando descendes el rápido de un río sin experiencia. Le explico que me siento perdida, con el mapa en la mano y sin saber por dónde tirar. Ella dice que es por mi edad: «A los cuarenta las mujeres ya tienen mucha vida detrás, experiencias, pero todavía quedan muchas puertas que abrir y, créeme, hay habitaciones sorprendentes».

Las Navidades pasaron en un suspiro. De celebrarlas siempre en la que fuera nuestra casa en La Moraleja, al reducido piso de Félix. Ni punto de comparación, porque estas últimas han sido, de lejos, las más divertidas y entrañables que recuerdo: reímos hasta altas horas de la madrugada, jugamos al Monopoly y bailamos. Mi padre con mi madre, Bruno conmigo y Félix con Rubén; luego todos cambiamos de pareja. Vimos cine esos días. Rubén pidió que cada uno escogiera una película. La condición, que nos hubiera gustado mucho la primera vez que la vimos. Nuestra lista:

Papá: *El bueno, el feo y el malo*.

Mamá: *Vacaciones en Roma*.

Rubén: *Pulp Fiction*.

Félix: *El pianista*.

Carlota: *Amores perros*.

Bruno: *Buscando a Nemo*.

Félix dejó que la mitad de la pandilla de Bruno subiera a recogerle y brindara con champán. Todos se apuntaron a ver la peli del pez naranja y nos tocó bajar al pakistaní de la esquina a comprar más palomitas. Saludé a

Candela, que parecía haber redescubierto a mi hijo y se esmeraba en que él reparara de nuevo en ella.

El día de su decimosexto cumpleaños no se quedó menos impresionada que yo. Bruno sopló las velas y nos comunicó que su deseo ya se había cumplido. Lo que me había temido.

Le habían ofrecido una beca para continuar sus estudios en Estados Unidos. Su rendimiento deportivo era muy alto, cursar el bachillerato allí incrementaría su nivel de inglés y le sería más fácil superar la selectividad americana y el TOEFL. El instituto donde estaba ya le facilitaba sus entrenamientos y flexibilizaba sus horarios de clase y exámenes, algo impensable en España.

Sus amigos le palmearon y lo propio hicieron mi padre y Félix. Candela no dijo nada, en ese momento yo tampoco. Mamá me pasó un brazo por la cintura y me estrechó.

—¿Es lo que tú quieres, mi amor?

—Mamá, créeme, es una oportunidad única. No se la ofrecen a todo el mundo. Tú... puedes venir a verme, ¡o vivir allí!

—¿Sabes? Te voy a echar mucho mucho de menos. ¡Pues claro que iré a verte! ¡Jolines!, no pensaba que ibas a crecer tan rápido, Bruno.

Y doy las gracias por no haber seguido ninguno de los consejos esos que dan algunos libros. Yo he cogido en brazos a mi bebé todo lo que he querido, hasta que fue tan grande que ya no pude con él.

—¿Y tú que vas a hacer, mamá?

«Buena pregunta, cariño. Buena pregunta».

9

Félix hizo una llamada y enseguida me anotó las señas de Manu en una servilleta de la cocina. No era lo habitual que me recibiera en su casa, pero se había roto una pierna esquiando en el puente de la Purísima y trabajaba desde allí. Él y Félix se habían conocido mientras cursaban el máster de periodismo que imparte *El País*. Félix se dio cuenta de que el reporterismo no era lo suyo; le interesaban más los anunciantes. Lo de Manu fue otra cosa. A los profesores que impartían el curso no les pasó desapercibido el talento del chico de Alcobendas. Ya no se fue de la empresa cuando terminó sus prácticas. Le gustaba la sección de política nacional pero le ofrecieron una vacante en economía y ahí se quedó. Era él quien acudía a los debates del Foro Económico Mundial en Davos todos los años.

—Pero ¿qué es lo que vas a contarle?

—Un amigo en Chengdu... está en problemas. El activista del que te hablé.

—No veo cómo puede ayudarte Manu.

—Bueno, no pierdo nada por intentarlo.

Me dio la impresión de que el timbre no funcionaba y por eso lo apreté con fuerza, varias veces. Estaba a punto de irme cuando me abrió la puerta saltando sobre sus muletas. Se daba un aire a Luís Figo, con el pelo muy negro, una nariz pronunciada y la barbilla saliente; la silueta trabajada de los que se machacan a hacer deporte. Que éramos de la misma quinta me lo había dicho Félix. Tenía la calefacción a tope y me tuve que quitar el abrigo antes de que me invitara a hacerlo. Él estaba en pantalón corto; llevaba puesta una camiseta desgastada por las lavadas de un concierto de Los Ronaldos. Su aspecto era desaliñado, como si acabara de levantarse de la cama.

—¿Siempre eres así de insistente?

—¡Oh!, lo siento. Lo siento mucho, pensé que no se oía el timbre.

—Nada, pasa, no te preocupes, lo tienen que arreglar.

—Si quieres un café, lo tendrás que preparar tú misma, no aguanto mucho

tiempo de pie.

—Gracias, acabo de tomar uno.

Nos sentamos en el salón. Él estiró la pierna y dejó las muletas en el suelo con habilidad, se notaba que ya llevaba días con ellas. Tenía el portátil encima de la mesa y traté de imaginar cómo podía organizar sus ideas entre tanto desorden. Había libros, papeles y libretas por todas partes.

—Lo siento. —Me pregunto si lo habré dicho en voz alta—: Paca, la señora que me ayuda, lleva con gripe todas las Navidades. Tengo la casa manga por hombro.

—Por favor, no te preocupes —digo.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarte?

Escucha atentamente la historia que le voy narrando. Me doy cuenta de que despierta toda su curiosidad periodística, como si hiciera tiempo que algo no lo motivaba tanto. Y escarba hasta donde puede con sus preguntas.

—¿Y dices que el tal Zhang trabajaba con Huang Qi?

—Sí, eso tengo entendido.

—Por lo poco que sé, creo que Qi es un pacifista al que las autoridades chinas quieren aplastar valiéndose de su dudosa legislación. ¿Sabes si a Zhang lo acusan de lo mismo que a Qi?

—No, no tengo ni idea. Lo único que puedo decirte es que me parece un atentado contra los derechos humanos y que eso tiene que saberse. Bao Zhang es un héroe, no un criminal. Con su familia bajo los escombros, sin poder hacer nada por ellos, no ha dejado de ayudar a los que sí tenían algo de esperanza. Luego, lo único que ha hecho es reclamar justicia, escribiendo sobre la construcción fraudulenta que podría haber evitado muchas muertes.

—¿Es periodista?

—Sí.

—No me lo habías dicho. Es importante. No sé si sabes que China engrosa las listas mundiales de periodistas encarcelados. Los de RSF estarán más que interesados en escucharte. Me has dicho que los de Amnistía ya están al tanto, ¿no?

—¿Qué es RSF?

—Reporteros Sin Fronteras. Escucha, Carlota, voy a hablar con los de Internacional. Se pondrán en contacto contigo, aunque con un poco de suerte me dejen a mí este reportaje. Entonces el que te llamaría sería yo.

De acuerdo, dime algo en cuanto puedas, me marcho dentro de tres días.

—¿No es peligroso que vuelvas?

—No, tengo que terminar mi trabajo. La vida es peligrosa. Mírate tú: te has roto una pierna esquiando y lo que tenías previsto era un puente divertido.

—Creo que no puedo quitarte la razón —dice riéndose—. Una pregunta más. ¿Eres hija de Carlos Santamaría? El arquitecto que está siendo...

—Sí. —Me levanto para coger mi abrigo y mi bolso—: Pero entiendo que eso no es relevante para lo que he venido a contarte.

De repente me oigo responder cortante. Me preparo para la defensa.

—Créeme, para mucha prensa sí lo es. La guapísima, alta y pelirroja hija del arquitecto imputado denunciando corrupción en las construcciones de otro país.

—Oye —respondo intentando controlar el tono nervioso de mi voz—, no quiero que salga mi nombre ni el de mi padre en ese artículo. Será mejor que me vaya, no debí...

—Carlota, por favor, espera. Estoy en clara desventaja, no puedo levantarme a detenerte. Solo sentía curiosidad. Nada más. He relacionado tu apellido y tu profesión con tu padre.

—Ahora soy, ¿cómo lo llamáis?, tu fuente, ¿no? Pues protégeme. ¿De acuerdo?

—Te llamaré, Carlota. Saluda a Félix de mi parte.

10

Alberto me ha preguntado si me parece gracioso firmar los papeles del divorcio. No he podido evitar reírme. De esos días en los que buscas por toda la casa y no encuentras ni un solo bolígrafo, o ni uno solo que pinte. Menos mal que recordé que en mi bolso llevaba el que siempre nos regalan en la consulta del dentista, junto con un bote pequeño de pasta y un cepillo de viaje. Bruno está guapísimo ya sin su armadura de hierro y con la mordida corregida. Nos ha costado tanto su dentadura como arreglar los papeles de nuestra separación. Y los vamos a firmar con un sencillo boli que lleva grafiado el teléfono de la clínica y una boca sonriente.

—¿Quieres que te lleve mañana al aeropuerto?

—Te lo agradezco, Alberto, pero ya he quedado con Félix. Me llevará él.

—Cuídate, Carlota.

—Lo mismo te digo. Quiero que me escribas y me mantengas informada de todo lo relativo a Bruno. Por favor, cuídalo mucho. Mide 189 centímetros pero todavía sigue siendo un niño. Lo sabes, ¿no?

—Descuida, te prometo que lo haré.

—Iré a verle en cuanto pueda.

—Sin problema, Carlota. Oye..., quería darte las gracias.

—¿Las gracias por qué?

—Por todo, Vikinga. —Creo que acaba de darle un ataque de nostalgia, como cuando vas a mudarte y miras tu antigua casa antes de cerrar la puerta—. Por tus clases de alemán en Múnich, por haberme regalado un hijo fantástico, por las horas que te robó la pantalla de mi ordenador, por ser tan respetuosa con mi nueva relación, por ponerlo fácil, Carlota, hasta por mi madre, por saber llevarla como lo haces. Siempre vas a tener en mí a un amigo. No lo olvides.

Y así coloco ese libro en mi estantería. No todos pueden presumir de lo mismo. Hemos firmado y nos hemos despedido con un abrazo amigo.

Fue más difícil con mi suegra. Creo que de ella va a ser imposible que me divorcie en la vida que me resta. Dos tilas se tomó en casa.

—Otro cretino es mi hijo, como su padre. El muy estúpido también te ha dejado por otra más joven.

—Vamos, doña Concepción, eso no es así. Nosotros ya no estábamos juntos y no sabe lo feliz que me hace que Alberto rehaga su vida. ¿Por qué no trata de relajarse un poco? Bruno me ha dicho que Sandra es una mujer estupenda.

—Coño, claro. Si parece una compañera más del instituto en vez de una mujer de su casa. Todo el día en mallas trotando por la urbanización.

—Me parece que está exagerando. Es muy bueno hacer deporte, es más, a Alberto le vendría mejor que bien acompañarla, que está echando tripa.

—Claro, como que esta mujer no cocina. Se pasa el día comiendo porquerías, ensalada de quinoa y algas de esas. Estoy convencida, pongo la mano en el fuego, de que Alberto se escapa a comer hamburguesas cada vez que puede.

—Venga, dígame la verdad. ¿Qué le pasa? ¿Por qué no quiere volver con ellos? No creo que Sandra sea tan malvada como me la pinta.

El llanto de mi suegra se cruza con un súbito hipo. Le cojo las manos y le hablo con suavidad, despacio, para que se calme. Exagera y yo exagero que la entiendo. La escucho:

—No me deja que entre en su habitación ni para llevar las camisas planchadas de mi hijo. Te digo yo que es mala, Carlota.

—Por favor..., a mí tampoco me gustaba que entrara en mi habitación, ¿o es que ya no se acuerda? Tiene que dejarles su intimidad. Que se coloquen ellos las camisas. ¿Qué más?

—Pues si te lo he dicho... No come ni mi arroz con pollo, dice que solo de pensar en el animal le dan ganas de llorar. —Ahora nos reímos las dos—: Con lo que me cuesta a mí comprar en el *marquet*... Paso mucho tiempo sola, Bruno entrena a todas horas y ellos llegan tarde. Luego tienen que estar pendientes de mí. No quiero ser un estorbo. Ya no me necesitan. ¿Entiendes? Desde que está ella, se apañan mejor y... yo estoy cansada.

—Bueno, eso es otra cosa. A lo mejor, si explica claramente lo que quiere hacer, se lo pone más fácil a Alberto. A usted ¿qué le apetece?

—Que me entiendan, hija, que tengo 75 años y ahora no voy a aprender inglés, quiero salir a la calle y pedir un cafelito con leche. Volver a mi casa en Córdoba e irme a misa de ocho, a ver a mi Virgen de los Dolores. Quedar con mis viejas amigas a jugar al bingo, ver *Corazón* al mediodía y poner mi patio lleno de tiestos con giraldillas rosas y geranios blancos.

—¿Y eso se lo ha dicho a su hijo?

—Toma, ¡pues claro! Pero me dice que voy para mayor y que él está muy lejos.

—Quizás tenga un poco de razón.

—Mira, hija, mientras esté en mis cabales quiero estar donde me apetezca, si me pongo mayor o pierdo un poco más esta cabeza, entonces que venga y me lleve donde le dé la gana, pero ahora me voy a quedar en España. ¿Se lo dices tú?

«Se lo diré».

11

Mireia abrió con sus llaves la puerta de casa. Me dio un susto de muerte, porque ya no esperaba verla. Preparaba mi maleta y ordenaba mis billetes y documentos para salir al día siguiente de vuelta a Chengdu. Me había dado un baño caliente para ver si el agua me relajaba también por dentro. El lavabo, por eso del miedo al agua, se había convertido en el único lugar por el que no merodeaba el Sr. Miazu. Borré con la mano el vaho que empañaba el espejo y observé que mis ojos todavía estaban hinchados. Estos días habían sido imprescindibles para continuar con mi viaje. Y no, no se trataba solo de mi viaje de vuelta a la aldea, sino de mi propio viaje interior. Mi familia era, sin duda, el mejor espejo para mirarme, sin necesidad de desempañarlo, porque me reflejan tal como soy. Parece que todos van a seguir su camino y que nos seguiremos encontrando en los altos que hagamos para descansar.

Lecciones de mi madre antes de regresar a contemplar las olas, esperando ahora solo a papá:

«Posponer lo difícil solo es retrasar lo inevitable. Vete. No te sometas a los errores de tu padre; no te sometas a mi melancolía, ni siquiera te sometas a la juventud de tu hijo. Vuela, hija, no te abandones más que a tu propia suerte, a tu propia felicidad. De esa manera nos compensas a los que te amamos».

Lecciones de mi padre mientras espera noticias del juzgado, con la maleta lista para empezar de nuevo, en el norte de Rosalía:

«Raras veces la vida sucede como quisiéramos, hija. Los momentos felices, las condiciones buenas hay que aprovecharlas, saborearlas. Así que, mientras puedas, haz lo que te gusta. Y no olvides que eres arquitecta: puedes dibujar hasta tus sueños».

Preparé un par de tazones de leche caliente y me senté a charlar con Mireia, teníamos unas pocas horas. Ella venía hastiada de las fiestas —«Ya sabes, tanta comida y tanta gente por la calle comprando, ¿no es agotador?»—. Había puesto un punto y aparte en su relación con Juan; así se lo hizo saber el día de Año Nuevo. Necesitaba replantearse si era ese el tipo de relación que ella quería, aunque llevasen juntos casi veinte años. Sabía que ella misma

había abanderado salir sin convivir pero quizás estaba esperando a que él diera el paso de reclamarle que no era suficiente, que quería quererla a tiempo completo.

—Es como si me estuviera haciendo mayor para seguir jugando a la Bridget Jones, Carlota. De golpe me han asaltado unas ganas enormes de, pensarás que soy una tonta, formar mi propia familia y tener a Juan en mi cama todas las mañanas para darme los buenos días.

—Seguro que no te deja escapar, Mireia. Sería un imbécil si dejara a una mujer como tú.

Me contó también con todo detalle cómo estaba llevando lo de mi padre. Casi estaba trabajando en exclusiva para él. Ya había declarado varias veces en los juzgados y su despacho había sido registrado en un par de ocasiones. Estaba convencida de que no había pruebas suficientes contra él, ni en la causa por el presunto amaño del plan de ordenación territorial, ni en la construcción de villas sobre suelo rústico. Pero su nombre era demasiado mediático en una macrocausa que tenía en jaque a las instituciones de la isla. El proceso iría lento. Un par de años, con un poco de suerte.

—Cuéntame tú ahora. ¿Qué tal todo?

—Es complicado.

—Tenemos algo de tiempo, ¿no? Descríbeme solo lo que no me escribiste y leí entre líneas. Lo tuyo con ese Ernst Hertz.

—...

—No sé por qué, pero lo sabía.

Miré mi reloj, eran cerca de las cuatro de la mañana y mi vuelo salía a las seis. Dentro de media hora Félix estaría llamando a la puerta de casa.

PARTE 4:

PIES FIRMES EN TIERRA ROTA

1

El Sr. Weng se alegró mucho de volver a verme. Su casa era la primera que se había terminado en la aldea. Me la mostró orgulloso, en especial la habitación destinada a tienda de artesanía. La Sra. Weng no había recuperado el habla, pero ya no pasaba el día entero frente a la antigua escuelita. Se ocupaba de la niña huérfana que le había asignado la municipalidad. Ella y otras mujeres llevaban a sus nuevos hijos caminando a la aldea vecina, donde ya se había terminado de edificar un colegio nuevo.

La construcción de la carretera de principal acceso a la aldea estaba casi terminada, las lluvias constantes y la escasez de material habían imposibilitado que estuviera concluida. Sin embargo, ya era transitable y favorecía no solo el acceso de material al pueblo, sino también que sus gentes pudieran llevar los productos agrícolas a la ciudad. Se había restablecido de forma total el suministro de agua potable, eso había sido fundamental. Faltaba mucho por hacer pero el esfuerzo de la comunidad empezaba a ser palpable. Terminar la construcción del centro de salud y hacer un plan de evaluación del proyecto era lo que me restaba a mí. Algunos vecinos de otros pueblos venían a ver cómo se habían construido las casas, también con arquitectos chinos y colegas de otras organizaciones mantuve varias conversaciones sobre cómo se había llevado a cabo la rápida rehabilitación.

Ernst no había regresado todavía, había hecho escala en las oficinas centrales de Londres y llegaría dentro de unos días. Pensaba en cómo iba a reaccionar cuando volviera a encontrarme con él. Si se le dilataría también la pupila azul. En la aldea, en las calles de Chengdu, su ausencia se me hacía más presente que en Madrid. Quería y temía hacerle frente a partes iguales. Me traspasarán las manos, se me acelerará el corazón y se me activarán el tálamo, el hipotálamo y el hipocampo. Eso fue lo que me dijo Félix en la cocina, mientras lo ayudaba a sacar los platos del lavavajillas que mamá secaba con un paño. Los dos estaban más que interesados en el devenir de esta historia. Félix dijo que era difícil hacerla sobrevivir. No es lo mismo enamorarte en París que en una aldea sobre un terremoto. Si sobrevivía a los siguientes meses, dijo, entonces ya no sería un enamoramiento, sino una elección

consciente de amor. Mamá soltó el trapo y le dijo a Félix que eso era una tontería muy grande. Recurrió a Julio Cortázar, nos soltó un fragmento de *Rayuela*: «Como si se pudiese elegir en el amor, como si no fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio».

De la reunión de seguimiento con la municipalidad se encargó Ana. Al general Wu, en esta ocasión, no lo acompañaba Li; en su lugar, vino otro hombre uniformado con menor rango y cuyo nombre soy incapaz de reproducir. Tal y como ya me había propuesto antes de Navidad, me planteó mi participación en la construcción de nuevas viviendas para pastores tibetanos nómadas en el condado de Gangcha.

La vida se te pone patas arriba cuando menos te lo esperas. No hacía ni un año, me paseaba por los alrededores de Madrid fotografiando casas para la revista. Me sentaba luego en la oficina, con ventanas al parque del Retiro, y escribía acerca de ellas. Sobre la mesa tenía un cactus de flor que apenas regaba y una foto enmarcada de Bruno saltando para hacer un mate. A las 10:30 paraba para tomar un café y a las 2 salía a comer. Aprovechaba ese rato para hacer algunas compras y vuelta a la oficina. Mi vida social se limitaba a ver los partidos de Bruno. Entre Alberto y mi noche con Ernst Hertz solo había pasado, con más pena que gloria, el padre divorciado de un compañero de Bruno. De cancha en cancha, tonteamos y la cosa no fue más allá. Lo hicimos un par de veces. En su casa. Se montó encima de mí de manera mecánica, se sacudió, como para convencerse de que no había olvidado cómo hacerlo. Estuve un mes sin acompañar a Bruno a sus juegos; luego un día me llevé a Félix de la mano y no le di más explicación.

Lo de irme a construir casas para los pastores tibetanos nómadas me parecía, más que un cambio en mi vida, una sublevación. Tendría que pensarlo.

2

También la Sra. Ju Mei estaba encantada con mi vuelta. No sabía cómo explicarle que venía harta de comer en España. Mi estómago reclamaba sosiego y no rematarlo con las cenas condimentadas de nuestra casera. Le pregunté a Ana si sabía visto a Li, mientras se enfriaba la sopa de fideos.

—¿Te refieres a si la vi con Hertz al marcharte tú?

No. No era eso lo que quería saber, aunque no llevé la contraria a Ana. Quería ver a Li porque era la única que, además de Ernst, podría decirme algo sobre el paradero de Bao Zhang. Pensaba, no sé por qué, que igual a mí me dejaban verlo. ¿Qué mal podía hacer? Las autoridades chinas podrían pensar que una negativa era más perjudicial, mala prensa, que dejar que la inofensiva cooperante visitara a un viejo amigo.

—No la veo desde la última reunión previa a tu marcha. Se rumorea que ha caído en desgracia.

—¿En desgracia, dices? ¿Por qué?

—No tengo ni idea. Pregúntale a Chris cuando suba de la ciudad, creo que él sabe algo más. Anda con una funcionaria del ayuntamiento que bebe los vientos por él. O le puedes preguntar directamente al general Wu. Creo que a ese hombre le gustas más allá de lo estrictamente profesional.

—¡No!

— ¡Sí! Tu pelo rojo, tus ojos verdes, tu tez translúcida, toda tú debes parecerle lo más exótico que ha tenido cerca en toda su vida.

Pensé que, de ser eso cierto, si es necesario, le preguntaré al general.

El Sr. Wu no será mucho más joven que mi padre. No tiene un rostro afable, más bien todo lo contrario, si sonrío se le pone el rictus serio de inmediato, como si se autocastigara por semejante descuido. Me he dado cuenta de que no oye bien por su oído derecho, por eso sus intérpretes siempre caminan a su izquierda. Sabe que pronto se renovarían al menos siete u ocho de los once cargos que ocupan la Comisión Militar Central. Hay una ola de

jubilaciones y muchos retos que el país debe afrontar: el mar del Sur de China, las tensiones entre las dos Coreas, el futuro de Taiwán y la posibilidad de que surjan incidentes entre las marinas de Estados Unidos y China.

Él sabe que su nombre suena en las quinielas para ocupar ese cargo. Todos los posibles candidatos entraron en el ejército cuando la tumultuosa revolución cultural, pero, a excepción de él, que participó como soldado de rango en la guerra frente a Vietnam en 1979, los demás carecían de experiencia en el campo de batalla. Además era abogado y estaba desempeñando con éxito la recuperación de la provincia de Sichuan tras el terremoto. Nada podía entorpecer su camino hacia la Comisión Militar. Como en el caso de Li, no le temblaba el pulso si tenía que prescindir de alguien para alcanzar sus objetivos. Estaba casado, había tenido tres hijos, dos varones y una hembra; para tenerlos a los tres, pagó su dinero al Estado. El mayor murió de meningitis y su mujer sufría depresiones. El mediano había ingresado en el ejército, pero la mejor de su casa era su hija. Ahora estudiaba en Estados Unidos y algunos en el partido, los más conservadores, le recriminaban que no lo hiciera en las fabulosas universidades de la patria. Muchos creían que en los campus americanos se conspiraba atacando los valores tradicionales chinos. Confiaba en su pequeña, vendría preparada y con capacidad diplomática, que era otra manera de resolver los conflictos en estos días. Li, sin ir más lejos, tenía una preparación exquisita, lo otro nada tenía que ver con su formación en el extranjero. Aunque algunos lo pensarán.

Wu se acostaba con otras mujeres. No hacía discriminación por edad, pero sí por peso. No le gustaban las mujeres gordas. Las prefería menudas y ágiles, para sus juegos de cama, de pechos y pies diminutos. Las medallas que colgaban de su uniforme militar eran un reclamo para todas ellas, no recibía noes, al menos hasta Li. La muy puta. Qué desperdicio de mujer.

3

La mañana del regreso a la aldea de Hertz, me desperté temprano. Tenía frío y me recubrí bajo la manta. No sabía qué iba a decirle, ni siquiera había contestado a su mensaje: «Pienso en ti». Cómo dar respuesta a algo así sin reflexionarlo antes. Mi corazón ya palpitaba más deprisa con la sola idea de volver a mirarlo.

Las autoridades daban esa noche una cena de agradecimiento a las ONG que estaban colaborando en la rápida recuperación del territorio. Por supuesto, estábamos invitados y Chris se encargaría de recoger a Hertz en el aeropuerto. Llegarían más tarde, pero llegarían. Había pensado en esa cena como en el escenario perfecto para preguntar a Wu por Li, también por Bao Zhang. Un ambiente distendido, relajado, me parecía de lo más oportuno, pero al saber que Hertz llegaba a tiempo, creí que lo más sensato era esperar.

La cena se ofreció tipo bufet, en uno de los edificios municipales que acababa de ser restaurado en la capital. Ana se hacía fotos con algunos compañeros y disfrutaba de la copiosa comida tradicional. Yo estaba desganada. Tenía cerrado el estómago por completo. Miraba a la puerta de la entrada casi sin darme cuenta. Levanté la mano para saludar al general Wu, que me correspondió con una inclinación de cabeza. Estaban representadas todas las autoridades de la provincia según me dijo un colega. Traté de apaciguar mi ansiedad hablando con unos y con otros e intercambié correos y números de teléfono. Posibles nuevos retos profesionales se me abrían en otros lugares.

Entonces lo vi. Vi primero a Chris y luego lo vi entrar a él. La confusión se apoderó de mí, dejé mi copa de vino sobre la mesa y me recosté sobre la pared más cercana. Ana debió de verme palidecer, porque cruzó la sala desde la otra punta, como si previera que estaba a punto de desfallecer.

La llevaba de la mano. A Li. Ella avanzaba con la cabeza erguida, saludando a su paso a los militares presentes. Se paró delante de Wu. Hertz la rodeó por la cintura y la besó antes de dejarla allí. Después me encontró. Imagino que yo todavía mostraba mi aturdimiento, no se disipaba a medida que

él se aproximaba hacia mí.

—Hola, Carlota.

—Hola, Ernst. ¿Qué tal?

—Oye, quiero decirte que...

—No tienes que explicarme nada, no te preocupes.

—Te envié un correo.

—¿Sabes algo de Bao Zhang? —fue lo único que me atreví a contestar—. Iba a preguntarle al general.

—No. Ni siquiera sé si sigue en el mismo centro de detención. Espero enterarme esta noche. Al general, cuanto menos le preguntemos, mejor. No es conveniente que nos relacione más de la cuenta con Zhang si queremos tener posibilidades de ayudarlo. Carlota... Li, ahora no puedo explicártelo, pero te pido que confíes en mí.

—Voy a subir a la aldea con Ana. —Miré mi reloj de pulsera—. Mañana tenemos mucho trabajo y estoy un poco cansada. Me alegro de verte.

—Carlota...

—Hablamos mañana —le contesté con más tranquilidad de la que sentía—. Me dices si sabes algo de Bao y te avanzo el plan de evaluación del proyecto, que ya casi lo tengo listo.

—¿Quieres que te acompañe fuera?

—No te preocupes, de verdad, Ana ha ido a buscar el coche. Creo que te están esperando.

Me rozó con la mano por mi brazo derecho, ¿como una caricia?, como un lo siento. Dejó que me fuera.

No subió a dormir a la casa de la aldea. Yo sí, pero no he pegado ojo. No estoy de mal humor, solo me siento como una estúpida que se ha enamorado como una quinceañera pensando que no iba a sufrir lo mismo. Por favor, que no me explique nada. Me concentro toda la mañana en la redacción del informe que debe supervisar él antes de enviarlo a las oficinas centrales en Londres. Podía haberme quedado en la casa, trabajando en el portátil, pero prefiero irme a la caseta y seguir escribiendo allí. Mi informe aporta una

visión general del programa de recuperación que hemos realizado en la aldea, considerando tres ejes principales: las decisiones que tomamos sobre la construcción de nuevas viviendas, cómo las implementamos y cómo hicimos que la población se involucrara en el proceso. Puede que podamos optar a los premios hábitat anuales, como si no fuera ya un premio que esta gente reconstruya sus vidas.

Ana entra por la puerta.

—Carlota, ¿lo de «A rey muerto, rey puesto» lo llevas siempre tan a rajatabla?

—¿Qué dices? No te entiendo.

—Que salgas, que ahí fuera tienes un bombón preguntando por ti.

—¿Quién es?

—Ni la menor idea, pero acaba de llegar Hertz y está hablando con él.

Cuando estás lejos de tu país y encuentras a alguien que te conecta con tu casa te alegras inmensamente. Eso me pasó a mí, a pesar de que solo nos habíamos visto una vez, con la llegada de Manu.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le digo dándole un abrazo ante la atenta mirada de Ernst.

—Me debían alguna en la redacción. Dije que el reportaje era mío.

—Perdona, Ernst. Te presento a Manu Viejo, es periodista de *El País*. Le hablé de Bao Zhang, tal y como pediste.

—Sí, eso me estaba diciendo. Hay que tener cuidado. Si se enteran de que has venido a investigar sobre sus presos pueden echarte del país con alguna excusa.

—Lo sé. He mentido en aduanas. Estoy aquí para hacer un reportaje sobre cómo han soportado los osos panda el terremoto.

—Buena respuesta — digo—. ¿Dónde te hospedas?

—En un hotel céntrico en Chengdu. Está bastante bien ¿Os parece si cenamos esta noche y me contáis más sobre Zhang? No sé por dónde empezar.

—Será un placer —contesta Hertz—. Llevaré a Li. Ella podrá ayudarte más que nadie en tu investigación.

—Sí, por supuesto —dije—. Nos vemos esta noche, entonces. Vamos, Manu, querrás conocer este lugar.

No sé por qué, pero intuí que a Ernst parecía afectarle mi aparente serenidad, como si nuestro episodio romántico no estuviera más que en su imaginación, como si yo no sintiera ni pizca de emoción. Manu se quedó todo el día merodeando por la aldea, haciendo fotos y preguntas. Apenas quedaban ya voluntarios, pero sí cooperantes, como Chris o Ana, que no dudó en pasear con él y enseñarle todo lo que se había avanzado. Al final del día, me di una ducha, me recogí el pelo, puse un poco de color en mis mejillas y cambié mis tejanos por un sencillo vestido de punto. Dispuse de uno de los coches de la organización y bajé con Manu a la ciudad. Ernst me había dado las señas de un restaurante muy conocido y frecuentado por los lugareños. Si lo que pretendía era que pasáramos desapercibidos, no era el mejor lugar.

4

Tomamos asiento en una mesa más reservada. Antes Li saludó a unos y a otros sin soltar la mano de Ernst, que arrastró gentilmente su silla para que se sentara al lado de Manu. Él hizo lo propio a mi lado. Manu apenas pudo esperar a que el camarero nos sirviera el vino y tomara nota. Tenía mucho que preguntar. Li nos informó de que a Bao Zhang lo habían trasladado a otro centro de detención, que estaba intentando saber cuál, pero que nos olvidáramos de verlo. Ahora, más que nunca, estaba en el punto de mira. Debía recuperar la confianza de sus superiores.

—¿Por qué? —preguntó Manu.

Por un momento había olvidado que Manu es periodista y su trabajo consiste en buscar respuestas. Li me miró fijamente, respondió sin bajarme la mirada, como si la pregunta la hubiese formulado yo.

—Me acusan de tener relaciones con otras mujeres.

—Entiendo —contesta Manu. Ella sigue mirándome a mí—. ¿Es una acusación falsa?

La mano de Ernst se desliza por debajo del mantel y busca la mía. La coge. La aprieta. Fuerte primero. Suave después. La que no entendía era yo.

—No —casi susurra—, soy lesbiana. Una mujer a la que quise hace algún tiempo me ha denunciado ante el partido. No tienen pruebas, porque yo siempre he sido muy cuidadosa, pero para ellos lo de ser gay no es más que una perversión capitalista. La vieja guardia quiere hundirme, hay muchos intereses detrás. Por favor, apaga el teléfono. —Pide a Manu que no tome notas ni grabe; tendrá que retener toda la información en la cabeza—. Es por mi propia seguridad.

Hertz la estaba cubriendo. Que tuviera una relación amorosa con un alemán tampoco era del agrado de sus superiores, ni de su madre, que estaba sufriendo mucho con toda esta situación, pero era mejor que ser lesbiana. En China habrá como treinta millones de personas que lo llevan en secreto. Ser homosexual en ese país es muy difícil. Lo dijo Rubén en la mesa, el día de

Navidad, cuando les ofrecí a él y a Félix que se escaparan a verme. «Ni hartos de vino», dijeron. Por no hablar de las lesbianas, ellas tienen una visibilidad nula. Parece que incluso todavía funcionan centros de terapia donde pueden ir a darse *electroshocks*.

Me di cuenta de que no sabía nada de esa mujer china de suaves curvas y ojos rasgados, ligeramente sombreados esta noche en malva. Solo que los hombres la miraban con deseo. Lo venían haciendo desde la secundaria. En los vestuarios, ella hacía lo propio con sus compañeras. Miraba sus cuerpos desnudos bajo la ducha, con curiosidad. Eso quería pensar, porque de lo contrario estaría enferma. Además, ella era la jovencita más femenina y elegante del instituto. En los corrillos del patio, de espaldas a sus maestros, hablaban de esas cosas. A esas alturas, sabían qué era un homosexual, a las lesbianas las llamaban *lalas*. Una compañera contó que sus vecinos habían corrido esa mala suerte. Porque si además de poder tener solo un hijo, te sale gay, no hay peor fortuna. Dijo que el chico sufría la violencia verbal de su madre y el castigo físico de su padre, que le atizaba en sus partes con un cinturón. Parece que una tía se había apiadado del joven y lo había ingresado en una clínica para sanar su conducta. Li no decía nada, escuchaba. Cuando tenía dudas, se exculpaba diciéndose que ni siquiera cumplía con los estereotipos de esa gente: a ella le gustaba llevar el pelo largo y ponerse vestidos; no le había dado por trepar a los árboles o darle al balón e incluso guardaba con mimo las muñecas con las que había jugado. Fue una niña normal y ahora dejaba que los chicos la pretendieran, se había dejado manosear por algunos, y unos pocos años atrás, por ella. Su compañera en sexto grado. Habían compartido juegos y dormido juntas, una vez en su casa, otra vez en la suya. Debajo de las mantas se habían abrazado y acariciado. Li sintió ese calor intenso ahí debajo. Luego al padre de su amiga lo trasladaron a la ciudad de Hangzhou en la provincia de Zhejiang. Fue lo mejor, porque su secreto viajó con ella.

Con el tiempo logró olvidar aquello, al menos, hasta que empezó a cursar sus estudios de postgrado en Londres. Lejos de la buena moral china, empezó a reconocerse. Y a dejarse querer. Se acostó con varios compañeros de curso, con Ernst, por ejemplo. Hacían buena pareja, pero no solo por su atractivo, sino por la desazón que cada uno arrastraba. Hacer el amor los había consolado de su propia soledad. Eran amigos. Se lo contó. A él se lo contó, cuando hablaron de amor. Que había estado enamorada una sola vez, de una

niña de pelo corto, muy negro, que el corazón le galopaba cuando se daban la mano en las excursiones del colegio. Que nunca más. Él le había preguntado que por qué no. Se trataba de un simple orden de prioridades, como el científico que se encierra en un laboratorio para buscar una vacuna. Primero estaba su país. No sería fácil, no sería honesto. Viviría su mentira, pero era su decisión.

Todo había ido mejor que bien desde entonces. Su posición en el partido era óptima y esperaba ascender a la par que su jefe cuando este accediera a la Comisión Militar. Desde allí sería más fácil seguir abriendo camino. Hasta que un día, en la parte trasera del coche, el viejo le puso una mano en el muslo y llevó la otra a sus pechos. Le rogó que, por favor, parara. No quería que su mujer tuviera que enterarse de un incidente así. Sabía de su delicado estado de salud. Wu insistía. Sus manos gruesas, ásperas, más grandes que nunca, insistían. La angustia se apoderó de ella, el desayuno bailaba dentro de su estómago. Quería vomitar. Gritó al chofer que parara el coche. Debió de ser un grito poderoso, porque este se asustó, dio un frenazo y ella pudo bajarse del coche.

Calculaba las consecuencias de su negativa, sabía que el orgullo del general estaría tan herido que derivaría en ira. La acusó de ser lesbiana, le fue fácil, porque cierto era que no se le conocía relación formal alguna con ningún varón. Wu mandó que rastrearan su vida privada hasta las alcantarillas. Todos tenemos rincones que olvidamos limpiar, también la conciencuda Li. Unos meses atrás, la soledad la había llevado a los barrios bajos de la ciudad. Sexo. Silencio. A cambio de dinero. Lo manejó mal, se enganchó a esa veinteañera que se hacía llamar Kate y llevaba el pelo pintado de azul. La dejó, tan pronto se dio cuenta de que la necesitaba. Ahora Kate la había denunciado.

—Lo demás ya lo sabéis. No tienen pruebas, solo la denuncia de una jovencita. Se les pasará.

Lo siento mucho. Es lo único que soy capaz de decirle. También le pregunto por qué no se va del país, qué la retiene. Manu asiente, esperando la respuesta de la misma pregunta que él habría formulado.

—Por lo mismo que no se irá Bao Zhang, cuando logre salir de dónde está. Porque yo amo mi país, porque necesita que la gente como nosotros se quede a defenderlo. Porque no podemos rendirnos. Mi partido emplea mucho dinero,

muchos esfuerzos, en reprimirnos. Hay demasiados derechos de los que carecemos como ciudadanos. Yo estoy dentro del aparato, no puedo desaprovechar mi ubicación para seguir peleando. ¿Lo entendéis? Sé cómo funcionan las cosas aquí, os aseguro que Zhang seguirá entre rejas bastante tiempo más. Lo probable es que ya no estéis aquí ninguno de los tres, no tendrá un juicio justo, pero saldrá de esta. Ahora estamos dando un paso atrás, pero volveremos a empujar. Os aseguro que somos más los que compartimos este profundo compromiso de cambiar nuestra sociedad. No estoy sola, Bao no está solo: hay campesinos, maestros, periodistas, sindicalistas... Cuenta eso en tu periódico *Manu*, que no estamos solos, que este país, mi bello país, tiene un aparato que se empeña en vestirnos con un traje a medida. Un traje de represión. Haremos que le salten los botones, más tarde o más temprano. Lo conseguiremos. Nosotros o nuestros hijos.

—¿Qué harás cuando se esfume tu coartada? —pregunta *Manu*.

—Diré que he roto con Ernst y les haré creer que me centro en las actividades del partido. Tienen demasiados problemas como para seguir pensando en con quién me acuesto y con quién no.

Nuestro trabajo en la aldea estaba por terminar. Revisé el informe un par de veces con Ernst antes de enviarlo a Londres. Me sentía muy contenta con el trabajo realizado. Tenía otras ofertas de empleo que valorar, eso le dije al general Wu cuando rechacé su propuesta. No le gustó mi negativa, tampoco lo disimuló. Pero yo no me vestía con el traje del que hablaba Li. Tengo la suerte de haber nacido en mi país.

Manu había aprovechado su estancia en Chengdu para escribir otros reportajes. De verdad que se interesó por la situación de los osos panda. El terremoto había destruido un veintitrés por ciento de los bosques de la zona, hábitat principal de estos animales. También se había quedado prendado de Ju Mei y escribió artículos sobre los *naxi* y otras tribus y etnias del gigante asiático. Con Ernst habló largo y tendido sobre cooperación, sobre por qué estaba en eso, cuál era la recompensa, cuáles sus planes.

—El mundo es un lugar injusto, desigual, a veces lo es tanto que solo nos cabe avergonzarnos, pero también deja sitio para la magia. Cuando haces este trabajo aprendes que lo que de verdad importa son las cosas que no se guardan bajo llave. Fíjate en todas las personas que me llevo conmigo, lo que me enseñan. Ni un maldito terremoto acaba de hundir la voluntad del ser humano.

Muchas veces me pregunto hasta dónde somos capaces de tolerar el sufrimiento y siempre me sorprende. Luz y oscuridad al mismo tiempo. Eso es el mundo que yo conozco.

Eso es él. El mundo que yo quiero conocer. Mi vida se me quiere ir detrás de la suya. Irrefrenablemente.

PARTE 5: RUMBO AL SOL

1

—Parece que esa carta te ha puesto más que contenta —dice Ernst pasándome los dos brazos por detrás de la espalda y atrayéndome hacia él. Yo sigo con la carta de Félix en una mano y el sobre que he roto con la urgencia de quien no puede esperar en la otra—. ¿Qué dice?

—¿Sabes? —le digo girando sobre mis talones para besarlo, en los labios, en el cuello, en la oreja—, en treinta años que hace que Félix y yo nos conocemos esta es la primera vez que me escribe una carta.

—Entonces debe de ser muy importante.

—Así es.

—¿Me lo vas a contar?

—Se casan, Ernst. Él y Rubén se casan, el próximo invierno. Me ha pedido que sea su madrina. No sé si encontraré un vestido adecuado para entonces.

—Veo que ya tenemos destino de vacaciones, mi amor —dice deslizando sus dedos por debajo de los tirantes de mi camiseta—. Vas a estar más que hermosa.

Estoy sudada, mi cuerpo responde así a los monzones del océano Índico y a la corriente caliente del canal de Mozambique. Mi pelo rojo se ensortija, la humedad quiere encogerlo. La mañana nos apresura, pero hacemos el amor bajo la mosquitera. Lejos de nuestro primer encuentro en aquel cuatro por cuatro, ahora nos amábamos despacio, con suavidad. Fuera, las máquinas empiezan a trabajar. Huele a hierba, a tierra, y se oye el canto suave de los pájaros. Si la vida tiene una fragancia, debería llevar el nombre de África. Salgo fuera para asearme, me hago con un balde de agua y, con un cacito, tomo mi baño matinal en las letrinas. Mientras, he pedido que, por favor, me hirvieran un poco de agua para prepararme un sobrecito de café soluble. No tomo agua sin que no hierva, he sufrido ya las consecuencias de hacerlo.

Arquitecto con experiencia previa para trabajar como expatriado en la implementación de un proyecto que mejore la salubridad y calidad medioambiental de las infraestructuras. Esa era la oferta a la que había dicho

que sí después de finalizar mi trabajo en Chengdu. Ernst redactó una buena carta de recomendación. Previamente, él ya había aceptado regresar a África; allí debía de hacer las paces consigo mismo. Trabajaba un poco más al norte de mi ubicación en labores de diagnóstico. Debía identificar la viabilidad de construcción de un hospital en la zona. Viaja bastante, recorre la provincia para proponer exactamente el lugar idóneo para levantar el centro de salud. Dice que lo más difícil es abordar cómo están todas esas carreteras difíciles de clasificar y de ubicar en un mapa: los caminos de tierra que unen las aldeas y las machambas. Las machambas son lugares de cultivo. Las carreteras son importantes. Por ellas sale lo poco que tiene esta gente para vender, y entran el dinero, la salud y la educación. Ya en Chengdu aprendí que carretera es igual a desarrollo. Algunas veces, cuando mi propio trabajo me lo permite, le acompaño. Es bonito recorrer esos caminos. Al menos a mí me lo parece. Algunas carreteras atraviesan el mato verde o son corredores de elefantes. Las rodean las machambas, las aldeas con sus casas de adobe y paja. Las gallinas y los cabritos corren entre los niños. Dice Ernst que lo más precioso de África son sus niños.

Estoy embarazada. Voy a ser mamá de nuevo. Ernst se siente tan feliz que parece que acabamos de inventar el amor. No sabemos dónde nacerá nuestra hija, de qué color serán sus ojos o si su pelo será rojo. Esta vez he sorprendido yo a la vida, saltando sobre ella con inmensas ganas. Al final me dedico a la cooperación. Me encanta este trabajo. Algunas tardes, mientras paseo de la mano de Ernst, hablamos de ello. Dice que llevo poco, aunque haya pasado la fase inicial de querer cambiar el mundo y ahora esté en la de mejorarlo un poco. Él ya está por la labor de que no siga empeorando a esta velocidad.

Llegado un punto, todos debemos buscar esa aldea que llevamos dentro. A veces la vida no resulta el castillo que construías en la arena de la playa. Hay que volver a levantarlo, desaprender si hace falta, si por el camino equivocaste colocar bien los cimientos, si un terremoto los sepultó. Volver a empezar requiere rodearte de amor y de todo el amor que hubo antes en ti. Para edificar fuera hay que construir dentro. Reconstruir también es buena opción.

Epílogo

Carlota Hertz Santamaría nació en Madrid, un 22 de febrero del calendario occidental, un 1 de febrero en el calendario lunar. Dos semanas antes de la boda de su tío Félix, un mes después de la salida de prisión de Bao Zhang.

Manu Viejo firmaba el artículo de *El País*: «El activista y periodista chino Bao Zhang ha sido puesto hoy en libertad tras cumplir una pena de tres años de cárcel. Se le había acusado de incitar a la subversión contra el poder del Estado. La presión internacional ha sido clave en su liberación. A su salida de la cárcel, el activista ha querido dar las gracias a todos los amigos, familiares y vecinos que han seguido su caso y lo han apoyado».

Lo mantendrán vigilado. Así se lo han advertido las autoridades. Le consuela el ascenso de Li en el aparato del partido. A mí no deja de conmoverme el profundo compromiso que tiene esa mujer para con su país, qué sacrificio el suyo. Los dos siguen con su lucha. Los dos esperan nuestra visita. Tan pronto como nos sea posible.

Bruno ya cursa sus estudios en la Universidad de Indianápolis, dentro de un programa para deportistas que le permite combinar sus entrenamientos con sus estudios de *marketing*. Su cuerpo está sufriendo una verdadera transformación, como el de Pau Gasol cuando dio el salto a Estados Unidos y dejó de ser un larguirucho delgado para robustecerse como el tronco de un árbol de años. Es obvio que, aunque visita con frecuencia a su padre y a Sandra, no sigue la dieta vegana de esta. Su hermana ha sido un regalo para él. Vamos a tener que coger muchos aviones.

Carlota no tiene a su abuelo entre rejas. Papá no siguió con su estudio de arquitectura en Madrid. Mireia logró que fuera “desimputado” del delito urbanístico en las islas. No impidió, -no pudo-, el linchamiento por parte de los medios. La justicia solo logra limpiar expedientes. Mamá lo aguardó en su casa de Mera. Llevaban tiempo esperando encontrarse. Ella sigue leyendo y, cuando camina hacia el faro, papá la acompaña. Los caminos difíciles son más llevaderos de la mano. Les he hecho una foto, ante la atenta mirada de Ernst, que sostiene a nuestra pequeña en brazos. Mamá ha recostado la cabeza sobre su hombro y él la rodea por detrás. Hace un día precioso. Detrás de ellos, el

mar parece un plato azul claro. Tendré que explicarle a mi hija que podrá verlo de otros colores: de azul oscuro, gris, casi negro. A veces golpeará las rocas furioso. Otras veces las acariciará, con suave espuma blanca.

Agradecimientos

A quienes leyeron el borrador de esta novela y se entusiasmaron con esta historia antes que yo: Lara Fenoll y Susana del Sarro.

A Nuria Ochoa, por su otra mirada, atenta.

A mi padre, que siempre dijo: «Adelante», y a mi madre, que respetó mis silencios mientras escribía. A los dos, por su profundo amor.

Desde que empecé a escribir esta novela, he tenido a los pies a mi fiel compañero, mi Sr. Wilson: gracias.

A mi hermana, Rosa María, la fascinante mujer de agua.

A todos los amigos y seguidores de *Tulipanesdefresa* que, sin saberlo, me ayudaron a no aflojar en el empeño.